

168

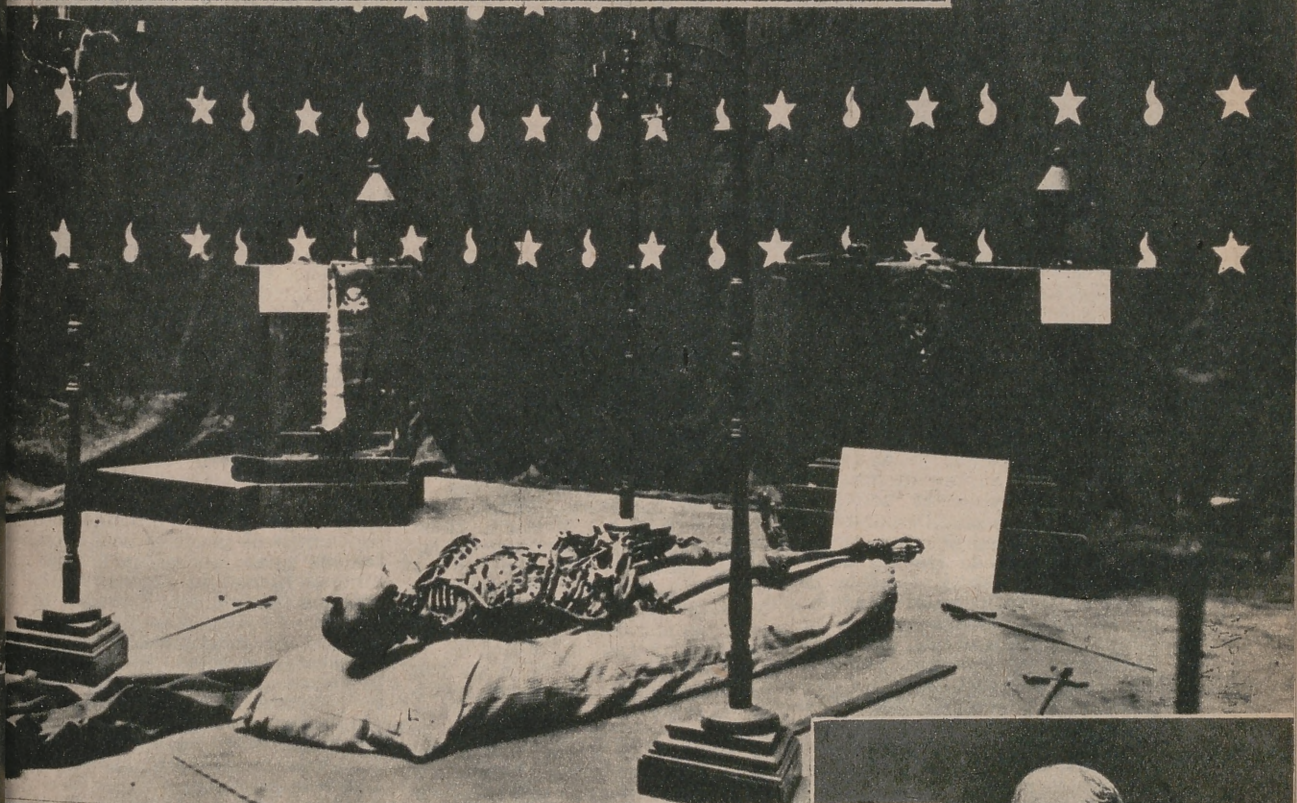
EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 2 - 8 mayo 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 283

“LOS QUE NO PERDONAN”

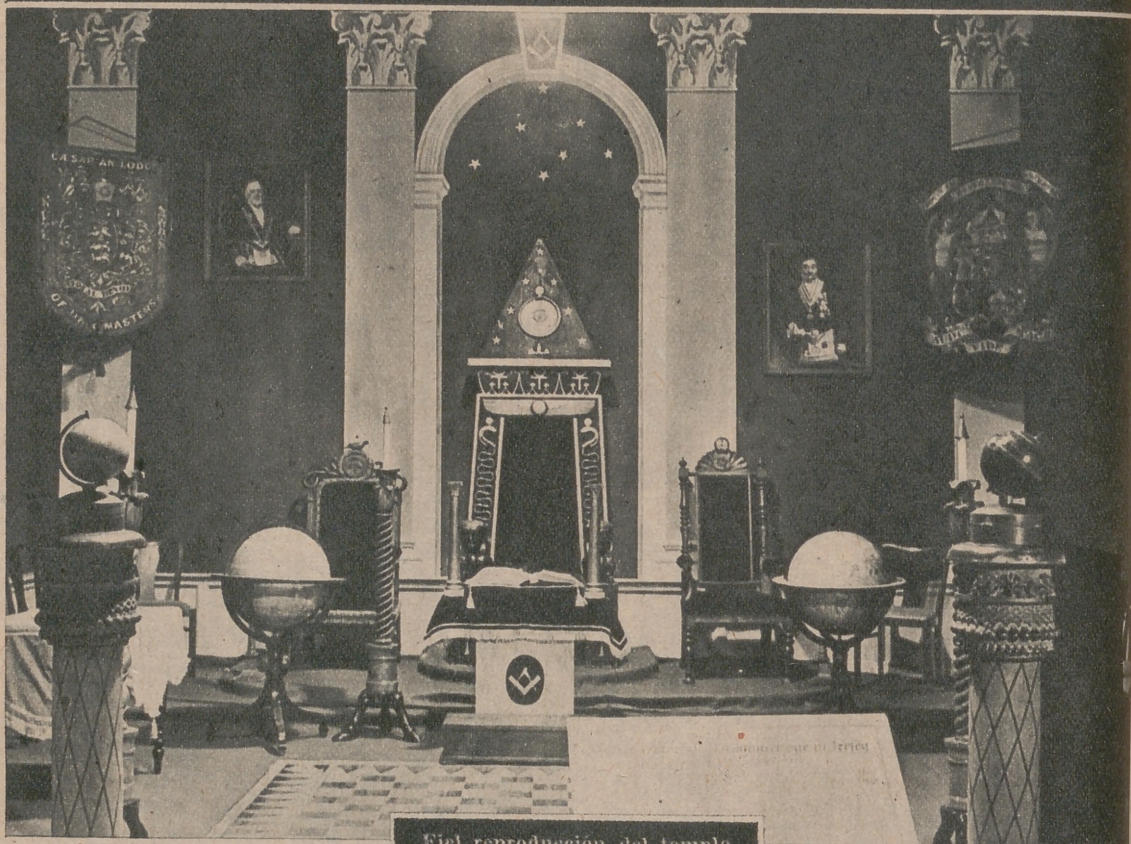


UN DOCUMENTO SENSACIONAL DEL GRAN
ORIENTE DE LOS VALLES IBERICOS

100 AÑOS DE LA MASONERIA
ESPAÑOLA AL SERVICIO
DEL EXTRANJERO



"LOS QUE NO PERDONAN"



Fiel reproducción del templo masonico de la isla de Jersey, exhibida en una Exposición de simbolos y objetos masonicos

SOPLABAN malos vientos para los masones ibéricos en 1824. En el Poder se hallaba el bando absolutista, que, con medidas drásticas, palos de ciego y la ayuda de la Santa Alianza, estorbaba al menos la actividad pública de la secta. Dispuestos a la subversión, los masones prepararon un plan de trabajo meditado y casi diabólico: había de buscarse la infiltración solapada, la calumnia sistemática de los posibles enemigos, la confusión de las gentes sencillas. La Iglesia y el Ejército eran los dos grandes objetivos a batir. Con taimados razonamientos, al servicio siempre del extranjero, se sentaban las bases para la labor disgregadora que caracterizaría a todo el siglo XIX y a los primeros treinta y seis años del XX. Nada se omitía en el plan de ataque: se aconsejaba el elogio de los políticos enemigos más ineptos para que fueran llamados al Gobierno y así desprestigiaran a su propio partido. Se señalaba la conveniencia de separar del favor del Monarca, con dichos y habladurías del arroyo, a sus más fieles servidores. Se daban normas para lograr una más completa colaboración con las sociedades secretas extranjeras... Como remate, Gibraltar se mostraba en calidad de refugio propicio para los enemigos de España: «En este segurísimo baluarte de libertad, y bajo la protección declarada de las sabias leyes de nuestros hermanos los radicales de Inglaterra, podremos acudir a todas las urgencias de la Península.» Luego seguía una relación inacabable del fruto que se habría de conseguir desde

aquel burladero lindante con el contorno del ruedo ibérico.

Un espíritu avisado, como ejemplo para el mundo, y en especial para los españoles, dió a conocer aquel texto masonico sensacional y lleno de enseñanzas, mandándolo imprimir en Granada. Formó un folleto de 36 páginas, prontuario de la maldad refinada que se mantuvo vigente durante más de cien años. Ningún Gobierno fué capaz de liberar al país de la lacra social que es la masonería. España tuvo que ir sufriendo sobre sus espaldas golpes tan grandes como la pérdida de los territorios de Ultramar o las endémicas campañas de África. Motines, asonadas, guerras civiles, asesinatos políticos... No hay crimen de origen misterioso que no pueda ser relacionado directamente con la masonería. Hoy, con el mal conjurado, sobrecoge hacer un balance de tantas desgracias.

UN PROPOSITO CUMPLIDO A LOS DIEZ AÑOS

«Siendo los conventos e iglesias de España las escuelas y muros antimasonicos más terribles, y no pudiendo engañar al supersticioso Fernando para que les declare la guerra viva que les ha promovido y apetece nuestra orden, se cambiará de táctica, atacándolas insensiblemente por medio de incendios...» Este deseo, expresado con vehemencia por la secta

masonica en 1824, hubo de ser cumplido una década después. Lo mismo ocurrió con el propósito, ardientemente sentido, de que se publicara una amnistía general para cuantos hermanos estuvieran en entredicho por sus tareas agitadoras. Fernando VII, con ministros masones ocultos entre sus colaboradores, pudo mantenerse firme. Su esposa María Cristina, en cambio, claudicó. El periodo de Regencia fué fácil ocasión de predominio para las sociedades secretas. El incendio la matanza, el espolio y el escarnio cayeron sobre las Ordenes religiosas, mientras se levantaban las sanciones a los sectarios y se les abría camino con una ley de aparente represión.

Cupo a Martínez de la Rosa, jefe del Gobierno y masón, la triste primacía de contemplar una serie de desmanes, en los cuales, como luego había de ocurrir en 1831, la fuerza pública se inhibió, y las tropas, que pudieron haber impuesto el orden, recibieron orden de no salir de sus cuarteles. ¡Los frailes envenenaron las aguas!, fué el grito salido de las logias. En plena epidemia de cólera, el resplandor de las hogueras y los siniestros gritos de los amotinados acumularon horror sobre horror el 17 de julio de 1834. Pero no acabaron aquí los hechos. En 1835 asciende a la jefatura del Gobierno otro masón: el conde de Toreno. Entonces los tiros se dirigieron contra «los llamados jesuitas, antiguos e implacables enemigos de la masonería». El 4 de julio Toreno disuelve la Compañía de Jesús y se incauta de sus bienes. El 25 suprime los conventos y

monasterios de las demás Ordenes que no tuvieran más de doce individuos profesos. Los exaltados de provincias repiten los asaltos y los incendios. Poco dura en su puesto el conde. Mas quien le sucede, masón también, prosigue la misma política demodora.

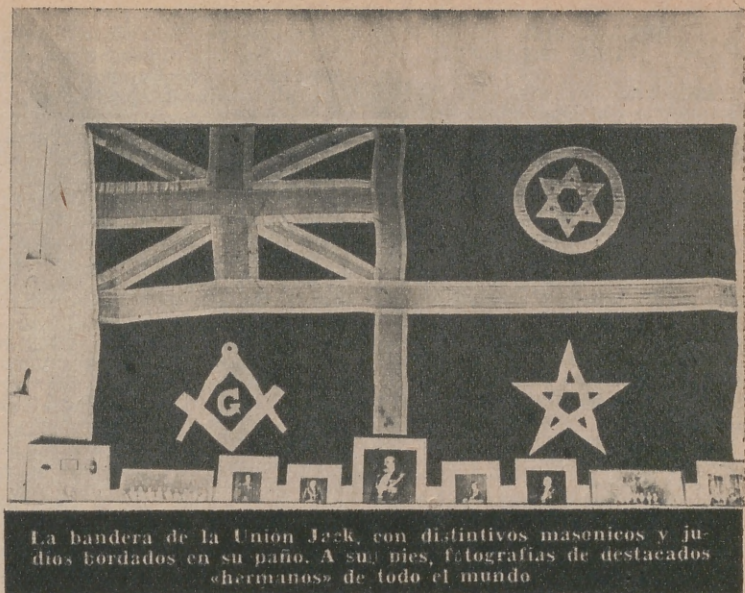
LAS CAMPANAS, FUNDIDAS PARA ACUÑAR MONEDA

Ni las campanas se salvaron. La rapacidad hebraica de don Juan Alvarez Mendizábal llegó a límites insospechados. Masón antiguo, de la prestigiosa logia de Cádiz, había recibido provechosas enseñanzas «económicas» durante el período en que fué agente de la Banca Rostchild. Llegó al Gobierno por el camino más apropiado impuesto a la Reina María Cristina por el embajador británico, lord Clarendon. Traía en la cabeza una mágica fórmula para acabar con la guerra promovida por los carlistas, usando nada más los recursos financieros del país. Dicha así, la promesa deslumbra. Pero todo se redujo a un solemne latrocinio: la gran solución se reducía a suprimir los monasterios y conventos de religiosos varones, pagando a los exclaustros miserables pensiones y poniendo sus bienes a la venta. Los compradores tenían amplias facilidades de pago: dieciséis años de plazo si lo hacían con dinero en metálico, y ocho si preferían abonar el importe con deuda del Estado consolidada. A la Hacienda Pública nada le arregló aquel expolio. Las propiedades eclesiásticas fueron a parar a manos de quienes disponían de dinero en abundancia, de tal modo que ni siquiera se consiguió una mejor distribución de la riqueza. «Los ricos se hicieron más ricos, y los pobres, más pobres», se dijo con exacta apreciación. Hasta las campanas fueron fundidas para acuñar moneda.

Mas si los proyectos económicos del financiero Mendizábal fracasaron, y su quinta de 100.000 hombres, con redención a metálico, quedó reducida a la mitad, la masonería le tiene que estar agradecida por partida doble.

También consiguió que por real decreto se prohibiera a los monjes exhibir públicamente sus hábitos y otras medidas igualmente vejatorias. Las viejas normas iban siendo cumplidas con lentitud implacable. Ya anteriormente, cuando el Ministerio Martínez de la Rosa, había sido publicada la prevista amnistía, donde se liberaba del entredicho a los miembros de la masonería y se les abrían las puertas a la actividad pública con unas aparentes normas de represión que sólo eran un llamamiento al disimulo.

El párrafo 60 del plan de ataque de 1824 había sido campidolo: «Verificada la amnistía absoluta nos será fácil vencer las dificultades que por de pronto ofrezca la admisión de masones, comuneros y demas amigos en el Ejército; y a pretexto de algún juramento que se proponga de no haber pertenecido a esta secta y de dar la vida por el Rey (cuyas fórmulas y propuestas cuestan poco y sirven menos), se les dará fácil acceso y entrada en



La bandera de la Union Jack, con distintivos masonicos y judios bordados en su paño. A sus pies, fotografías de destacados «hermanos» de todo el mundo

la milicia, y aun en sus grados principales.»

Las cosas, en efecto, transcurrieron así. El tiempo habría de mostrar lo acertado de esta cautelosa política de penetración.

UN REINADO A MERCED DEL VIENTO MASÓNICO

Los años fueron pasando. Los pronunciamientos, las revisiones y cambios radicales de la Constitución no faltaron. Desde la sombra o desde el Poder, la masonería imponía rumbos a los Gobiernos. Bien podía ocurrir que algún general se plantara, como Narváez, e impusiera el orden por las bravas. Pero después del turbulento abandono de la Regencia por María Cristina, del paso por el mismo puesto de Espartero, ya en plena mayoría de edad de Isabel II, nunca se sabía lo peor. La vida desenfadada de la Reina permitía a las sociedades secretas traficar con intimidades y arrojar lodo contra las instituciones que apoyaban al Trono y contra la dinastía reinante.

Dentro de Palacio la división entre los miembros de la familia real era un hecho. Aquellas rencillas fueron aprovechadas hasta el máximo por la masonería. Seguía fiel a sus postulados. Porque parece que el reinado de la segunda Isabel tiene como falsilla el párrafo 18 de la instrucción de 1824: «Siendo máxima de política que para dominar y vencer es preciso dividir, se procurará con arte sembrar la discordia en la familia real e introducir mañosamente en el Palacio un espíritu de desconfianza, que de todo se dude y causen recelo los sujetos que estén al frente de los negocios, aun los de mejores ideas e intenciones a favor de la Monarquía, a fin de que puedan paralizarse todas sus determinaciones. En cuyo crisis se internarán nuestros socios en los diferentes partidos para descubrir sus secretos, que comunicarán a todas las logias, y éstas al Grande Oriente.»

La masonería se hizo fuerte, más poderosa que en tiempos anteriores. Un buen día, después de incontables peripecias, se dió en Cádiz el grito de «¡Viva España



FERNANDO VII,
Rey de España

Fernando VII, según un grabado de su época. Los masones causaron graves disturbios durante su reinado

con honra!» Por desgracia, tal exclamación había salido de un grupo de militares masones. La labor de años había dado su fruto. Don Juan Prim Prats, marqués de los Castillejos, se llamaba hermano «Washington» en el interior de las logias. Y como él, la mayor parte de sus compañeros de sublevación tenían nombres específicos y grados elevados en la masonería. Pero esto matiz no se notaba en las primeras proclamas. Allí todo se centraba en la corrupción de las camarillas y en la inconstancia y veleidad de la Soberana. Lo demás vendría después.

Con igual rapidez que el fuego por un reguero de pólvora se extendió a través del país el grado de subversión. Don Leopoldo O'Donnell se hizo cargo del Gobierno provisional. Luego las cosas rodaron de tal manera que España tuvo su primer Rey declaradamente masón.

«Mientras yo viva no habrá República en España». Lo afirmó así claramente don Juan Prim ante el conde de Kesabry, enviado por las logias francesas para conseguir que nuestra Patria se hiciera francófila. La masonería, en sus diversas ramificaciones, se había hecho, sin embargo, republicana. Don Juan Prim, de seguro que sin pensarlo, había dictado su propia sentencia de muerte.

Pero don Juan Prim era resono y buscó un rey y lo impuso. Para dorar la píldora a sus correligionarios republicanos, el escogido fué un masón del grado 33: Amadeo de Saboya, duque de Aosta. Este, lo primero que tuvo que hacer fué solicitar autorización de la logia a que pertenecía para aceptar la logia, generosa, la concedió. Solo puso dos pequeñas condiciones: que el primer Gobierno del nuevo Rey estuviera totalmente formado por masones y que la servidumbre del Monarca en ciernes también perteneciese a la misma especie.

Tampoco aquí la masonería se apartaba de sus normas tradicionales. El párrafo 31 del antiguo plan de ataque afirma: «Los empleos que más conviene estén en manos de los individuos de nuestra orden son los cinco ministerios del despacho o, cuando menos, los que más influjo tienen en los ramos y relaciones más importantes, como son los de Estado y Guerra; las oficialías de las covachuelas, las Capitanías Generales de las provincias, sus Gobiernos y Secretarías, las Intendencias, togas, corregimientos y judicaturas de las villas y ciudades, las Inspecciones Generales, plazas de los Consejos principales de Palacio y los de todas las Juntas directoras de más influencia e importancia.»

La masonería, acostumbrada ya a poseer cargos importantes, había llegado a obtener un auténtico monopolio que comenzaría en la persona del Rey. No debió oponer reparos a estas insinuaciones el pretendiente. Porque su respuesta a la Comisión de masones que fué a solicitar oficialmente su parecer fué afirmativa. Un republicano acérrimo, Ruiz Zorrilla, presidió la embajada. Y en el Congreso se decidió, por 191 votos a favor, que don Amadeo sería proclamado Rey de España.

Las logias no lo aceptaron. A pesar de que habían hecho circular retratos del pretendiente con los distintivos de su grado en la secta, los exaltados prepararon una venganza radical. De las tumultuosas reuniones celebradas en la Sociedad masónica «El tiro nacional» nació un romance. En la calle del Turco, cuando se dirigía a un banquete masónico, un grupo de embozados, al frente de los cuales iba Paul y Angulo, acabó a trabucazos con la vida del marqués de los Castillejos. Don Amadeo sólo pudo ver a su defensor de cuerpo presente. Aunque cumplió su palabra y su primer Gobierno fué totalmente masónico, no pudo vencer la hostilidad general. Un día cualquiera, aburrido, se marchó. Ruiz Zorrilla, Pi y Margall, Salmerón, Castelar, Figueras, Morayta, Sagasta..., todos los masones y re-

publicanos que le habían combatido desde dentro tenían las manos libres. La República vino. Con ella, la «debaque». Y entonces la masonería, con astucia refinada, la misma que proponía en sus planes de combate de 1824, prefirió dejar paso franco a la restauración. Don Práxedes Mateo Sagasta, el hermano «Paz», antiguo gran maestro y gran comendador del Gran Oriente de España, no opuso la menor resistencia a los acontecimientos que se veían venir. Ruiz Zorrilla, irreductible, le propuso planes para abortar el pronunciamiento de Sagunto. Pero «el viejo zorro» prefirió esperar. Sabía que, a la larga, había de ganar él.

Al fin y al cabo (artículo 9 del plan de ataque), «los hermanos de nuestra orden, aunque les sea forzoso quedarse en el país invadido por los déspotas, observarán los planos que se les comuniquen por las logias. Estos se reducirán a encender las pasiones y los partidos, contrariar a todos los gobernantes, desconceptuarlos y calumniarlos con cautela y con tesón, y propagar noticias y rumores, que engrían o abatan, según convenga».

EL ENEMIGO, DENTRO

El único servicio le hizo don Antonio Cánovas del Castillo a la causa que servía, atrayendo hacia la legalidad a don Práxedes Mateo Sagasta y a todos los masones que le siguieron! La Restauración metió entonces el enemigo dentro de su propia estructura. Porque el partido liberal fué el refugio en que se recogieron, para acrecentar sus fuerzas, aquellos miembros de la secta masónica que comprendieron que lo mejor para sus designios era esperar. Cuando, a partir de 1903, el partido entró en plena descomposición, llegaron momentos en que no se podía distinguir exactamente entre republicanos y liberales. La Institución Libre de la Enseñanza, las cátedras servidas por profesores incrédulos, las agitaciones sociales continuadas, tenían un nido común donde reposarse. Y así se pudo llegar a aquella coalición de extremistas y liberales que derribó a Maura y precipitó el hundimiento del armazón con tanto trabajo construido por Cánovas y sus colaboradores.

Sagasta jamás olvidó su condición de masón distinguido. El, que había ostentado la suprema magistratura de la secta, defendió cuando fué preciso a sus correligionarios. Un ejemplo claro y rotundo de la solicitud del hermano «Paz» es la hábil maniobra con que hizo inútiles los esfuerzos del general Martínez Campos para limpiar de masones el Ejército. Luego detallaremos aquel poco edificante episodio. Pero antes conviene recordar que la masonería, incansable, llegó hasta las proximidades del Rey Alfonso XII buscando benevolencia. En 1880, con ocasión del centenario del Gran Oriente Español, fué acuñada una medalla conmemorativa, que circuló con toda publicidad, y uno de cuyos ejemplares fué enviado al Monarca.

Siguiendo la costumbre se procuraba cumplir otro postulado de

los planes de acción de la secta expuesto en el párrafo 53 del viejo repertorio de fórmulas prácticas: «Convendrá que a la máquina humana de nuestro sistema se le ayude en sus designios e impresiones por medio de otras personas cercanas al Rey y a los infantes, que lleven y traigan raudos y papeles...»

Masón distinguido hubo que afirmó que el Rey «se congratuló entre sus íntimos de que la francmasonería moderna hubiese perdido la tendencia perturbadora de otros tiempos y que sus logias no fuesen hoy aquellos tenebrosos centros de conspiración». La secta sabía disimular. Desdichadamente, en la lucha que se sostenía en Cuba, los masones de la metrópoli y los de la isla movían la contienda de común acuerdo. Y más adelante se comprobarían las íntimas relaciones existentes entre el anarquismo asesino—que acabó con la vida de Cánovas—y la francmasonería, que no había dejado de conspirar.

UN GRAN SERVICIO DEL HERMANO PAZ

Martínez Campos era Ministro de la Guerra en 1883. El Gobierno estaba presidido por don Práxedes, y no faltaban a su alrededor masones distinguidos. Dentro del Ejército, abierto a todos los azares de la política, actuaba una sociedad clandestina, la Asociación Militar Republicana, totalmente identificada con la secta masónica. Una sublevación abortada hizo que se descubriese su exacto sentido. Se encargó de mostrar los entresijos del clan uno de los encartados, que hacía el papel de secretario. Martínez Campos, en seguida, ordenó a los capitanes generales que fuera prohibido pertenecer al A. M. R. o a la masonería a cualquier militar. El Ministro se mostró inflexible. Parecía inminente una limpija general. Pero todo quedó en agua de borrajas.

«Dentro del Gobierno actual existen individuos que han ejercido el gobierno de la masonería y que aun forman parte del supremo consejo de la orden. ¿Cómo suponer, ni por un momento, que el hermano «Paz», siempre deferente con sus hermanos, consentirá una persecución sistemática...? El mismo Ministro de la Guerra, siendo capitán general en la isla de Cuba, durante la guerra civil, pudo tocar de cerca la influencia de la masonería, mediante la cual encontró las facilidades apetecibles para terminar la guerra fratricida.» Así decía una circular destinada a llevar sosiego a los ánimos de los hermanos que pudieran haberse atemorizado.

Con tenacidad prosiguieron las gestiones. Una conferencia con Sagasta dió como resultado «la promesa de reparar cuantos errores se hubiesen concebido, reponiendo en sus cargos a los hermanos víctimas de tales equivocaciones». Don Práxedes pidió nota de cuantos se hallasen en ese caso. Por obra y gracia del hermano «Paz» la Asociación Militar Republicana continuó existiendo. En ella militaba el brigadier Villacampa, que se sublevó tres años más tarde. Naturalmente, Villacampa fué indultado, des-

pués de ser hecho prisionero y sometido a juicio, gracias a los buenos oficios de tres masones distinguidos del partido liberal: Sagasta, Moret y Becerra.

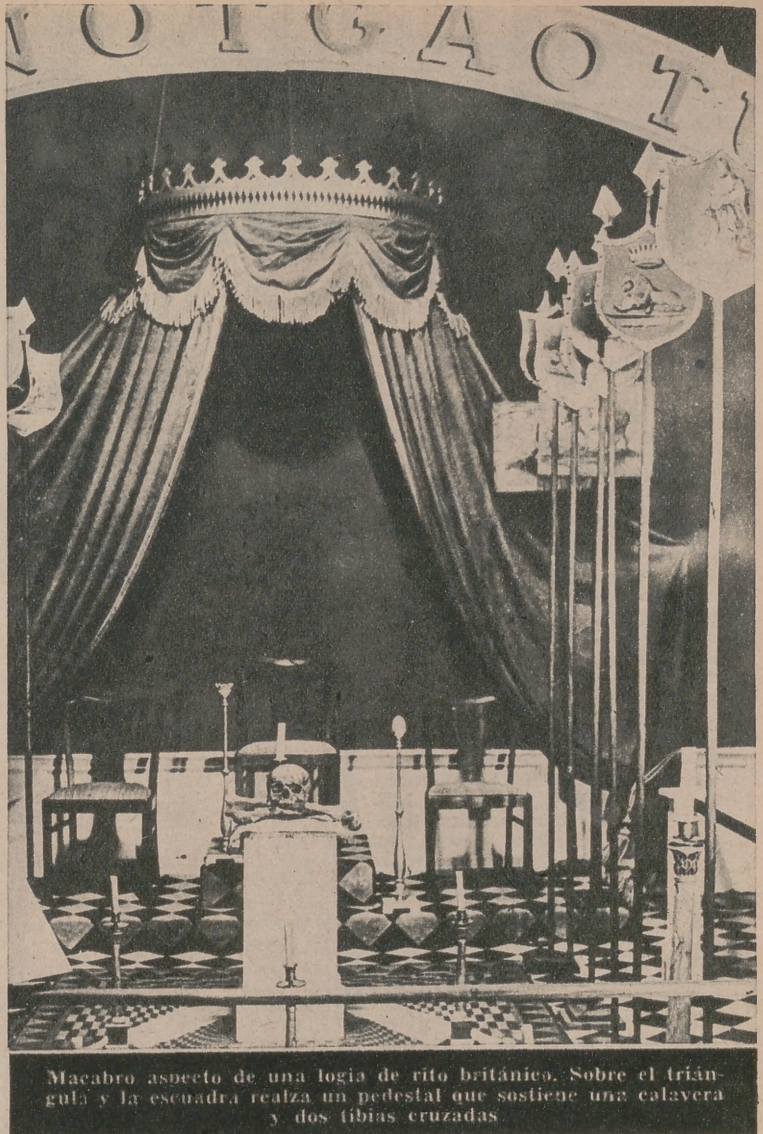
De nuevo se cumple otra de las normas de conducta permanente. «Siendo la impunidad de nuestros hermanos e íntimos correspondientes los comuneros, anilleros, carbonarios y demás gente del gran secreto, lo que nos ha de salvar de la borrasca que nos envuelve, se cuidará incesantemente de que al lado de cada uno de los jueves o personas que ejerzan jurisdicción (y no sea de nuestro partido) se ponga uno de nuestros hermanos que observe su marcha, y le ataque astutamente por el flanco que tenga.»

Como no podía menos de suceder, la masonería salió fortificada de estas «durísimas» pruebas. Y el número de sus adeptos se acrecentó.

LA EXPLOSION. LA SEMANA TRAGICA Y FRANCISCO FERRER

«Acabo de saber, con visos de certidumbre, que la masonería de aquí ha circulado consignas apremiantes a las logias de toda Europa para que impidan a toda costa la condena de Ferrer o, por lo menos, su ejecución. Es indispensable que por conducto seguro y reservado lo sepa su padre de usted.»

León y Castillo, embajador de España en Francia, comunicaba esta poco tranquilizadora noticia a don Gabriel Maura Gamazo, hijo del entonces jefe del Gobierno, don Antonio Maura. Corría el mes de octubre de 1909. El 26 de julio se había iniciado una huelga revolucionaria en Barcelona, con el pretexto de protestar contra la decisión de Maura, dispuesto a que llegaran a Marruecos veinte mil reservistas. La catástrofe del Barranco del Lobo acababa de ocurrir. El 27 aparecieron barricadas en las calles. Un diario, «El Progreso», recordaba la matanza e incendio que ocurrieron setenta y cuatro años antes, cuando Martínez de la Rosa gobernaba el país: «Aquel día se suspendió la corrida de toros...», decía. Y la catástrofe se produjo. Sesenta y tres conventos se transformaron en hogueras. Hubo asesinatos, profanaciones de cadáveres, violencias de todas clases. Detrás de la alteración, como causante a través de años y años de fomento de odio, estaba Francisco Ferrer, grado 31 dentro de la masonería. En la orden, por una curiosa circunstancia, se llamaba hermano «Cerro». Desde la Escuela Moderna, institución creada por él, lanzaba oleadas de resentimiento. «Contra los clérigos sólo es útil la bomba y el veneno.» Ferrer había estado mezclado en el atentado cometido por Mateo Morral contra los soberanos el día de su boda. Ferrer fué activo dirigente de la «Semana trágica». Detenido, con cuatro sediciosos más, fué condenado a muerte y ejecutado en los fosos del castillo de Montjuich. A Maura le costó aquella decisión su carrera política. Porque, como León y Castillo señalara, toda la Prensa mundial se volcó en una campaña sin precedentes. Los liberales españoles, masones en gran número, hicie-



Macabro aspecto de una logia de rito británico. Sobre el triángulo y la escuadra realza un pedestal que sostiene una calavera y dos tibias cruzadas

ron causa común con los republicanos y los socialistas. El «trust» de los periódicos lanzó oleadas de fango sobre el estadista mallorquín. Sólo la Prensa de la Rusia zarista y de algunos países balcánicos se mantuvo ajena a la campaña de agitación.

Cuatro días después de ser detenido Ferrer, se creó en París el «Comité de defensa de las víctimas de la represión española». Moret, Melquiades Alvarez, Canalejas, masones todos, aparecieron en «L'Humanité» como miembros de una coalición burguesa decidida a derribar el Gobierno de Maura. Cuando la gran explosión pública tuvo lugar fué después de ser ejecutada la sentencia. En París, la Embajada española está a punto de ser asaltada. Muere un guardia. Se rompen faroles y se incendian automóviles.

Raro fué el país y raro fué el diario en que no se expresaron condenaciones tajantes. Centros culturales y científicos se unían a la protesta de las masas proletarias. Ciento treinta mil manifestantes desfilaban por las calles de París. El debate parlamentario que se celebró en Madrid fué vergonzoso. El general Weyler fué invitado a sublevarse. Maura tuvo que dimitir y le sucedió Moret. Moret duró poco. Pronto, en frase de Maximiliano García Ve-

nero, fué dimitido a espaldas de las Cortes.

UNA CONFIDENCIA DEL REY A DON ANTONIO MAURA

«Me he visto obligado a despedir a Moret, porque, sin mala intención, también sin enterarse de lo que ocurría, estaba sirviendo a los enemigos de España. Para contribuir a calmar la agitación militar de estos días, teníamos acordado el nombramiento de dos capitanes generales: Polavieja y Weyler. Los servicios de información de nuestra Embajada en París me comunicaron, oportunamente, que en aquellas logias masonicas se acababa de tomar la resolución de impedir, a todo trance, el ascenso de Polavieja, aunque no el de Weyler. Comprenderá usted mi sorpresa y mi indignación cuando, a las pocas horas de saber esto, me dijo Moret, en el curso del despacho, sin dar importancia al tema, ni a mi explicación alguna, que Polavieja no podía ser capitán general.»

El hecho habla por sí solo. Don Segismundo Moret, masón distinguido, cumplía al pie de la letra las instrucciones de las logias extranjeras.

Más adelante fué primer ministro Canalejas. Sin desmentir su

origen, comenzó rompiendo las relaciones diplomáticas con el Vaticano. Luego promulgó la célebre ley del «Candado», encaminada a entorpecer lo más posible el desenvolvimiento normal de las órdenes religiosas. Mas Canalejas debió incumplir alguno de sus compromisos con la masonería. En la Puerta del Sol, ante el escaparate de una librería, fué acribillado a balazos. Un asesinato que, como el que posteriormente tuvo como víctima a Dato, fué de origen plenamente masón.

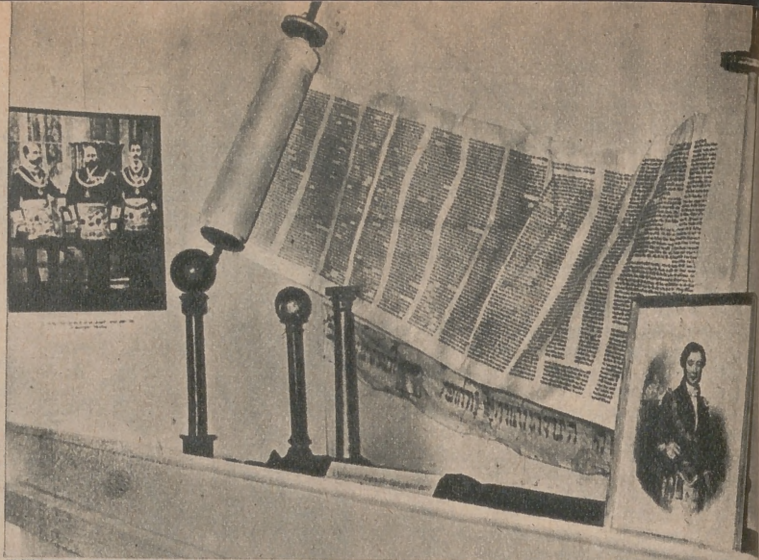
• OTRA VEZ LA MASONERIA CONSIGUE OCULTARSE

La Restauración había llegado al momento de gritar ¡sálvese el que pueda! El partido liberal, fiel a su línea masónica, se había descompuesto totalmente en fracciones antinacionales y corrosivas. El partido conservador solamente existía como una suma de egoísmos caciquiles. Detrás, con fuerza cada día más alarmante, las masas obreras no encontraban cauce legal donde serenar sus inquietudes. Aquello iba a la catástrofe. Un hombre clarividente y bien intencionado, militar de estirpe, creyó necesario espantar a los figurones encaramados en la armazón del Estado. Así vino la Dictadura. Don Miguel Primo de Rivera, con entusiasmo y honradez, trató de apuntalar algo que se hundía. Sus esfuerzos son bien conocidos. Sus logros, también.

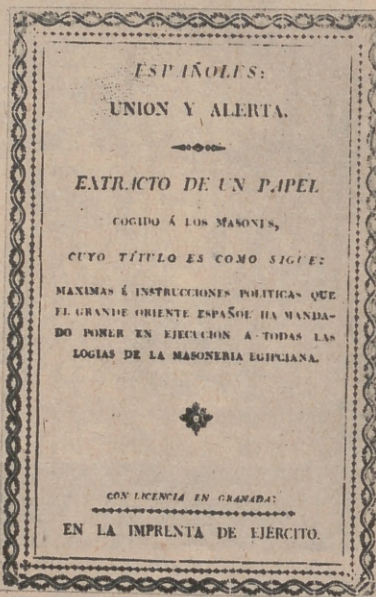
La masonería no se atrevió a atacar cara a cara al marqués de Estella. Se recogió en sí misma. Hizo protestas públicas de patriotismo. Los «templos» se cerraron. Los «hermanos» practicaron la «dormición». Es la táctica de siempre, ya expuesta en los planes masónicos de 1824. Mas en cuanto la secta comprendió que el dictador no había valorado exactamente su peligrosidad, se produjo una exuberante resurrección. A finales de 1927 había cincuenta y dos «talleres simbólicos» más que en 1922, y treinta y dos nuevas logias. Los «hermanos dormidos» volvieron a la actividad. Multitud de personajes, cuyos nombres tristemente célebres vale más no recordar, reaparecieron en el campo de la intriga.

Don Miguel, con ocasión de su viaje a Italia, recibió datos confidenciales de Mussolini sobre la peligrosidad de la conspiración masónica. Tanta insistencia hubo por parte del jefe del Gobierno italiano, que, en su viaje de regreso, el dictador preparó un decreto de represión. Pero hubo quien le tranquilizó. Las cosas siguieron como estaban. Con dolor reconocía más tarde el marqués de Estella:

«Desgraciadamente, los seis años de Dictadura no cruel, pero sí muy celosa en el mantenimiento de la disciplina social y en la persecución del hampa y gérmenes de perturbación y morbosidad, no han logrado la extirpación de esos males.» La monarquía, privada de su más fiel apoyo, estaba muerta, «próxima a desprenderse como un simulacro sin sustancia». Masones, comunistas, socialistas, republicanos de todos los matices, fruto de la descomposición de los partidos de la



Junto a las estufas de condecorados miembros de la secta masónica aparece el libro judío de las Oraciones. Escenario: una logia inglesa



Portada del sensacional folleto donde se dieron a conocer las tácticas masónicas. Apareció en 1824

restauración, se disponían a hacerse cargo del poder.

LA DERROTA FINAL

Las constantes históricas de la masonería fueron aplicadas exactamente a partir de 1931. Las advertencias de aquel español avisado que en 1824 dió la voz de alarma habían resultado inútiles. Otra vez la secta había logrado el monopolio de los puestos importantes. Ciento cuarenta y nueve masones notorios figuraron en las Cortes Constituyentes de la República, dejando aparte a los ministros, subsecretarios, directores generales y gobernadores civiles de distintas provincias. Un masón mejicano, el hermano José L. Ontiveros, escribió en 1932: «España es ya una logia masónica que ocupa las cuatro quintas partes de la Península Ibérica. Es un templo elevado a la Libertad, el Bien y la Virtud el memorable día 14 de abril de 1931, bajo la presidencia del venerable maestro Alcalá Zamora.»

La secta actuó con manos libres y plena desvergüenza. Después de los sucesos del año 34 volvieron a repetirse las mismas actuaciones que en la fallida intentona de Villacampa. Pérez Farrás, por ejemplo, dijo cínicamente al verse detenido: «Han de salvarme mis hermanos.» Naturalmente, en el Tribunal Supremo se hallaba incluido el hermano Demófilo de Buen. La responsabilidad de González Peña fué evitada por conductos parecidos. La intervención de Azaña, masón como todos los demás, en los alijos de armas fué rápidamente escamoteada. En Barcelona, el jefe de Orden Público tiene que abandonar su cargo por las presiones encaminadas a obligarle a conceder la libertad a un anarquista comprometido: Porvenir Ideal Ayerbe. Detallar las actuaciones masónicas durante la desdichada II República resulta imposible, pues exigiría el espacio de varios libros. Otra vez se quemaron conventos, achacando monstruosos delitos a los religiosos; de nuevo hubo profanaciones; el Ejército sufrió una trituración metódica, la enseñanza se hizo laica, la disolución de la sociedad fué meta buscada desde los Gobiernos. Masones de todos los matices se hicieron dueños de todo el país. Mas bajo sus pies tenían un volcán. Muchos hermanos — cuyos servicios ya no eran útiles — fueron asesinados cuando desató el vendaval revolucionario por ellos sembrado. Pero esta vez ninguno de los crímenes quedó impune ni ninguna de las responsabilidades sin exigir. La organización masónica fué puesta fuera de la ley, desarticulada materialmente deshecha. Su actividad vergonzante ha tenido que refugiarse en tierras extrañas, propicias todavía a este cáncer social. Allí han sido utilizados los «supervivientes» como simples marionetas, al servicio de intereses extraños a los de su Patria. Mas hay una diferencia radical con ocasiones anteriores. Ya no es posible que la masonería encuentre terreno abonado en el interior de España. Un Régimen fuerte, seguro de sí mismo, con principios claros y trascendentes, es el mejor antídoto contra la internacional enemiga irreductible de catolicidad.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON PEDRO CHICOTE

ENTRE los inventores de Madrid, cuya invención o hallazgo es el propio Madrid a través del espacio y del tiempo, está usted, señor don Pedro Chicote, copero mayor del reino, copero de la Villa y Corte, aunque también podría contárselo entre los cronistas oficiales, Copero y cronista; pero, sobre todo, inventor. Las ciudades hay que sacárselas de la cabeza poética e imaginativamente, como se sacan las canciones; porque una canción puede ser el invento más estimulante del siglo, algo por lo que se vive y se muere sin pena y con gloria. Se supondrá, tal vez, que esta referencia a las canciones entretejida con su nombre mediante esta carta es mi tributo a la actualidad con motivo del inminente viaje de don Agustín Lara (don Agustín II de Méjico, ya que el primer Emperador mejicano fué el infausto don Agustín de Iturbide); pero yo creo que ese chotis, aparte de que su música se haya servido para su inspiración de la música de otro chotis de García Alvarez y Quinto Valverde, puesto que, al fin y a la postre, todas las músicas son iguales, debe su popularidad y el éxito de masas al haberle mencionado en su letra. Usted ha hecho famosos al chotis más que la «crema de la intelectualidad», que sólo se alude, pero que no se desmenuza. Usted, que es el único elemento vivo, vivaz, vital dentro del conjunto de palabras que armonizó el autor de la canción sobre Madrid, pues de otro modo tanto hubiera podido valer como una canción de la época de Maricastaña; esto es, del período histórico de los Austrias, o como una canción de la Prehistoria, sin catalogar aun por los arqueólogos. Tampoco es una canción borbónica de las que se han compuesto en el ambiente madrileño, con majas y chisperos y la Reina María Luisa haciendo de las suyas, ni una canción de nuestra inhibición nacional, cuando todos los ritmos eran importados: las polkas polacas, el chotis escocés, como el buen «whisky», etc., etc. Don Agustín Lara tuvo la inspiración de citarle y desde ese momento el dinamismo y la simpatía, la sociabilidad de usted salvaron a la canción del anonimato y del olvido.

Para mí, un tema difícil y casi antipático es el tema de Madrid; porque la España que no le gustaba a José Antonio y a sus primitivos camaradas, la circunscribía ya a la capital, donde la decadencia del Estado, las dinastías extranjeras, el covachuelismo, los sainetes de tipos costumbristas, la U. G. T., el hamno se habían cebado sobre la síntesis de la unidad y de la soberanía españolas, achicándola, enchulándola, achabacanándola... El Madrid galdosiano me era tan doloroso y tan angosto como el Madrid de Baroja y de Vicente Blasco Ibáñez, buceando las afueras, los arrabales, en medio de los traperos, como el Madrid de «Corte a cheka», de nuestro Agustín I, el conde de Foxá, que podría haberse publicado con el subtítulo de «Aquellos polvos trajeron esos lodos». Ojalá que la «crema de la intelectualidad», implicada con usted, produjese la literatura del Madrid que a mí me gusta, del Madrid de los que no somos casticistas, ni comemos gallinejas, ni frecuentamos los colmados de esa mediocre Andalucía trasplantada a Madrid. A un fondo de picarismo ascético tiene que atribuirse esta redundancia de los escritores que mojan su pluma en el mismo cienago del pequeño Manzanares antes de ser canalizado y quitada la mugre de las lavanderas. Si no se busca esa proyección al más allá, viniendo de un más acá cochambroso y amoral, uno no se explicaría esa reincidencia de los novelistas más modernos en presentarnos un Madrid con golfos, lacras y pingajos, cuando lo cierto es que Madrid se está transformando en una de las ciudades más hermosas y más progresivas del mundo y el nivel de vida de los

madrileños ha subido material y espiritualmente. Al revés de lo que me ocurre en Barcelona, cuya antigüedad me parece encantadora y venerable, en Madrid sólo la novedad es buena y digna de respeto. Pero este Madrid de sus rascacielos en los suburbios rescatados, de los accesos de sus carreteras, hasta ahora pringosas, de sus barrios residenciales, de sus colonias sin la impronta masiva del marxismo, este Gran Madrid del estadio y de la autopista de Barajas, de la Casa de Campo repoblada de árboles y de la Dehesa de la Villa, que está perdiendo el pelo de la dehesa por la proximidad de la Institución Sindical «Virgen de la Paloma»; este Gran Madrid de los partidos de fútbol, de las elecciones sindicales, de la enorme y bellísima Casa Sindical enfrente del Museo del Prado, del edificio «España», que ha centrado el frontispicio de una ciudad tan española y a la vez tan norteamericana; este Gran Madrid y sus habitantes, protegidos por el urbanismo practicado tanto como una ciencia como un arte, no se encuentra en las novelas de Cela, de Zuzunegui, de Darío Fernández Flórez, en «Las últimas horas», que tanto como en «Lola, espejo oscuro», en «La colmena» o en «La oscura desbandada», contienen algún punto de apoyo en el bar de don Pedro Chicote. Pero su persona es superior a su bar, a sus bares, a esa barra que separa a los hombres del que los anima y del que los maneja.

Sin la presencia de Pedro Chicote no logran humanidad ni intimidad las bodas, los agasajos, a los que presta esta camaradería señorial, esa manera de guardar las distancias, esta divina proporción que encuentro ya en las medidas de Madrid durante una tarde de primavera. El mejor Perico Chicote es don Pedro Chicote, no el que se concentra en su local de la Gran Vía (donde nunca he entrado), y al que hay que descender bajando un escalón iniciándose una cueva, que se salva porque allá abajo se ha fundado un museo internacional de bebidas de renombre ecuménico, sino el que se extiende por el área de la ciudad y el país en fiestas de familia y de amistad con una copa en la mano. Señor don Pedro Chicote, Dios quiera conservarle y aumentarle su clientela de barman célebre; pero yo le asigno otra clientela de simpatizantes que no han probado jamás sus cócteles, sus combinaciones, pero que viven en un Madrid y en una España grandes, magnánimas, que usted ha contribuido a inventar hospitalaria y generosamente. Es la España de los treinta millones de españoles, que no caben en su bar, pero que conocen su sonrisa en un vestido país de caras con vinagre. Es el Madrid que se introduce en el mes de mayo con la misma alegría que una muchacha en la pubertad. Mayo es el mes de Madrid, a pesar de haber muerto Rafael de Penagos, tan perfecto dibujante de las primeras madrileñas que habían aprendido el apellido de Chicote, y a pesar de los adioses de Agustín de Foxá, que se despide. Mayo es el mes de Madrid triunfador en el Campeonato de la Liga, del Madrid de los turistas en sustitución de los «isidros», del Madrid de San Isidro, gran labrador en un año de magnífica sementera. Cuando paseo por los alrededores madrileños entre los colegios de monjas en un día de asueto, las «Vespas», las vacas que pastan en la Casa de Campo, las ovejas de los desmontes, los chavales que juegan al fútbol entrenándose para ganar sus futuros Berlines, los viejos que están tranquilos, no recuerdan al Chicote de la Gran Vía que hizo famoso a un chotis de don Agustín en compañía de la «crema de la intelectualidad», que todavía no se ha ocupado de este Madrid dinámico y pacífico; pero pienso de usted, señor don Pedro Chicote, que es lo mismo y no es lo mismo.

JUVENTUD VELOCISIMA

PONEN ahora en Madrid una película que tiene por tema las andanzas y los sueños de una chica de dieciséis años entre muñecos y titiriteros. Los espectadores, al salir de la proyección con los ojos enrojecidos (pues se trata de una película de las que más lágrimas empujan, y anotémos que en esta ocasión son lágrimas de buena ley) se acuerdan con mucha ternura de su propia juventud o de la juventud de sus hijos. Es el poema de la juventud.

¿Juventud? Alguien arguye:

—No. Quizá no sea propiamente la juventud, sino más bien la adolescencia. Lili no es «joven» todavía; es más bien una chiquilla. Pero de todos modos...

La distinción no me parece insignificante ni mucho menos. La idea de la juventud, y su correlativa idea de la adultez, ha ido modificándose en los tiempos recientes de una manera importantísima. Los primeros plazos que todos cumplimos a lo largo de la vida se han adelantado, mientras que los últimos plazos se han retrasado. Ahora se es joven más pronto, se es adulto más pronto; en cambio, se envejece más tarde y se muere más tarde también.

Recordad cómo se hablaba a finales del siglo anterior: «Es un hombre joven todavía; no ha cumplido los cincuenta años». O bien: «Es todavía un chiquillo; no llega a los veinticuatro». Era el tiempo de los futbolistas con barba, bigote, calzoncillos y camisetas de lana. El tiempo en que un diputado por Villapepa se revelaba como una «esperanza de la nación» porque a la temprana edad de cuarenta y pocos años había pronunciado, él solito, una conferencia en el Ateneo sobre don Miguel de Cervantes Saavedra, considerado como poeta épico, con especial referencia a su intervención en la batalla de Lepanto. Locuras de juventud eran entonces las aventuras de unos gomos treintañones del Veloz Club.

Hoy, en cambio, vemos por todas partes hombres de menos de treinta años en lugares de mando y de gravedad; por todas partes vemos padres que no llegan a los veinticinco años, y muchos más habría si se hubieran resuelto las cuestiones económicas que deforman, estrechan y torturan la existencia común; a los veinte años se piensa

ya con independencia; se actúa con responsabilidad; la muchachita ingenua a la que cualquier pérfido puede extravíar, tengo para mí que es especie desaparecida.

«Lili» es una preciosa muestra de este quemar las etapas previas. ¿Cuánto dura el argumento de «Lili»? Una semana, un mes quizá. Bien. Pues en las primeras escenas, recién llegada del pueblo y colgándosele los ojos de las cosas, «Lili» es una niña. Muy poco después, el sueño de la danza con el malabarista, «Lili» es una joven. Y en seguida—en el «ballet» final—, «Lili» es una mujer. En tan corto tiempo ha pasado por la ilusión, por la experiencia, por el desengaño, y ha corrido a abrazarse con la madurez; madurez que aquí toma la forma de un mutilado de guerra.

Hay, sin duda, quien lamenta muchísimo todo esto. Hay quien se duele de lo de prisa que se vive hoy y añora las perezas del tiempo recién pasado. Por mi parte, veo esto de hoy mucho más sano, más hermoso, más fuerte y, desde luego, más religioso. Cada ser humano se encara más pronto y más sinceramente consigo mismo, con su destino y con Dios, en vez de permanecer blandamente acostado en los usos y convenciones del mundo en que nació. La gente sale respondona, respondiente, responsable; contesta, no calla; interviene, no aguanta; se hace protagonista.

Y como quiera que todas las desgracias enormes que nos rodean no son obra de la gente de hoy, que toma la vida tan de prisa, sino de la gente de ayer, que tan despacio vivió y que tan despacio dejó crecer el mal que ha estado a punto de ahogarnos; y como quiera que, por otra parte, los de antes se han mostrado sobradamente inútiles para remediar nada, no hay más remedio que dar la bienvenida a los nuevos y a lo nuevo.

¡Bien venida, «Lili!» (Y entre paréntesis: ¿será capaz el cine español de hacer una «Lili», sólo que en hombre, es decir, un poema semejante, pero referido a la juventud varonil, no a la femenina? Porque, aunque el cine no lo haya dicho, la primera juventud viril que ha quemado las etapas ha sido, precisamente, la juventud española.)

Luis PONCE DE LEON

(Premio Nacional de Periodismo 1953)

DE LAS PIEDRAS, PAN

EL MISTERIO DEL DEMONIO

EL libro de Papini sobre el diablo que tantas polémicas ha suscitado, nos encara nuevamente como cristianos, con el inquietante misterio de Satanás. En realidad, si hemos dejado de lado toda preocupación sobre lo diabólico, no ha sido tanto por virilidad, por desdén a la literatura que convierte el diablo en un «pobre diablo» en un malo de película constantemente burlado y vencido, sino por pereza y cobardía ante el esfuerzo que supone concebir ese espíritu del mal, como originariamente hermano nuestro, en cuanto fué también creado por Dios.

Apuntemos, en primer lugar, lo siguiente: es falso pensar en el diablo como un anti-Dios. El planteamiento maniqueo del dualismo bien-mal nada tiene que ver con el dogma católico. Se lee en el Apocalipsis: «Entretanto se trabó una batalla grande en el cielo. Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragón, y el dragón con sus ángeles lidiaban contra él, pero estos fueron los más débiles y después no quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo». No constituye, pues, Satanás, un auténtico principio del ser. El diablo no reduce ni con-

diciona la libertad, omnipotencia e inmensidad absoluta de Dios.

Ahora bien, si consideramos al diablo y a su obra bajo el poder absoluto y sin limitaciones de Dios, surge con toda su amplitud el problema del mal. A los que se quedan en la superficie de tan importantes cuestiones, pudiera parecer que Dios resultaría entonces responsable del mal, no tanto porque lo quiera, sino en cuanto se diría que le conceda una perniciosa o exagerada amplitud de movimientos. He aquí por qué apuntábamos, ante esta nada real contradicción, a la presencia del diablo en la vida humana, en el desarrollo histórico del hombre y los pueblos.

No se trata, como dice Fernández Flórez, de que todo marcha y evoluciona por los siete pecados capitales. Nos referimos a algo más profundo. Seguiremos para ello el pensamiento sagaz de Johannes Pinski, teólogo y liturgista de excepción, oculto en sus funciones de párroco berlinés, uno de cuyos libros «Hacia el centro», ha sido recientemente traducido al castellano. Dios hizo a los ángeles y a los hombres tentables. Se dice siempre que los hizo libres para explicar el mal. No; los hizo libres y tentables. El

hombre en el cielo será libre, pero no podrá pecar contra Dios, no será tentable. La tentabilidad, dice Pinski, es una imperfección. Pues bien: esa imperfección era necesaria para el desarrollo del hombre adánico, al hombre eterno que resucitará como Cristo y por Cristo, porque el desarrollo pertenece esencialmente al estado imperfecto. No hay historia ni dificultad ni merecimiento cuando desde el principio se está situado en la total perfección. «El desarrollo en la creación era para Dios un elemento tan importante, escribe Pinski, que, por su causa, ha consentido la introducción del mal. No es trivial y hay que llamar la atención sobre ello, el que Dios haya creado toda su obra sólo en una perfección relativa». He aquí por qué bien podemos decir que la Historia es obra del diablo. Una moderna diabolología, de verdad, no como la de Papini, habrá de ser, necesariamente, una teología de las naciones, una iluminación prodigiosa de todo lo que dejan en la más total oscuridad las memorias y las declaraciones de tantos y tantos hombres públicos.

Claudio COLOMER MARQUES

GINEBRA EN MESA REDONDA



EN BUSCA DE LA PAZ AMARILLA JUNTO AL LAGO LEMAN

UNA CONFERENCIA QUE CUESTA DIEZ MILLONES DE PESETAS DIARIAS

EN el último minuto de la pasada conferencia de Berlín, los cancilleres de los «Cuatro Grandes» acordaron celebrar en Ginebra la reunión que se inició el lunes 26. Fue el único resultado positivo obtenido en Berlín. A nadie sorprendería que también el único resultado positivo de la conferencia de Ginebra fuese, quizá en el último minuto, un acuerdo entre los grandes para celebrar en cualquier ciudad del mundo una tercera conferencia, y así hasta el infinito. Al igual que dos famosos personajes de «Alicia en el país de las maravillas», el Este y el Oeste, al cabo de innumerables discusiones, se han puesto de acuerdo en una cosa: en que deben seguir discutiendo. Desde la terminación de la última guerra, el mundo viene asistiendo, estupefacto, a este espectáculo, haciendo el papel, efectivamente, de «Alicia en el país de las maravillas».

Cuando se iniciaron las primeras conferencias internacionales de la posguerra, las Delegaciones de los respectivos países preparaban minuciosamente, desde mu-

chos meses antes, una copiosa orden del día, que después era discutida abundantemente. Nunca los resultados de tales conferencias premiaron tan denodados esfuerzos. En este orden de cosas, la conferencia de Ginebra es una excepción: nadie ha preparado nada. A estas alturas nadie puede afirmar con certeza cuáles van a ser los temas sometidos a debate. Ni siquiera se la ha bautizado. Unos la llaman conferencia de Ginebra a secas, contando con que lo único que se puede decir de ella, por ahora, es que se celebra en Ginebra; otros la llaman conferencia asiática, pensando que el sureste de Asia contiene el número de problemas suficientes como para justificar una reunión internacional de esta clase; finalmente, otros han tirado por la calle del medio y la han bautizado con el nombre de conferencia Oriente-Occidente, cosa que, en verdad, puede aplicarse a todas las conferencias internacionales que hasta la fecha se han celebrado.

Mucho se ha discutido sobre esta asamblea convocada a ori-



Arriba: Mister Eden, acompañado de miembros de su Delegación y el primer ministro Chen En Lai. Abajo: Este edificio es cuartel general de 1.500 periodistas que asisten a la Conferencia.

llas del lago Lemán. Como siempre, hay discrepancias a boleo. Pero en una cosa está de acuerdo todo el mundo: en que será un fracaso. No se trata de un temor, se trata de una certidumbre, vaticinada públicamente por los tres cancilleres occidentales que están participando en ella, Asom-

bra el comprobar cómo no se necesita para nada la fe ni la confianza en el resultado de una empresa semejante para montar en Ginebra un fenomenal tinglado, en el que han sido cuidados extremadamente hasta los más minúsculos detalles. Lo mismo que ocurrió en Berlín con los berlineses ocurre con los suizos en Ginebra. Los suizos son los más escépticos en cuanto a lo que puede esperarse de esta conferencia internacional. La verdad es que nadie como ellos está habituado a montar suntuosos y solemnes escenarios para representar en ellos la eterna comedia de la Paz Perpetua. El buen pueblo suizo es el único que ha sabido sacar partido de todo cuanto inútil intento se ha hecho para concertar la paz entre las naciones. Convencidos de antemano de que la paz es algo que nunca se obtiene alrededor de las mesas de las conferencias internacionales, han convertido el tema de la paz en una magnífica atracción turística. Si alguien ha de beneficiarse de la reunión de Ginebra, ese alguien será exclusivamente la industria hotelera suiza. Los dueños de esta poderosa industria, una de las mejor organizadas del mundo ponen a disposición de los diplomáticos todo cuanto puede apetecer un turista exigente. El que esos diplomáticos aprovechen los ratos libres para discutir sobre la paz es cosa que les tiene perfectamente sin cuidado.

CAVIAR Y VODKA

Sería injusto el lector que nos calificase de frívolos al expresarnos con tan supuesta ligereza sobre un negocio que tanto puede significar para el porvenir de la paz. No hay tal ligereza. Después de almacenar minuciosamente todas las noticias que sobre la conferencia de Ginebra han llegado hasta nosotros, es imposible no llegar a la conclusión de que la paz asiática tiene que ver mucho más de lo que se cree con la industria hotelera y con la buena mesa. Podríamos llenar varias páginas contado con detalle todos los preparativos que las distintas Delegaciones han venido realizando desde diez días antes de iniciarse la conferencia, para que sus representantes respectivos pudieran instalarse con el máximo de comodidades y de seguridad.

Cuando muchos periodistas europeos y americanos se hallaban ya en Ginebra desde mucho antes de inaugurarse la conferencia, tratando inútilmente de obtener

la menor... a sobre lo que iba a tratarse en la reunión ginebrina; cuando el programa político de la conferencia ni siquiera estaba en los borradores, ya había llegado a Ginebra, en un avión especial un cargamento de caviar y de vodka con destino al señor Molotov. En verdad que no podemos dejar de subrayar el contraste sorprendente que advertimos entre la improvisación con que se ha montado la orden del día, y la previsión que se ha puesto en todo lo concerniente al alojamiento y diversiones de los participantes. Suponemos que este contraste tiene una explicación muy humana: las Delegaciones podrán pasarse una vez más sin la paz, cosa a la que están muy acostumbrados; en cambio, no podrían pasarse sin las exquisiteces de la cocina francesa, sin los paseos acuáticos por el lago Lemán, y sin tantos otras atracciones como tiene Ginebra para los extranjeros.

DIGASELO CON FLORES

Como todo en Ginebra se ha hecho bajo el reinado de la improvisación, nadie puede prever, naturalmente, cuánto tiempo va a durar esta famosa conferencia. Los cálculos oscilan entre dos semanas y seis meses. No obstante existe un indicio que puede orientarnos mucho en este terreno: la servidumbre del ministro de Asuntos Exteriores de la China comunista, señor Chu-En-Lai, ha encargado a una florista ginebrina que se dedique durante cinco meses al cuidado del jardín de Mont Fleuri, villa en la que residirá Chu-En-Lai mientras dure la conferencia. Ignoramos las consecuencias que un plazo tan grande podría traer para la paz del mundo, o por lo menos para la paz de Asia. Pero los ginebrinos están seguros de una cosa: de que si la conferencia dura, efectivamente, cinco meses, el turismo veraniego, de que tanto se beneficia Ginebra, habrá sufrido un rudo golpe. Además de esta conferencia a que venimos refiriéndonos se está celebrando otra reunión internacional sobre el comercio entre el Este y el Oeste, y están anunciadas para meses sucesivos varias conferencias más de la Organización Internacional de la Salud, Organización Internacional del Trabajo y Congreso Mundial de Ginecología. Todo esto quiere decir que, si Dios no lo remedia, nadie podrá encontrar en Ginebra una cama vacía hasta el próximo otoño. Por eso la

delicada y poética previsión del señor Chu-En-Lai ha llenado de consternación a los hoteleros de la ciudad. ¿Tendrán que asistir, con los brazos cruzados, al riego cotidiano de las flores de Mont Fleuri, mientras una legión de exasperados turistas aguardan a las puertas de los hoteles, sentados sobre sus maletas? En una mente educada en una tradición comercial puede surgir la duda de si merece la pena pagar un precio tan alto por la paz.

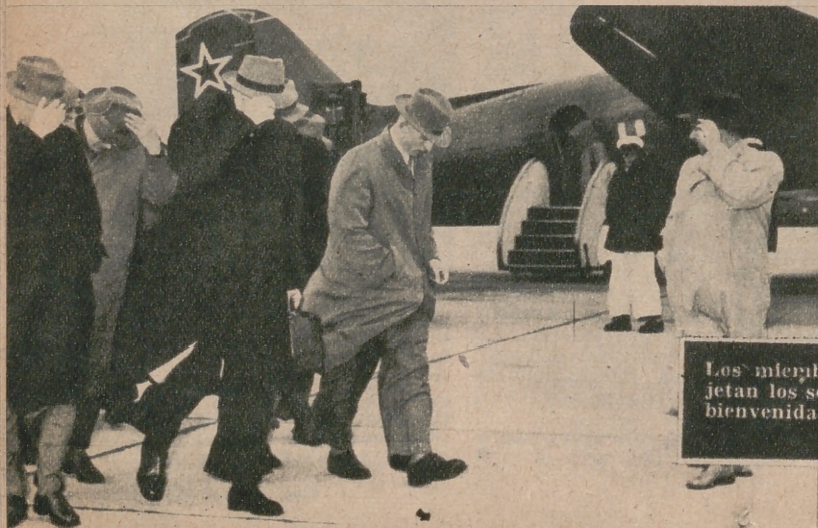
A LA CAZA DE HOTELES

Todos los hoteles reunidos de Ginebra totalizan unas 4.500 camas, de ellas, 2.000 corresponden a los hoteles de primer orden. El número de personas que ha atraído la conferencia de Ginebra es, por lo menos, de 3.000. Hay, pues, un pequeño superávit de 1.500 camas, que tendrán que repartirse: los de la Organización Mundial de la Salud, los de la Organización Internacional del Trabajo, los ginecólogos y los aficionados al fútbol, pues no hay que olvidar que los Campeonatos mundiales se celebrarán en el mes de junio próximo en Suiza.

Ya es sabido que las Delegaciones rusas en las conferencias internacionales son copiosísimas. Esta vez han reclamado sólo para el ejército diplomático de Molotov un hotel entero, el Metropol. Durante la guerra este palacio se convirtió en Cuartel General de la Cruz Roja. Al terminarse la contienda cerró sus puertas, y no se han vuelto a abrir hasta ahora. Quiere decirse que ha sido preciso llevar a cabo obras muy importantes y dotarlo de lo más indispensable, entre otras cosas, de cocinas, ropas y cristalería. Todo esto le ha costado al Ayuntamiento de Ginebra más de dos millones de pesetas. Para Molotov se buscó una villa particular en los alrededores de la ciudad. Las autoridades de Ginebra le dieron a elegir entre varias lujosas residencias, pero los emisarios del ministro de Asuntos Exteriores soviético no encontraron a ninguna de ellas lo suficientemente suntuosas para tan alto dignatario. Para evitar un posible incidente diplomático, el señor Senarclens, un consejero federal suizo, accedió a alquilar su lujosa villa de Genthod a Molotov. En las bodegas de esta villa se encuentran hoy las cajas de vodka y de caviar que el ministro soviético envió desde Moscú.

También los chinos comunistas pidieron un hotel para ellos solos. Pero han tenido que repartirse entre varios: Les Bergues, Beau-Rivage, Richmond etc. Pero, como ya es sabido, el jefe de la Delegación, Chu-En-Lai, se ha instalado en Mont Fleuri.

El señor Bidault, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, ha sentado sus reales en una casa de campo de 14 habitaciones dotadas del máximo confort. Esta residencia ha sido bautizada con el poético nombre de Joli Port. El resto de la Delegación france-



Los miembros de la Delegación rusa se sujetan los sombreros a causa de la tormentosa bienvenida que les dispensó el viento en el aeropuerto de Ginebra

sa se ha distribuido por varios hoteles de la ciudad.

Los americanos han acaparado para ellos el novísimo hotel Du Rhone. La mejor suite de este hotel ha sido ocupada por el secretario de Estado, señor Foster Dulles.

Los ingleses se han instalado en Beau-Rivage, los australianos y canadienses, en el hotel de la Paix, y los observadores japoneses, en el Richmond.

Los nortecoreanos reservaron 60 habitaciones en la Residence, y los surcoreanos y otras Delegaciones asiáticas participantes se han alojado donde han podido,

LOS MIL DE BERLÍN

Se encuentran en estos momentos en Ginebra unos mil periodistas. Más o menos los mismos que asistieron a la conferencia de Berlín. Nunca una serie tan continuada de fracasos ha merecido tanta publicidad ni tan grande movilización de corresponsales. El Ayuntamiento de Ginebra, que no ignora cuánto pueden hacer esos mil periodistas en favor de la propaganda turística, ha instalado, a paso de carga, y en el mismo centro de la ciudad, una casa de la Prensa, en la que los corresponsales del mundo entero encuentran toda clase de medios técnicos para ponerse en comunicación con sus respectivos diarios. En esta casa de la Prensa se han montado 60 despachos, varias salas de conferencias, 18 estudios de radio y de televisión, cabinas telefónicas y teletipos. Un aparato similar montado en Berlín no sirvió más que para que los periodistas transmitiesen noticias inocuas sobre recepciones, conciertos, óperas y festivales. Ahora ocurrirá lo mismo en Ginebra. La paz no prosperará mucho, pero a guisa de compensación tendremos puntual noticia sobre cada uno de los estornudos de Molotov.

COMPARTIMENTOS-ESTANCOS

En el que fué palacio de la Sociedad de Naciones, los diligentes funcionarios de las Naciones Unidas han montado una serie de salas compartimentos-estancos, en los que cada Delegación podrá discutir sus asuntos privadamente, con absoluta reserva. Esta medida es el fruto de una larga experiencia en esta materia de conferencias internacionales. Las sesiones sólo se harán públicas cuando las referidas Delegaciones hayan llegado, por separado, a acuerdos de principio. De esta manera se evitará a los asistentes el espectáculo de los portazos del señor Gromyko y de los aburridos «niet»! (no) de Molotov. El procedimiento es el mismo que han venido siguiendo las Delegaciones árabe y judía en sus deliberaciones sobre el problema de Palestina. Reunidas en salones convenientemente separados, estas Delegaciones jamás cruzaron una palabra entre sí, comunicándose unas a otras sus puntos de vista por medio de emisarios neutrales.

Cada Delegación participante en esta conferencia de Ginebra ha solicitado y obtenido una línea telefónica directa o comunicación, también directa, por ra-



Una vista parcial del salón donde se celebra la Conferencia de Ginebra

cadísimo servicio se encargó el señor Jöhr, director general de Comunicaciones. Se cuenta que una de estas mañanas, a las siete en punto, los representantes del Consulado soviético quisieron probar la línea Ginebra-Moscú. Cinco minutos más tarde habían establecido comunicación con Praga. Entonces, el señor Jöhr, volviéndose a los rusos, dijo:

—Hasta Praga todo va bien. A partir de Praga ya no depende de nosotros.

Esto ocurrió a las siete. Al mediodía, los rusos todavía no habían podido comunicar con Moscú.

MOVILIZACION PARCIAL

No ha sido cosa fácil para las autoridades ginebrinas resolver el problema de la seguridad de las distintas Delegaciones siendo éstas tan numerosas. En general, las potencias comunistas se han encargado por su cuenta de este capítulo de la seguridad, montando guardias armados hasta los dientes a la entrada de sus residencias. Los buenos ginebrinos no dejan de contemplar con asombro a estos hombres de aspecto poco tranquilizador, cuyo papel como guardianes tendrá tan escasa justificación como el papel de sus protegidos en calidad de procuradores de la paz. Las autoridades suizas, no disponiendo de agentes suficientes para guardar las espaldas de tanto delegado, no han tenido más remedio que decretar una especie de movilización de reservistas, cancelando todos los permisos hasta nueva orden de las fuerzas de Policía. Estas estarán de servicio permanente hasta que termine la conferencia. Digamos de ésta, finalmente. Del montaje de este compli-

mente, que costará unos diez millones de pesetas diarias.

COREA E INDOCHINA

Poco más de lo que llevamos dicho sobre la conferencia de Ginebra podemos añadir todavía a estas alturas. Dejando a un lado la escenificación y la coreografía de este asunto, queda en pie un gravísimo problema político de tal complejidad, que aun con la mayor buena fe por parte de todas las potencias interesadas exigiría muchos meses de estudios y deliberaciones. Si la conferencia de Ginebra se reduce de verdad a una conferencia asiática, las dos cuestiones principales a discutir son la de Corea e Indochina. En cuanto a la primera, no creemos que en Ginebra se resuelva en unas semanas lo que exigió meses y meses de reuniones diarias en Panmunjón. En cuanto a la segunda, conviene no olvidar que la guerra de Indochina es simultáneamente una guerra civil entre nacionalistas del Vietnam y del Vietnam; una guerra colonial entre franceses e indochinos y finalmente una guerra ideológica entre comunistas y anticomunistas. Reducirla sólo a este último aspecto es una equivocación.

Sea como quiera, nuestros lectores conocen perfectamente la posición de las potencias occidentales con respecto a estas cuestiones vitales para el porvenir del sureste de Asia, último reducto del hombre blanco en aquel continente. La participación de la China comunista en la conferencia de Ginebra, lejos de facilitar las cosas, creemos que las complicará extremadamente, pues lo que pretende, ahora como siempre, es el recuperar su condición de grande entre los grandes.

Edificio de la Liga de las Naciones, sede de la conferencia que se desarrolla en Ginebra





Director
LAZAGA

Operador **BERENGER**

Gión:

**SANCHEZ SILVA y
GARCIA SERRANO**

Director de producción
SANTOS ALCOCER

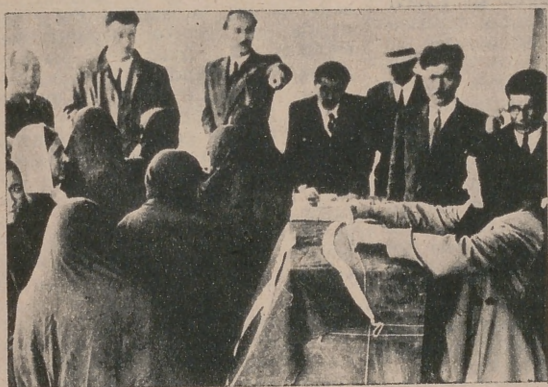
La Patrulla

La película del tiempo en que vivimos

TURQUIA, PUNTO NEURALGICO

EL PAIS DE LA MEDIA LUNA, SE APRESTA A LA LUCHA ELECTORAL

Cábalas, vaticinios y reserva en torno a la quiniela del vencedor



EL MES DE MAYO EN LA ENCRUCIJADA PARTIDISTA DE LOS COMICIOS

TURQUIA es hoy quizá un vivo ejemplo de la transformación de un pueblo. La gran revolución turca ha terminado por arrojar, en su despierta entraña oriental, la gran caracola de todas las resonancias europeas. Por eso mismo Estambul, eje exacto de esa renovación, es, de sus ciudades, quien refleja mejor que ninguna otra el panorama general de sus cambios. Tanto así que, si bien las mujeres han suprimido, desde Kemal Bajá, el velo, la misteriosa calidad de su secreto, la gran ciudad sigue siendo la capital en cruz, el museo y el itinerario de la contradicción y encuentro, al tiempo, de Europa y Oriente. Viven en Estambul, como en un crisol iridiscente, mágico, todas las razas orientales. Y entre ellos, los judíos sefarditas, los expulsados de España en 1492, mantienen, como en un recoleto y oculto Siglo de Oro, la lengua y la letra de un castellano arcaico y millagroso. Están también esas minorías étnicas griegas y armenias que parecen formar parte de una gran tradición humana en la vida turca. Y no son de hoy, que Cristóbal de Villalón, de sus tiempos de cautivo cristiano en

Constantinopla, los recuerda así: «Griegos y armenios hay muchos, y los marineros forasteros todos posan allí. Hay de los griegos muchos panaderos, y el pan que allá se hace tiene ventaja cierto a todo lo del mundo...» Y Cristóbal Villalón parecía ya levantar sobre lo abigarrado, en el conjunto del color y las formas extrañas, la sorpresa que le producía en el siglo XVI su acento

múltiple, diverso, fascinante. Sobre ese fondo, pues, levanta la Turquía actual su voluntad de perfección, su figura europea, sin que por ello pierda contacto con su propio pasado. De ahí quizá su calidad, aún fresca y viva, de «mil y una noches». De encontrar, al lado del rascacielos de cemento y los millares de taxis, la semilla de las callejuelas judías donde es posible encontrar,



Arriba, izquierda: Mujeres turcas emiten su voto.—Derecha: Estatua de Kemal Ataturk en la zona nueva de Ankara.—Abajo: Miembros del partido nacional haciendo propaganda entre los campesinos



como en la estantería famosa de **Chicote**, todos los vinos mediterráneos.

LAS PASADAS ELECCIONES DE 1950

En las elecciones de 1950, también en mayo, el Partido Demócrata alcanzó una superioridad de 569.421 votos sobre el conjunto total de los partidos y determinó con ello la caída del Partido Republicano, que durante el ancho período de veintisiete años dominó la vida del país. Muchas causas contribuyeron a crear ese gran acontecimiento. Entre ellas ninguna de tanta importancia como la crítica de los intelectuales turcos que, un sí o no fatigados, sembraron la rebelión frente al Poder. De todas formas, razones utilitarias, más elementales, contribuyeron de igual forma a hacerlo posible. En mayo de 1950, aunque el riesgo del vaticinio fuera grande, no dejó de pensarse en el cambio. A pesar de ello, en el gran tinglado algebráico del escrutinio mayoritario se produjo la gran sorpresa de la elección: una mayoría absoluta de diputados demócratas. He aquí las cifras:

Número de diputados elegidos por Partido

Demócratas	408
Del Pueblo	69
De la Nación	1
Independientes	9

Hay que tener en cuenta que, en líneas generales, sin que se pudiera delimitar concretamente su participación, los Independientes y otras minorías contribuyeron ampliamente en el triunfo demócrata y, por lo tanto, si contribuyeron a la victoria de entonces, lógicamente tiene importancia lo que decidan en las próximas.

No hay que destacar, por tanto, lo que señala ya por sí misma la relación anterior: la estadística de los diputados elegidos. Pero conviene saberse, como elemento de curiosidad y de juicio, naturalmente, para las próximas elecciones, que, sobre el total de los 8.905.704 electores inscritos, hubo nada menos que 952.688 abstenciones, lo que determinó en su conjunto una participación electoral del 89,30 por 100. Los

votos, a su vez, obtenidos por cada partido fueron los siguientes:

Demócratas	4.242.381
Del Pueblo	3.165.096
De la Nación	240.209
Independientes	267.655
Diversos y nulos.	37.714

Hay que entender de todas formas que la lectura de los datos anteriores no sirve, ni pretende servir, más que como orientación en cuanto al movimiento en bloque de los grandes partidos. A su dinamismo político de hace cuatro años, pero no puede ser un exponente de la situación actual. Y ello es así porque las cifras, en el gran misterio de la próxima elección, están sujetas cuantitativamente a sucesivas alteraciones, cuyas causas, en líneas generales, intentaremos trazar más tarde. Un dato hay, sobre cualquiera otra opinión, de singular importancia: que si bien el Partido Demócrata terminó con veintisiete años de superioridad política del Partido Republicano del Pueblo, éste no ha perdido en la oposición su fuerza primitiva, su cohesión política. En cuanto a los demócratas, la situación es la misma de 1950, pero con las alteraciones lógicas. Era natural que los votantes pusieran desmesuradas esperanzas en la presencia del Partido Demócrata en el Gobierno para que, cuatro años de ejercicio de la jefatura, sobremanera en los estrechos tiempos que vivimos, no hayan creado, aunque pueda ser injustamente, determinadas y variadas desilusiones.

ASPECTOS SINGULARES DE LAS ELECCIONES ANTERIORES

Aunque en mayo de 1950 pudiera ejercerse el vaticinio sobre la presunta derrota del Partido Republicano, al observador neutral, en este caso nosotros, interesados únicamente en la grandeza de Turquía, no deja de sorprenderle el resultado que tuvieron, al fin y a la postre, las elecciones. El alcance de esta cuestión, sobremanera interesante en la vida turca, ha sido examinado y desentrañado de muy diversas formas. Dos cosas son, sin embargo, sobre las que parecen estar de acuerdo, aun dentro de las corrientes contradictorias del mundo turco, todos los observadores. Que el Partido Republicano tenía contra sí el hecho mismo de su dominio ininterrumpido, y a su favor, dato estimati-

vo que, al parecer, persiste en el momento presente, el de reconocérsela unánimemente que cuente en sus filas a hombres de gran experiencia gubernamental y política. Un periplo tan amplio de mandato y gobierno hace lógica la condición interior.

Ahora bien, si se examina, por ejemplo, la disposición psicológica y política de Estambul, eje y centro nervioso de la elección en 1950 (y posiblemente en ésta), se advierte que otras causas determinaron también con su presencia inequívoca el cambio.

Las elecciones en Estambul ofrecieron estadísticamente las siguientes cifras: demócratas, 238.763 votos; Partido del Pueblo, 11.259; Partido de la Nación, 72.737. Es decir, los demócratas alcanzaron un 53 por 100 de la votación general, mientras que los republicanos se detenían en un 24 por 100. A su vez, dato de limpia y granítica importancia, las cosas no sucedieron de la misma forma en Ankara. Pero era precisamente en Ankara, la sede oficial, la capital del país, donde los resortes republicanos estaban más frescos, mejor engrasados, y donde la presión política del que manda, sin que la ejerza por ningún medio ilegal, adquiere una grave importancia. Pues bien, en Ankara, el Partido Demócrata obtuvo menos votos que los otros dos partidos juntos, y, contando a los Independientes, su inferioridad numérica quedó reflejada en 13.966 votos.

LA IMPORTANCIA DE LAS MINORIAS JUDIA, GRIEGA Y ARMENIA EN ESTAMBUL

En Estambul, de la que decía Villalón «que a mano izquierda tiene la mar Negro, que es el mar Eugino, y a la mano derecha está el mar Mediterráneo», la victoria demócrata se debió en muy buena parte a poder contar con los votos de las minorías judía, griega y armenia, de gran reciedumbre en el país, descontentas y desfavorables al Partido Republicano, que, pensando en ellas, aplicara en 1942 el famoso «impuesto sobre la fortuna». Esa decisión de las minorías étnicas puso a disposición del Partido Demócrata la importante cifra de 40.000 a 50.000 votos, que, al fin y a la postre, tuvieron decisiva importancia en la marcha de las elecciones en Estambul. Por eso decía antes también que las alteraciones o los cambios que se hayan verificado en las minorías étnicas no dejará de tener favorable o desfavorable repercusión en la aspiración del Partido Demócrata de proseguir su mandato otros cuatro años.

ABSTENCION DE PRO-NOSTICOS EN 1954

«Dada la curiosa experiencia de las elecciones pasadas—dice un agudo comentarista de la vida turca—, la ausencia de comentarios concretos y, sobre todo, de pronósticos, es casi general. En mayo de 1950 se equivocaron en sus cálculos los observadores eclécticos, los vencidos y los propios vencedores, asombrados de la magnitud de una victoria que

Vista parcial de los nuevos barrios residenciales de Ankara



se preveía y esperaba, condicionada a términos y resultados más modestos.» Los términos, pues, sobre el desarrollo de las próximas elecciones se van ajustando meridianamente a eludir el pronóstico y a organizar una serie de cábalas sobre el planteamiento de la cuestión por las minorías y los campesinos. Estos últimos, que alcanzan los dos millones de votos y que si bien tienen sobre ellos la fuerte presión de los propietarios y los terratenientes, forman un dispositivo formidable.

Una cosa, no obstante, parece ser común a todas las banderas: que las elecciones de 1954 están cargadas o pueden estarlo de pasión. Ello es debido en buena parte al resultado anterior. En 1950 «todas las fuerzas del descontento—dice el mismo observador—se conjugaron en el logro de la finalidad única: derrocar al Partido Republicano que, a lo largo de veintisiete años, fuera dueño y señor del país.» Esa simple circunstancia, en mi parecer, no está cargada de la suficiente pólvora. No lo explica todo. Si las elecciones de 1954 son apasionadas, enérgicas, vivas, se deberá ello a una fuerza psicológica que actúa soterrada, en función directora. Esta fuerza es simplemente la certidumbre que han tomado cuantos participaron en el final del mandato republicano, de la plenitud potencial que poseen.

En aquel entonces, y con ese fin único de la derroca del Partido Republicano, se asociaron en idéntico combate «hombres de tendencias extremadamente diversas, adversas e incluso desde los conservadores religiosos hasta los liberales más «occidentalizados». «Circunstancias—dice el mismo observador—que luego se tradujeron en ciertas dificultades de gobierno y una relativa insolidaridad dentro del Partido Demócrata.»

Un examen ligero y sencillo de todo lo anterior no pecaría de injusto al considerar que aquellas circunstancias no se repetirán esta vez. Y ello así porque minorías y partidos han tenido necesariamente que ir cribando su propio designio, su propia figura política, puesto que si en 1950 lo importante parecía ser la coalición frente al Partido Republicano, esta vez, desaparecida aquella etapa, lo importante será la estilización de las distintas ideologías. Si se me permitiera un vaticinio, no del triunfador, sino del organismo político turco, me decidiría por anticipar que lo característico de las próximas elecciones será el afianzamiento y la fuerza de las ideas. De la fuerza de éstas frente a los mismos partidos. Y ello como resultado de una gran experiencia. Hubo un tiempo en que lo importante era combatir al Partido Republicano. Hoy, al revés, lo decisivo será la perfecta definición de los principios.

AMBIENTE GENERAL EN ESTAMBUL

Como las elecciones están ya en el ámbito mismo de su realización, merece la pena auscultar, aunque fuere ligeramente, el pulso y el corazón de Estambul. Y no cabe olvidar al hacerlo que



Ciento sesenta y siete afiliados al partido comunista turco fueron condenados hace meses por actividades antiestatales

fue precisamente en Estambul donde los demócratas lograron en 1950 «su éxito más considerable». Y que es también esta ciudad la que ofrece, al lado del más enigmático contraste humano, el más significativo y concreto contraste electoral. Y ello así por lo mismo que asegurábamos antes: que las contradicciones no acaban nunca. Porque, como decía Pedro, el héroe del «Viaje a Turquía», «la mayor grandezza de la ciudad es que, vista toda, hay otro tanto que ver debajo».

Ese ambiente de contradicción parece reflejado en su mayor parte por la crítica, a veces dura, de los intelectuales que de manera tan efectiva colaboraron en la victoria del Partido Demócrata. El espíritu doctrinal que surgió de esa actitud movió en 1950 muchas fuerzas ambiguas contra el Partido Republicano, y esta vez en pleno uso de su fuerza, en la teoría y en la práctica, muchas veces «volvieron sus armas contra el nuevo Poder».

Ello ha dado motivo también a que se haya producido, por reacción, una vuelta al punto de partida del Partido Republicano del Pueblo, el partido fundado por Atatürk, padre de la revolución y de las reformas contemporáneas de Turquía. La cantidad y calidad de esta vuelta al Partido Republicano parece en los momentos actuales difícil de precisar, siendo, al parecer, entre la juventud universitaria donde se ha encontrado mejor disposición para ver de nuevo, con limpia simpatía, el partido de Atatürk. De todas formas, creo yo, todas estas demostraciones están determinadas, más que por supuestos de tipo políticoactual, por una revisión de los supuestos históricos, que, como es bien sabido, se puede recibir enteramente la impregnación histórica, y, sin embargo, intentar servirla con otras actitudes políticas.

A su vez el Partido Demócrata parece seguir contando, en Estambul al menos, con el apoyo de las minorías, que, dentro del complejo político de los republicanos, tuvieron frente a ellas la xenofobia oficial, el «impuesto sobre la fortuna», de carácter económico, pero que ejerció, en el fondo, una auténtica discriminación entre turcos musulmanes y «extranjeros» no musulmanes. Estas minorías han gozado ahora, en los cuatro años de Go-

bierno demócrata, todas las libertades ciudadanas. De todas formas sería cuando menos aventurado o excesivo el juicio que se planteara sobre una cohesión estrecha y definitiva entre los minoritarios y el Partido Demócrata. No hay que olvidar que estas minorías son minorías comerciales, formadas por negociantes, y que entre ellas reina alguna inquietud sobre el rumbo de la política económica del país.

LA POSICION DEMOCRATA

Confía el Partido Demócrata en que su política agrícola, a la que ha dedicado tiempo y dinero, produzca en las elecciones de mayo buenos frutos. Una política de mecanización y adquisición y puesta en marcha de un variado utillaje agrícola «que se envanece—según una información que leo de Turquía—de haber sabido conservar la fidelidad de las masas campesinas». Envanecimiento que, de ser cierto, tendría la máxima importancia, ya que el campesinado compone el fondo auténtico, la promoción de la victoria en las elecciones de Turquía. El gran bloque de los dos millones de votos.

A pesar, sin embargo, de la esperanza demócrata en las masas campesinas, la oposición, como es lógico, dedica enorme atención y propaganda hacia el campo. Una idea, generalmente extendida por cierto, discrepa de la creencia demócrata, asegurando que las masas campesinas no son las que han sido beneficiadas con la política agrícola demócrata, sino que quienes han obtenido abundantes beneficios con ella han sido los grandes terratenientes.

Entre una y otra teoría cabría emplazar una nueva. La política agrícola de un país poco industrializado, cuando se ve en la necesidad de mejorar sus productos, de ampliarlos y renovarlos, se encuentra con la difícil y complicada papeleta de que las mejoras no pueden realizarse para obtener inmediatamente resultados beneficiosos. Así, por tanto, puede darse el caso de ser razonable la esperanza demócrata en considerar como efectiva la adhesión de las masas campesinas, dado el esfuerzo renovador de su utillaje y clima industrial, y no haberselo tocado aún, por el pro-

pio pueblo trabajador, las consecuencias que de él debieran desprenderse.

De todas formas, todos los observadores, si coinciden generalmente en vaticinar un triunfo democrata, lo hacen ligados a una restricción importante: a considerar que en el Parlamento próximo el Partido Demócrata dispondrá de «una mayoría mucho más reducida que en la actualidad». Y para la calma, para la gran calma de gobernar sin el agua al cuello, necesita una mayoría de cien diputados.

Propagandísticamente, un hecho revela, en función de su notoriedad, como en el entretanto el Partido Republicano no ha perdido, en la oposición, su reciedumbre. Se recuerda en Turquía que el famoso coronel Dora, que fuera figura y señal de la presencia de Turquía en Corea, ha terminado por enrolarse en el Partido Republicano en vez de en el Demócrata, pese a los intentos de este último. En su día se dió excesiva importancia a este asunto; pero revela en el fondo la cohesión y la formidable atracción del partido de la oposición, que tiene en sus filas, como es sabido, muchas importantes personalidades militares.

OTRAS PULSACIONES

El Partido de la Nación, que en las elecciones de 1950 obtuviera un 3,03 por 100 de los votos, y un solo diputado ha pasado desde entonces por graves percances. «El 8 de julio—leo en una información—fué disuelto por decisión judicial.» La decisión que, naturalmente, fuera tomada por el Gobierno fué bastante confusa en cuanto a los cargos esenciales. Parece ser, sin embargo, que fué considerado como reaccionario y oscurantista y declarado peligroso para la seguridad del Estado.

Como nota curiosa que calibra la cara y la cruz de la vida turca, valga decir que el Partido de la Nación, tachado de oscurantista y no exento de fanatismo político, cuenta la mayor parte de sus adheridos en la ciudad de Estambul, la capital más populosa y más llena de occidentalismo de Turquía.

El partido disuelto ha venido a denominarse nuevamente Partido Republicano de la Nación, y dentro del enclave posicional de los dos grandes partidos, el de la Nación actúa o puede hacerlo en plan de árbitro. Aun que parecen existir dificultades concretas sobre su participación en las elecciones, ya que, según las disposiciones oficiales, para que un partido participe de la lucha electoral necesita haber cumplido el requisito de existencia superior a seis meses, aprobación de estatutos, etc., etc., casos que no parecen haberse cumplido enteramente por el de la Nación. De todas formas, ese millón de votos, otro gran acicate sin resolver, puede ser el que empuje a los más fuertes hasta la alta y clara montaña donde el timón de mando se construye de roca.

Ahora, quien quiera y pueda, que rellene cuidadosamente la gran quinleña de los votos.

E. SOTOMAYOR

EL CONGRESO DE PARÍS

Del 3 al 7 tendrá lugar en París un Congreso Internacional de Prensa Católica. Integran la representación española hombres de un historial periodístico ejemplar. Ellos pueden aportar la experiencia de un fenómeno único en el mundo. Toda nuestra Prensa acata, defiende y sirve a la moral y dogma católicos en su rotunda integridad. Toda la Prensa española está dirigida y escrita por católicos. Ningún otro país puede presentar un cuadro de publicaciones y de profesionales tan concorde, unánime y fiel en la aceptación y propagación de la verdad enseñada por Roma. La Prensa española es la Prensa de un pueblo católico, gobernado positivamente en católico. Estimamos que esto es un hecho, cuya significación debe ser valorada en el Congreso de París.

Indudablemente, todo el temario que en él va a ser estudiado ofrece el más agudo interés. Pero creemos que nada debería merecer atención tan esmerada y detenida como la formulación, de una doctrina completa sobre la información, planteada de acuerdo con los dictados de la filosofía perenne, la doctrina pontificia, las exigencias de nuestro tiempo y la naturaleza, alcance e influencia de los modernos instrumentos y nuevas técnicas de la difusión.

También en esto podemos nosotros ofrecer resultados dignos de la más respetuosa consideración. En el primer Consejo Nacional de Prensa, celebrado en Alicante el mes de diciembre del pasado año, ante lo más representativo, solvente, autorizado y responsable del periodismo español, el Ministro de Información expuso, con todo rigor y el aparato dialéctico que el problema exige, el esquema orgánico de ideas, cánones y normas doctrinales, que han de presidir y orientar permanentemente toda la vida, toda la actividad y proyección de esta Institución social que es la Prensa, que es la información en sus múltiples versiones. La información es, hoy más que nunca, parte integrante del bien común y, cada día con creciente eficacia, la información es un factor decisivo, no sólo para el justo y progresivo desenvolvimiento de los intereses de la comunidad, sino también para la buena marcha de las relaciones entre los distintos países. No cabe, pues, en buena lógica, que esta pieza clave del organismo social pueda ser manejada impunemente por los «grupos de presión» ni tampoco ha de ser catalogada como un simple órgano de la Administración. La naturaleza de sus fines y la amplitud y profundidad de su acción sobre la conciencia popular la definen claramente como institución social, encajada con un conjunto de derechos y obligaciones connaturales, dentro del sistema de las instituciones de Derecho Público. Ni un poder beligerante por principio frente al Estado y al margen de la obediencia a la Ley ni tampoco un dispositivo más de la mecánica administrativa. Ni el Estado puede absorber y apropiarse la personalidad del individuo y de las instituciones sociales ni éstas pueden pretender ejercer la soberanía, que pertenece a quien legítimamente ostenta la jefatura de un pueblo y a quienes corresponde el gobierno del patrimonio común y de los destinos nacionales.

Andan aquí en juego problemas del más alto rango. Entre ellos, la urgente necesidad de superar el antinatural y anticristiano antagonismo provocado por la escuela liberal, entre intereses y derechos privados e intereses y derechos auténticos de la colectividad como tal persona moral. La constante fricción producida por esta artificial antinomia ha triturado la paz, la tranquilidad y el verdadero orden político. La doctrina española de la información no es sino la aplicación concreta a este campo de las bases y fundamentos que el pensamiento católico más genuino consideró siempre como absolutamente necesarios e imperativos para una ordenación congruente, estable y cristiana de la sociedad civil.

EL ESPAÑOL

LA ISLA DE LOS MILAGROS



LANZAROTE FRENTE a la INVASION de ARENA

Avanzada del archipiélago contra los vientos y las corrientes

UN PEDAZO DE TIERRA CAUTIVA DE LOS VOLCANES

EL aeródromo de Los Rodeos, en Tenerife, había quedado atrás con sus delicados verdes, y al poco el avión rondaba Gran Canaria. Después de una breve escala en Gando, otra vez el mar. Fuenteventura —ese esqueleto de isla, como la llamó Unamuno— nos muestra su topografía estéril, arrugada, destenida por el sol. Otro descenso sobre su polvoriento aeródromo y de nuevo sobre el mar, rumbo a la isla más oriental del archipiélago canario.

Desde el aire, Lanzarote es un laberinto de montañas cónicas, una isla orillada de sienas y blancos, unos valles hondos, estrechos, y nuan mesetas arrasadas. No se descubre ninguna mancha de bosque ni hay un árbol que sombre la tierra. Ya se distingue el aeródromo de Guasimeta. En el descenso la isla se nos va acercando, se hacen más curvos sus perfiles, más triste su tierra. Aterrizamos. Arena y polvo. Con el autobús, hacia la capital de la isla, Arrecife. Por el camino, arena. A ambos lados de la carretera asfaltada, otra vez arena. Campos de arena, pequeños bardales con la arena detenida. Arena sobre las colinas.



Arriba: Bahía de Penedo, por donde entran las arenas voladoras. Abajo: Estampa clásica de las mujeres de Arrecife, de regreso de un mercado

Todavía no sabíamos lo que era la arena para la isla. Algo habíamos leído de un río de arena que la cruzaba de Norte a Sur, pero ignorábamos los secretos de esta corriente árida y cegadora. Tendríamos que recorrer la isla para averiguar no sólo el nacimiento, el curso y desembocadura de este río único, sino para saber que Lanzarote es una isla fuera de las concepciones al uso y que el hombre que en ella vive ha hecho milagros con la arena. Pero ya llegará el momento de contarlo.

Acabamos de entrar en la blancura de Arrecife. Calles desahogadas, casas más bien bajas, en las que las cales recientes de los muros contrastan con las esquinas y los zócalos de piedra negra. Lavas alisadas por el fuego como elemento decorativo, con una labra caprichosa y hasta bella. El mar entrándose por la villa adentro. Fortalezas españolas del siglo XVI vigilando a es-

ta pequeña Venecia del Atlántico. Hay muchos veleros de la pesca en los bancos de Africa amarrados al malecón. Caras quemadas por el sol. Olor a pescado salado, brisa. El «San Ginés», el «Virgen del Carmen», el «Erbania», repasando drizas y velas. A sotavento de la isla Arrecife cuida su velamen como si se dispusiera para una larga travesía.

CAMINOS DE LA ISLA PARA MATRIMONIOS EXTRANJEROS

El Parador Nacional de Turismo de Arrecife es una bella construcción, en la que se resumen todas las peculiaridades arquitectónicas de la isla. Está levantado junto al mar y desde sus terrazas se goza de una piscina natural, límpida, que se extiende por toda la bahía.

Cuando llegamos, el gerente explica en correcto francés a un joven matrimonio extranjero las

rutas turísticas de la isla: la información lleva incluido el coste de los desplazamientos. El joven matrimonio se mira, hace sus cálculos en silencio y se hace repetir de nuevo las rutas por el interior. El gerente es persona correcta y bien informada. Replite, añadiendo más información: Rutas del Norte: visita a Tegui-se, antigua capital de la isla, vista del Valle de Haría, cueva de los Verdes y Jameo del Agua. La ruta puede prolongarse y llegar hasta la Betería para desde ella contemplar el canal de El Río y los islotes de la Graciosa, Montaña Clara, Alegranza, Roque del Este y Roque del Oeste. Rutas del Sur: pasando por el centro de la isla, contemplar el espectáculo de los «arenados», «El Jable», rondar centenares de montañas volcánicas, llegarse hasta el pueblo de Yaiza y ascender a las Montañas del Fuego, en Timanfaya. Esta ruta también puede prolongarse para ver la laguna de Janubio con sus salinas y patos silvestres, y el cráter semilunar de El Golfo. Rutas secundarias... En fin, cuando el joven matrimonio extranjero hizo sus cálculos, escogió la ruta que iba a seguir al día siguiente.

La nuestra iba a ser más larga y esperamos.

AQUI ESTA LANZAROTE: UN CABALLO MARINO

Lanzarote tiene unos sesenta kilómetros de largo por veinte de ancho. Alguna vez se la ha comparado con un caballo marino en marcha contra el viento y las corrientes. Avanzada del archipiélago hacia el Norte, con su vanguardia de islotes deshabitados, y en descubierta permanente, con ella tropezaron todos los navegantes que arrumbaron hacia Canarias. La isleta de Alegranza recuerda la alegría de los primeros navegantes al llegar. Montaña Clara es aquel poderoso roque que blanquea al sol. La Graciosa, hoy con dos pequeños poblados de pescadores, es una isla blanda, colmada de arena, con algún cono volcánico en sus puntas.

Por barlovento, con la tozudez del alisio, no hubo manera de abrir ningún puerto. Buscando por sotavento, los navegantes descubrieron unas aguas tranquilas al resguardo de un rosario de arrecifes. El nombre de Arrecife viene de ahí. Entre finales del siglo XIV y comienzos del XV ocurrieron estas cosas. Mientras los pueblos se levantaban y el puerto aprendía a ser puerto, se diseñaron las primeras cartas

de la isla con la cruz genovesa sobre sus lomos: Lancelotto Malocello, el navegante genovés, dió nombre y armas a la isla.

Después vino el normando Juan de Bethencourt, que puso los pies en Lanzarote en 1402. La historia ya se comenzó a hacer con Castilla, con las incursiones de los corsarios berberiscos, con los volcanes, con la arena. Por fin, el milagro.

Y ahí está la isla, aparentemente desolada, con camellos silenciosos por todos los caminos, con construcciones rurales, herméticas, sin ventanas, con cortijos rodeados de lavas y arena, con sembrados en campos negros, con valles que recuerdan paisajes bíblicos, sin agua, sin árboles. Pero no es una isla muerta.

TEGUISE, EL AGUA Y LOS VOLCANES

Lanzarote es una isla inacabada. Mientras en ella se hacía historia, la isla no estaba terminada, algo así como si se habitara una casa antes de terminarse los pisos y de darle los últimos toques a los techos.

Una geología en tensión hace que uno mire a la tierra con cierto respeto. En Lanzarote todo es presente: la obra de los volcanes y su pasado prehistórico. No es paradoja. La prehistoria de la isla es tan joven, que todo el mundo sabe algo de unos reyes pastores y de unas princesas que vivieron en palacios megalíticos. Os enseñan la morada del último rey indígena, y os cuentan la encantadora historia de Tegui-se. Tegui-se es el nombre de la antigua capital de la isla, pero lleva nombre de princesa lanzaroteña. Se dice de ella que vivía con su padre, rodeada de rocas y arenas, en anchas tierras de pastos. Pero al llegar los castellanos se enamoró de un capitán y cambió sus tierras pastorales por un lugar llamado Acañite, en el centro de la isla, al socaire del alisio. Tegui-se y el castellano simbolizan la fusión de la raza aborigen con la forastera. Y ahí está la villa de Tegui-se para recordarlo. Hoy es un pueblo de apretada historia de calles profundamente silenciosas. Resuenan los pasos en los viejos empedrados, las casas son antiguas, las puertas de los zaguanes están entornadas y unas mujeres vestidas de negro se asoman a los postigos.

La historia de Tegui-se os la contarán todos, desde el que trabaja en la arena hasta el hombre docto —a usted, don Eugenio Rijo Rocha, debo la más emotiva versión del episodio—, y os co-

municarán la extraña emoción de sentirse rodeados de sombras. A este capítulo inacabado de historia antigua se enlaza el estremecedor capítulo del vulcanismo de Lanzarote. Sí; después de recorrer la isla se saca la impresión de que aquí hay muchas cosas que no han terminado, y uno piensa en un amanecer cualquiera, levantando montañas nuevas en el horizonte o barriendo colinas y conos quemados.

Un mapa geológico de Lanzarote nos pone sobre aviso. Dos poderosos núcleos basálticos en sus extremos: Famara y Guatifa, al nordeste, y los Ajaches, al sudeste. El relleno de sesenta kilómetros de largo por veinte de ancho no es más que plástica volcánica. En los 963 kilómetros cuadrados que tiene la isla, no hay un solo manchón de arboleda. Toda el agua que cae del cielo se pierde por las fisuras y la porosidad de los materiales que la componen. Todavía se ven los restos de las antiguas «maretas», depósitos de tierra al aire libre, donde se recogía el agua de lluvia para el servicio de los habitantes, antes de que cada casa dispusiera de un aljibe. Hernández Pacheco, que estudió geológicamente la isla a principios de siglo, dice de Lanzarote «que podría compararse a una esponja medio sumergida en una vasija llena de agua (el mar), esponja que dejaría escapar por la porción sumergida el líquido que recibiría sobre la emergida».

Solamente hay en Lanzarote un manantial enterrado y oculto: está al pie del acantilado de Famara, en el Norte, y hace unos meses nada más que Arrecife tiene una fuente pública. El agua de Famara ha sido llevada hasta la capital salvando desniveles, rodeando montañas, cifándose al laberinto formado por docenas de cráteres, hundiéndose en la arena, rompiendo campos de lava.

LOS «JAMEOS», LA CUEVA DE LOS VERDES Y LOS PAÑUELOS FEMENINOS

La palabra *jameos* no se sabe de dónde viene, pero sí lo que significa. Quiere decir hundimiento de poderosos costrones volcánicos y formación de grandes oquedades. En algunas de ellas, como en el «Jameo del Agua», se estanca un agua transparente que llega del mar por miseriosos conductos subterráneos. La refracción de los rayos solares, que penetran por el techo y por las bocas del «jameo», disuelven en el agua estancada una luz de fondo submarino. Lo más curioso, y lo no explicado todavía por la ciencia, es que en el «Jameo del Agua» viven unos crustáceos blancos, perezosos, ciegos, cuyos parientes más próximos parece que se encuentran entre la fauna abisal.

La «Cueva de los Verdes» es como la gran basílica de las cavernas, con su longitud de tres kilómetros, la bóveda inmensa de su techo y la nave oscura y llena de ecos. Un río de lava abrió ese cauce subterráneo, que los habitantes de Lanzarote aprovecharon como refugio cuando la isla era atacada por corsarios berberiscos. Nos ha tocado descubrir el sistema de fortificación en la boca de entrada y en la llamada «puerta falsa». Hemos



Camellos trillando legumbres
en una era lanzaroteña

visto en Haria cuentas de oro y de ámbar, medallas antiguas, con vírgenes comidas por el tiempo, objetos perdidos durante el largo confinamiento de los sufridos habitantes de la isla en aquel impresionante lugar.

Los antiguos campos de lava van haciéndole lugar a la tierra de labor; el «lapilli» negro, blanco o rojo es transportado de un lugar a otro para cubrir la tierra. Las terrazas de los cultivos van ganando las laderas. Y en el fondo de los valles, casi siempre abiertos al mar, las palmeras y el blanco caserío dan fe de que la vida sigue y el hombre trabaja.

EL «JABLE»: UN RIO DE ARENA

«Jable» es, simplemente, una corrupción de *sable*, arena. Sería de ver el asombro de aquellos normandos de la primera hora lanzaroteña, absortos ante un río de arena que no cesaba de discurrir.

De este río árido y estéril, de cauce y márgenes secos, se puede hablar después de haber marchado junto a él, orillándolo, desde su nacimiento hasta su desembocadura. Tiene una biografía apasionante.

Por la costa de barlovento entra impetuoso el alisio del Noroeste. Lame el acantilado de Famara y cuando se espera que remonte el risco, se encuentra con la bahía de Penedo, por donde halla ancha salida. La curva de la bahía, de más de cinco kilómetros de longitud, está toda ella cubierta de arena calcárea. Es en esta playa donde comienza la historia de la arena en Lanzarote.

La ruta de la arena para llegar hasta aquí ha sido larga y complicada. Principia en los médanos del occidente africano. El viento deshace las dunas y las mareas se tragan la arena. Una vez sumergida, las corrientes submarinas se encargan de ir aproximando esta arena hasta las islas. Surge por primera vez en la isleta de La Graciosa, que es como una duna en el mar. Para atravesar el canal que separa a Lanzarote de La Graciosa, la arena vuelve al fondo del mar, empujada por el viento, y las corrientes la sacan del fondo y la depositan blandamente en la bahía de Penedo. Aquí vuelve a actuar el viento.

He permanecido largas horas contemplando este espectáculo de magia. A marea llena, la playa queda colmada de arena; cuando se inicia el reflujo, el alisio comienza a secar la capa superior de aquel manto calcáreo y se lo va llevando tierra adentro. Se arremolina, se detiene en los hierbajos, crece en dunas de caprichoso lomo, se ondula en los llanos. A mayor golpe de viento, mayor nube de arena en el aire. El caserío cubista de La Caleta anda siempre por zafarse del abrazo de las dunas. Las llanadas no se llaman llanadas, ni valles los valles: el «jable» y sólo el «jable» domina. Va en dirección al Sur. En muchos puntos su anchura sobrepasa los cinco kilómetros, y sería mayor si las montañas no pusieran límites a su desenfreno. Así va avanzando, cubriendo «malpaíses» y cráteres. Entre Mosaga y San Bartolomé



Vista parcial de Arrecife, desde el mar



Viñedos con las cepas cercadas para defenderlas de las arenas voladoras. En primer lugar, una higuera saliendo de un hoyo.

se aquieta en meandros inmensos, pero no interrumpe su marcha. Cuando llega a Zonzamas, cerca del paraje que habitó el último rey de la isla, se desmanda y avanza impetuosamente sobre la Montaña Rosa. Cubre sus lomos y cae en su honda caldera. En torbellinos cegadores la va sacando el alisio y la sigue encauzando hacia el Sur. El manotazo del viento es casi siempre brutal y la arena martiriza la piel, ciega y ahoga.

Después de pasar Zonzamas ya se ve blanquear la costa a lo lejos, y en un punto se descubre el aeródromo de Guasimeta, cercado de arena. En días de temporal llega la arena hasta Arrecife. Poco a poco se va acercando a la orilla del mar, entre La Tiñosa y El Quemado. Y aquí actúa el mar otra vez. La arena vuelve a perderse en las aguas. Aparecerá en otras islas, pero para nosotros, este río seco y sordo ha llegado a su desembocadura.

«El Jable!» ¿Qué hace el hombre de Lanzarote ante esta corriente al parecer maldita? Debería maldecir, pero la vida al costado de un río de arena ha de enseñar muchas cosas. Y lo que ha hecho este hombre es utilizarla en beneficio propio. Ha convertido a la arena en una fuente de riqueza. Lo primero que ha hecho es observarla, como aquel que dice estudiar sus costumbres, y cuando las ha sabido, la ha domado o domesticado, como se quiera. Hoy la hace ir a su antojo de un lado a otro lado, levanta bardales, planta manojos de paja, la encamina, la

detiene donde le place; si se ha formado una montañía, ve de qué manera hay que disolverla, y si la arena se aleja demasiado, hace por volverla a su camino. Finalmente abre hoyos profundos en el «jable», y en lo hondo deposita simientes, esquejes y matas. Debajo de la arena está la tierra vegetal. Las cosechas de tubérculos en la arena son asombrosas: a los melones, sandías y calabazas se les ve, hinchados y jugosos, asomando de los hoyos. En el «jable» se cultivan tomates, y como curiosidad, se puede decir que los boniatos allí cultivados son excelentes, y que no son raros los ejemplares de cuatro y cinco kilos.

La arena como guardadora de humedad. Así se inicia en Lanzarote una agricultura arrebatada, casi imposible.

LOS ENARENADOS

La fruta de Lanzarote es exquisita, su uva moscatel es apreciada en todo el archipiélago, sus vinos son excelentes, puede permitirse el lujo de exportar legumbres y por poco recoge cereales para su abasto. ¿Pero cómo...? Pues nada más que manejando piedras y arenas volcánicas, que no deben confundirse con el «jable». Los frutales y los viñedos se plantan en hoyos y luego se les protege contra el viento con cercas de piedras volcánicas. Lluève poco en la isla, por lo que es preciso aprovechar ávidamente la humedad que transporta el alisio y las escasas y raras precipitaciones. Expuesta a una evaporación constante, esta humedad se perdería sin beneficiar a nadie.

Para evitarlo está la utilización del «lapilli», con que se recubren las tierras cultivables. El secreto está en enarenar bien las tierras y en realizar las faenas agrícolas cuidando de que las arenas no se mezclen con la verdadera tierra de labor. Unos aperos de labranza ingeniosamente ideados para este tipo de cultivo, tratan con mimo a la tierra.

Véase en todo ello el triunfo de unos hombres obstinados y poco inclinados al desaliento. Son ellos los que de una isla en apariencia estéril han hecho un rincón acogedor y hospitalario. Una vez llamamos a Lanzarote la isla de los milagros...

LA LOCURA DE TIMANFAYA

Las cuatro quintas partes de la isla están cubiertas de escorias, campos de lava y arenas volcánicas. La tercera parte de su superficie está arrasada por la catástrofe de Timanfaya, que durante los seis años que duró la erupción —de 1730 a 1736— cubrió de un manto negro y resquebrajado el Oeste de Lanzarote.

En aquel largo período se vieron nacer y sucumbir montañas, abrirse barrancos y allanarse valles. Los ríos de fuego abrieron su cauce en medio de aquel caos y cruzaron la isla de una banda a otra. La intensidad de aquel aparato volcánico fué tal, que en un círculo de poco más de cinco kilómetros se agrupan más de veinte cráteres y conos. Durante aquellos seis años, en que todas las fuerzas ocultas de la naturaleza parecieron haberse desatado, y en los que un magma incandescente discurrió por la tierra y gigantescos géiseres ascendieron desflecados en vapores, y nubes de ceniza oscurecieron el cielo, la isla vió cómo se perdía el sustento de sus ganados, cómo se sumían en la nada los escasos mantiales y se perdían haciendas y tierras de cultivo. Cerca del medio millar de casas se llevó o fueron sepultadas por las cenizas ardientes. Veinticuatro lugares desaparecieron del mapa de la isla, once consumidos por las lavas y trece destruidos y cubiertos por las lluvias de arena.

Las erupciones de Timanfaya están consideradas como «las más importantes de la historia del vulcanismo, por los materiales vomitados y por la duración». Los inmensos campos de lavas, negros, desiertos, sólo pueden compararse a los de las islas Hawaii o los de La Laki, en Islandia.

No es posible recorrer aquellos parajes sin recordar al buen cura

de Yaiza, don Andrés Lorenzo Curbelo, testigo presencial de la catástrofe, la que registró puntualmente durante dos años. A este apasionante relato han tenido que acudir los más eminentes vulcanólogos para estudiar las características de la erupción. Y a este documento es preciso referirse siempre, porque su prosa descarnada nos hace sentir intensamente la grandeza de aquel espectáculo. Mientras en Timanfaya se seguía haciendo la isla, el buen párroco de Yaiza vela, madrugando, camina y castiga al cuerpo para que no quede nada sin apuntar: «El día 18 (se refiere al mes de junio, un año después de iniciada la catástrofe) un nuevo cono se levantó sobre los que se elevaban ya sobre las ruinas de Mato, Santa Catalina y Timanfaya. Un cráter abierto sobre el flanco de este cono lanzaba cenizas y relámpagos, y de otra montaña situada encima de Mato se desprendió un vapor blanco, que no se había observado hasta entonces. Hacia fines de 1731 todas las playas y las orillas del mar del lado Oeste se cubrieron de una cantidad increíble de peces muertos de todas las especies, y algunos de forma que no habían sido nunca vistos. Por el Noroeste se veía desde Yaiza elevarse del seno del mar una gran masa de humo y llamas acompañadas de violentas detonaciones, observándose la misma cosa del lado de Rubicón, sobre la costa occidental.»

Cuando ya los sufridos y espantados feligreses no pudieron más, decidieron emigrar en masa a Gran Canaria. Y con ellos se fué el bueno de don Andrés. De no ser por no dejar abandonada a su grey, la crónica de la locura de Timanfaya su hubiese escrito completa.

En un angosto y hondo valle de Lanzarote, yendo hacia el Norte, se ve hoy una blanca ermita. Está dedicada a Santa Catalina, y guarda la imagen de la Santa que los feligreses de don Andrés salvaron de la destrucción. Es uno de los más enternecedores testigos de aquella tempestad de fuego.

¡Sí; Lanzarote es una isla inacabada, y bien se echa de ver cuando uno se acerca a los parajes de la erupción. El paisaje es negro o de un ocre sucio. No hay descanso para los ojos, porque a un laberinto de cráteres sucede otro, y los mantos de lava se ondulan y resquebrajan hasta perderse en el horizonte. Los flancos de los conos arenosos no

tienen vegetación. En lo alto de cada loma se abre una caldera reventada por un costado, todo chorreado de lavas cristalinas. No hay una casa en todo el desolado ámbito, no pasan rebaños, el cielo no tiene aves que canten. Sólo unos líquenes blancos que sustentan la humedad del alisio suavizan la fatiga negra de las escorias.

Cerca de las Montañas del Fuego es cuando se siente uno al borde de un mundo en gestación. De aquí partieron los ríos de fuego en todas direcciones, en corriente lenta, perezosa o en fluir acelerado hasta despeinarse en cascadas. De estos cientos de boquetes salió el magma que iba a quemar vegas y caseríos. Pero el fuego sigue aquí, soterrado, debajo de estas gravas rojas, de estas cenizas y de estas manchas de azufre.

Nuestro acompañante era hombre previsor y llevaba un pico, con el que se abrió un hoyo, de no más de veinte centímetros de profundidad. Un hálito de horno llegó hasta la cara. Colocamos en el hoyo un periódico, y ardió a los pocos segundos; se chamuscaron gruesos maderos, y las aulagas verdes ardían en viva llama pocos minutos después. Estando allí llegaron gentes del país a visitar la montaña. Lo primero que hicieron fué poner a asar unas mazorcas de maíz, que estuvieron a punto en breves instantes. Los excursionistas llevan la comida sin hacer, y uno de los pasatiempos en las Montañas del Fuego consiste en ver cómo se asa la carne, se frien los huevos o hiérve el agua en aquellos hoyos de la montaña.

Desde allá arriba, volviendo los ojos en todas direcciones, sólo se ve un horizonte atormentado, cráteres y conos, lavas y arenas, cenizas y escorias. Cauces secos, abiertos por una corriente, hoy petrificada, recuerdan aquellos ríos de fuego que durante seis años sometieron la isla al más duro de los tormentos.

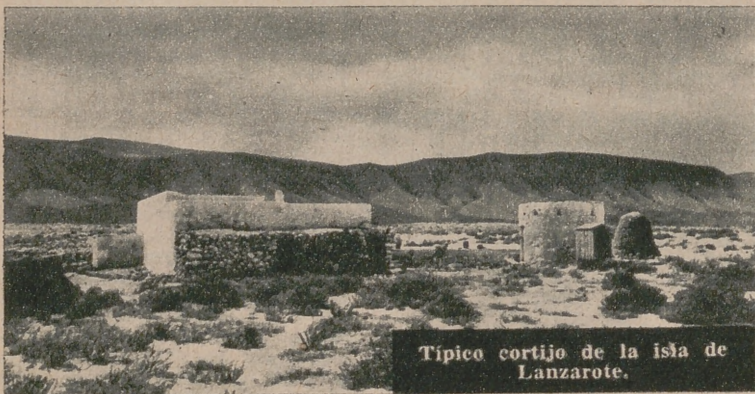
En una crónica contemporánea se lee que la erupción «cautivó algunos terrenos». Feliz imagen de lo que es Lanzarote: una isla cautiva de los volcanes.

TAMBIEN SE ABREN LAS ROSAS

El que por la lectura de tanta noticia de arena estéril y volcán destructor saque la consecuencia de que Lanzarote es una isla poco menos que muerta, se ha equivocado. Ya hemos hablado de su agricultura y de sus cosechas. Ahora os podría hablar de sus deliciosos rincones donde, entre palmeras se cuidan geranios y enredaderas, de los tarajales y las mimosas. El agua apresada en los aljibes se sabe gastar para regar deliciosos jardinillos. Los viejos «malpaíses» —corrientes de lava— se van alegrando con algunas villas blancas y negras. El pasado furor de los volcanes ha devuelto esta paz, este gusto por la vida reposada, que es muy difícil hallar fuera de aquí. Y, sobre todo, esta hospitalidad, ofrecida con tanto señorío.

¡Sí; Lanzarote es una tierra donde también se abren las rosas.

Luis DIEGO CUSCOY



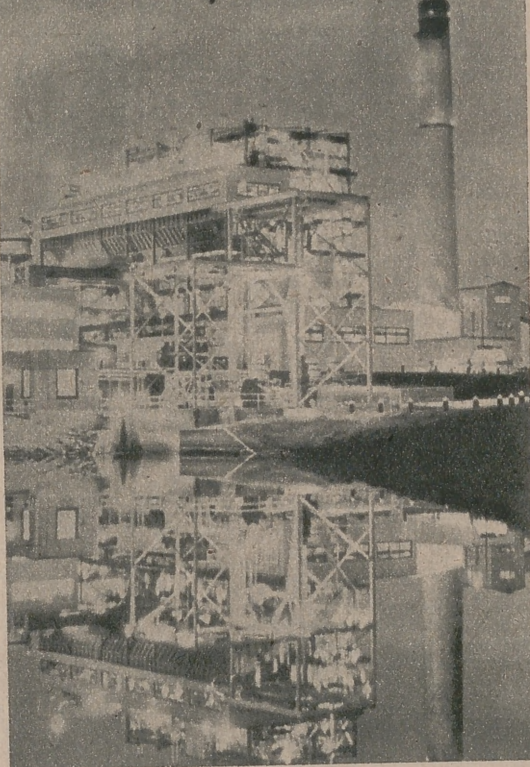
TRIBUTACION POR SIGNOS EXTERNOS

TODOS los impuestos que toman como base la renta en sus diferentes formas y manifestaciones tratan de medir ésta con la mayor exactitud para darles caracteres justos y proporcionados, que son los que pueden hacerles ejemplares dentro de una perfecta organización de la Hacienda. Pero alcanzar el dato de esa magnitud es difícil y complicado por la tendencia habitual de eludir su conocimiento y desfigurar el resultado. Lo lógico y natural es adquirir el verdadero valor de la utilidad, parcial o totalmente, de la propia declaración del interesado, que simplifica el régimen y da precisión a la estadística; pero tal anhelo es por hoy, generalmente, una quimera, por lo que tiene que recurrirse a la cooperación de medios auxiliares, verdaderos sucedáneos, que, por buenos que sean, no pueden ser tan perfectos como la materia prima.

Semejante idea, que está en el ánimo de todos, motivó el que para los impuestos de producto, que gravan rentas parciales atendiendo a las fuentes originarias, se apelase a signos visibles capaces de dar la cuantía aproximada. Y así, para la riqueza territorial, rústica y urbana, se tiene en cuenta lo que las fincas producen o son susceptibles de producir, cálculo este último que se formulaba, para la primera, según los productos íntegros en especie y su valor en metálico, que se calcula a una hectárea de terreno destinada a cultivo o aprovechamiento, y los gastos indispensables para su explotación, según los métodos usuales en el país, sin que se tome en consideración el mayor esmero o perfección de las labores ni los descuidos y negligencias de los dueños y los productos líquidos que se obtengan, es aboleciéndose tres categorías para la clasificación de los terrenos, de acuerdo con las aptitudes para la producción y facilidad de explotación; y en urbana, por la importancia del lugar, si uación del solar, cabida y destino del inmueble. De esta manera se llegaba a la asignación de líquidos impositivos, cuando la única verdad es el rendimiento de las cosechas y los contratos de arrendamiento e inquilinato. El régimen de catas y registros fiscales constituye en este aspecto una revolución de hondas raíces, al buscar la productividad efectiva por individualización de las bases y previo el estudio de los factores que actúan en su rendimiento, como masa de cultivo, clase de terreno, parcelación de la propiedad, valor intrínseco de la construcción, período de vida, tasación de la finca, tanto por ciento de interés y utilidades derivadas.

En los negocios comerciales las cuotas son fijas para cada epígrafe en igual base de población de las quince en que se dividen las tarifas actuales de la contribución industrial, escalonadas según el número de habitantes que tenga el casco, es decir, excluyendo los del radio y extrarradio, e inferidas de la séptima parte del importe que se estima como beneficio líquido normal de las empresas individuales, habida cuenta del capital inmovilizado y de rotación que requiere su desenvolvimiento. Algo análogo sucede con las actividades industriales, que el número de caballos de fuerza de máquinas y motores, o la capacidad de ciertos elementos, sirven para representar el grado de productividad y también, como resultado, el bene-

Por Enrique ESTEBAN



ficio o utilidad. Como se observa, en ambos casos nos servimos para la apreciación del promedio de renta de los signos externos, que, aun cuando se apoyen en criterios definidos y experimentados, no por eso dejan de ser caprichosos la mayoría de las veces, especialmente en cuanto afecta al comercio, de no tener presente la categoría de las calles y plazas en los grandes centros urbanos, por lo que quiebran sus ventajas y se incurre en la injusticia de someter a idéntico gravamen establecimientos que realizan operaciones de venta numéricamente desiguales. Y es que el signo externo es meramente un indicio de rentabilidad, aplicable a unidades de contextura análoga, pero de potencialidad económica distinta, y por ello, discordante en el producto neto.

Se ha querido salvar el bache anterior con la aplicación de coeficientes sobre el volumen de ventas y operaciones mercantiles, que presenta características de mayor equidad; pero lo cierto es que no se obtuvo fin práctico alguno al ser las liquidaciones complementarias negativas, puesto que de lo obtenido por cuotas habían de rebajarse las de tarifa o cuotas mínimas de la contribución industrial, y fué siempre ésta la que prevaleció por ser más elevada. Dicha situación obedeció, sin duda, a la suavidad de las sanciones, consistentes casi siempre en multas pequeñas por no llevar con regularidad el libro que tenía que contabilizarlas, que no abrigan temor a la ocultación, y la ausencia de disposiciones enérgicas, tales como negar el derecho a la declaración en juicio de las deudas mercantiles no anotadas en la fecha que se originaron. Fué una verdadera lástima ese fracaso, dado que la ordenación de bases de la contribución estaba concebida en términos de hacer flexible la rigidez de las cuotas de tarifa. En cambio, dió excelente resultado el reparto gremial, que consiste en distribuir la suma de cuotas entre los contribuyentes de la misma industria, comercio o profesión, proporcionalmente a los beneficios que se le calculan, y cuyas cuotas individuales pueden oscilar, como límites mínimo y máximo, respectivamente, hasta un sexto o un séxtuplo de la normal.

La tributación por signos externos tuvo su expresión más clara en el repartimiento general de los Ayuntamientos y la Contribución sobre la Renta. En una y otra se tomaban como índices determinantes de las bases o signos de riqueza los siguientes: a) Alquiler o valor en renta de la habitación, incluidos villas y casas de campo, jardines y en general cualesquiera otros lugares de esparcimiento y recreo. b) Automóviles, coches y caballerías de lujo; y c) Número de servidores. El repartimiento desapareció después de haber cubierto admirablemente el objetivo de aportar recursos a las arcas municipales en cantidad suficiente, cuando no bastaban las exacciones que le precedían en orden de imposición; pero se desacreditó por las parcialidades a que se prestaba su distribución, ya que la mayoría de las veces era arma que aprovechaban las banderías políticas en pro de sus intereses y en daño de los contrarios. En la Contribución sobre la Renta encontró su nulidad en el hecho de haberse aplicado coeficientes exiguos, que muy difícilmente podían llegar a ocasionar base imponible.

Como se advierte, los signos externos han cumplido en su día la finalidad para que se proyectaron y están basados en la relación que debe existir entre gastos e ingresos; pero por depender el monto de aquellos de circunstancias aleatorias, como número de familiares a cargo del cabeza de familia y dispendio o estrechez con que se vive, dan la seguridad de la situación aparente, por cuyo motivo han caído en desuso.

¿Pero pueden considerarse desacreditados los signos externos así establecidos por los dos anteriores inconvenientes? Creemos que no; francamente estimamos que los signos manejados expertamente pueden revestir considerable utilidad para inducir la renta y son muy aprovechables cuando se trata de impulsar gravámenes incipientes, con objeto de predisponer al sujeto; pero para conseguir esta meta hemos de encajarlos en supuestos positivos, por lo que no tendría nada de extraño que algún día vuelvan a florecer con toda su pujanza, si bien no se nos oculta la prudencia en este aspecto ante el temor de que no abandonen la pasividad con que han vivido. Desde luego, no puede pensarse en que lleguen a tener actualidad principal, cuya preferencia se reserva para la declaración, que, aun cuando arrastre defectos, es la única que puede suministrar datos exactos y servir de argumento vigoroso para la educación fiscal del contribuyente; y su desaparición o postergación supondría la derrota de la inspección de Hacienda ante las habilidades y falta de escrúpulo de los mismos. Pero como recurso complementario, en unión de la estimación por rendimientos mínimos, parece acertado y constituye instrumento valioso para la investigación.

Es posible acudir a este sistema para indagar las rentas mínimas individuales, por reputarlas indispensables para poder cubrir los gastos que se deducen de los diversos signos de riqueza, puesto que hay que suponer aquéllos como ocasionados dentro de la más acertada administración doméstica y nivel económico, ya que proceder contrariamente es ruinoso y falta de la más elemental lógica.

Para automóviles que no merezcan el calificativo de instrumento de trabajo puede ser acertado establecer cuatro o más categorías, según la potencia en caballos de fuerza del motor, y dentro de cada una precisaremos los gastos mínimos que lleva inherente su uso corriente en concepto de amortización y entretenimiento (garaje, combustible líquido y reparaciones, e incluso conductor en coches de más de 18 HP). De forma análoga procederemos con el alquiler para vivienda y recreo, si bien en éste han de practicarse determinadas deducciones o desgravaciones a tenor del número de hijos sin peculio propio que dependan económicamente del cabeza de familia, bonificación razonable orientada en el anhelo natural de proteger la familia numerosa. En cuanto al número de servidores y criados, con exclusión de las nodrizas, de acuerdo con el criterio de ayuda estatal a la familia con prole, se graduará metódicamente la porción que es presumible consumen.

Puestos en juego los tres elementos dichos, buscaremos la relación o proporción en que deben hallarse los gastos con los ingresos líquidos del titular, capaces de sostener la situación referida, por lo que concretaremos los inferiores, y para esto hemos de comenzar por establecer la descomposición racional de la renta mínima necesaria. Por ejemplo: dos cuartas partes para alimentación, una para alquiler y sirvientes y otra para vestido y gastos independientes; y de estar en posesión de automóvil: dos quintas partes para alimentación y una quinta para cada una de las exigencias por alquiler y sirvientes, locomoción y vestido y gastos independientes. Así, con esta selección, obtendremos la base a que han de aplicarse los tipos de gravamen. Y sólo cuando la cuota que se haya obtenido sea mayor que la deducida de la declaración del contribuyente servirá para exigir su ingreso en el Tesoro.

Cualquiera que sea, el método que se siga para poner de manifiesto bases de tributación se apreciará como bueno si su ejecución evidencia un sentido de justicia y las menores molestias para el contribuyente. Con este argumento no tratamos de defender los signos externos, que indudablemente tienen cierto valor financiero, sino de refutar la idea bien intencionada, pero defectuosa y anticuada, de que en los tiempos que corremos de superación técnica son suficientes por sí solos para sostener una modalidad impositiva de la Hacienda pública.



*Elegantes
confecciones
para hombre
en el 2º piso.*

Prestigio de

**Galerías
Preciados**

MADRID

LA CARICATURA EN LA PRENSA INGLESA

Humor, ironía,
reiteración
y doble filo
de los
"fusileros
del lápiz"

CUANDO LAS CAÑAS SE TORNAN LANZAS

Por Jesús PARDO
(Desde Londres, especial para
EL ESPAÑOL.)

NATURALMENTE este artículo es muy personal; cualquiera que siga la Prensa inglesa puede atacar mis opiniones sobre determinados *caricaturistas*, o acusarme de haber omitido a éste o al de más allá.

Como no puedo escribir una enciclopedia de la caricatura inglesa contemporánea, he de limitarme a hablar de los caricaturistas que publican sus obras en los diarios de Londres, y entre estos, de los que personalmente me gustan más.

Para escribir este artículo he seguido a los ocho o nueve caricaturistas seleccionados durante un periodo de dos meses, y luego,



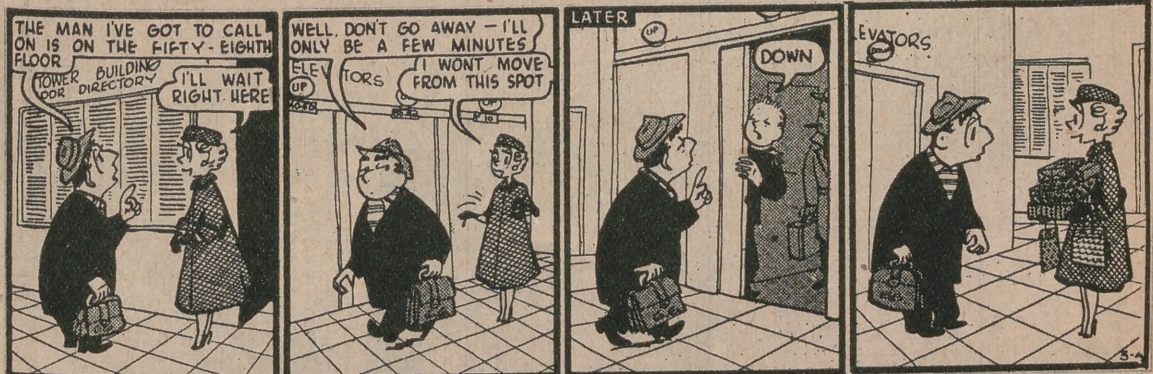
EL DIA DEL PRESUPUESTO, por VICKY.—Butler, el pájaro trisón con 10.000.000.000 de pesetas de superávit en el pico. Los pájaros pequeños le piden: «Más dinero para escuelas», «más dinero para las clases pasivas», «más dinero para el seguro de enfermedad», «más sueldo para los obreros», «igualdad de salarios para las mujeres». Y el pájaro gordo (los capitalistas): «Mayores márgenes de beneficio». El dibujo se titula «¡Cuekoo!», que tiene doble sentido. Quiere decir: «Cueo» (o sea el pájaro de los relojes) y «¡Hay para volverse loco!»

tratado de comparar su obra de este periodo con la de los tres años anteriores. Las ilustraciones no son necesariamente las mejores, sino las más claras;

es preciso recordar que algunos de mis lectores no saben inglés, y muchos de los que lo saben, no están al tanto de la vida inglesa durante el año de gracia de

LOS GAMBOLS (En Norteamérica, en viaje de negocios).

Por Barry APPLEBY



Primer cuadro.—EL: Tengo que ver a un señor que vive en el piso 58.—ELLA: Te espero aquí abajo.—Segundo cuadro.—EL: Bueno, no te escapes, vuelvo en cinco minutos.—ELLA: No me moveré de aquí.—Tercer cuadro.—(George vuelve).—Cuarto cuadro.—(En efecto, allí estaba.)

1954; tuve, pues, que escoger aquellas caricaturas que seguirán siendo graciosas aun cuando se lean en la Patagonia dentro de veinte años. En cierto modo esta es la piedra de toque del humor, incluso del político.

Hay caricaturas políticas que siguen teniendo filo a treinta años vista; aquélla, por ejemplo, que apareció en el «Daily Herald» a raíz del tratado de Versalles y que representaba un niño recién nacido llorando a la puerta de un edificio del que salían los firmantes del tratado. El niño se llamaba «Quinta de 1940», y el pie del dibujo decía: «Paz y carne de cañón». Uno de los firmantes mira con extrañeza a la criatura y dice: —Me parece oír llorar a alguien.

Estos caricaturistas ofrecen un panorama muy vasto; desde el típico representante del humor tradicional y social de las revistas de principio de siglo, Osbert Lancaster, hasta Giles, elemental, primitivo y, casi casi, basto; en todo caso reiterativo. Dos de los mejores (Bielsky y Vicky) son extranjeros. Los mejores de todos ellos están precisamente en los periódicos más baratos; el «Times» y la Prensa dominical «seria» no tienen caricaturistas. Los que piensan que el «Punch» es mejor que la Prensa dominical entera y que el «Manchester Guardian» es mejor que el «Times» protestarán y yo estoy de acuerdo con ellos.

De los autores de «strip cartoons», o sea, series de historietas sin otra conexión entre sí que la de tener siempre los mismos protagonistas, he escogido sólo uno: «Los Gambas», de Barry Apelby.

He eliminado a la famosa «Janet» (Juanita) del «Daily Mirror», que es la cosa más tosca y menos atrayente que he visto en mi vida.

Como sátira de la Prensa populachera inglesa, que, so pretexto de denunciar la inmoralidad, sirve inmoralidad en bandeja, la cosa tenía gracia, pero como simple exhibición de desnudismo graduado a mí me hubiera aburrido.

TRES «ANIMADORES DEL DESAYUNO»

Osbert Lancaster

Para caricaturistas como Osbert Lancaster no pasa el tiempo. Publica una caricatura diaria

en el «Daily Express», en un tamaño pequeño, siempre en primera página, titulada «Dibujo del desayuno». Sus protagonistas normales suelen ser lord y lady Littlehampton, y sus hijos; otras veces, cuando el caso lo requiere Osbert Lancaster saca a relucir a todo tipo de gente.

Sus caricaturas suelen aludir a noticias y cosas recientes, y, por eso, es difícil citar las mejores sin acompañarlas de notas explicatorias.

El blanco más frecuente de Lancaster son las clases altas inglesas y la burguesía isleña y provinciana; los pies de sus caricaturas suelen tener mucha gracia, pero gracia tradicional, que pudiéramos decir, un poco enrevesada y difícil de ver sin un conocimiento muy profundo del idioma. Suelen ser parrafadas largas, que a veces sólo tienen gracia en función del dibujo. Hace cuatro o cinco días, sin embargo, el dibujo de Lancaster traía un pie epigramático: Lady Littlehampton, en pantalones de playa, y lord Littlehampton, haciéndose un «cok-tail», charlan; lady Littlehampton le dice a su marido: «Querido, como los americanos no pongan más cuidado con las bombas esas van a acabar por no tener mundo en que ganar la tercera guerra».

Osbert Lancaster es tipo alto, huesudo y con grandes bigotes; pasa por intelectual y espíritu helénico y una vez se refirió a Londres llamándola «Gomorra del Támesis».

Cuando los americanos insistían en examinar a todos los marinos ingleses que tocaban en puerto yanqui, Lancaster publicó una caricatura que metió mucho ruido: era un marino inglés, grandote y tosco, llorando como un desconsolado ante la mesa de dos investigadores yanquis, con gafas Truman y rostros soviéticos; el marinerote decía: «Y eso no es lo peor, señores míos; lo peor es que el año pasado se me olvidó celebrar el santo de mi madre».

Sus dibujos son a base de líneas gruesas, sin sombras, y sus tipos muy variados. El más gracioso es el de lord Littlehampton, bien vestido, con cara como de media luna, ojos saltones que miran de lado, como los de los loros y los besugos.

Bielsky

Bielsky es el caricaturista del «Daily Herald», o sea, lo opues-

to al «Daily Express»; entre paréntesis sea dicho, Bielsky es una mujer; pero para simplificar las cosas nos referiremos a ella en masculino. Sus caricaturas salen también en primera página y en tamaño pequeño, como las de Osbert Lancaster; como él, satiriza a los aristócratas y altos burgueses británicos, pero con una intención política muy acusada y rabiosamente anticonser-vador.

Cuando los «tories» hablaron de nacionalizar las traídas de aguas, Bielsky publicó un dibujo en que se veían dos tipos abotagados y bien vestidos, con enormes copas de coñac bajo las narices, y uno de ellos le decía al otro: «La verdad es que a mí la nacionalización del agua es cosa que ni me va ni me viene.» Otro de sus dibujos célebres representaba a dos «pollos bien», exageradamente vestidos, con todo muy escrupuloso y muy nuevo desde las punteras de los zapatos hasta el sombrero bombín: «Yo siempre pensé—decía uno de ellos—que el caballero elegante debe pasar inadvertido entre la muchedumbre.»

La técnica de Bielsky es opuesta a la de Osbert Lancaster: dibujo de línea muy fina, mucha sombra y cuidado con los detalles dan la impresión como de plumazos un poco a la deriva; en Osbert Lancaster, por el contrario, las líneas son pocas, pero cuidadosamente trazadas. Más variado que Osbert Lancaster en sus tipos, y nunca los repite, al menos de forma ostensible.

Artie

Artie, en inglés, quiere decir algo así como «artísticoide», «intelectualoide», o cosa semejante en «oide». Artie, en este caso concreto, es un «monista», o sea, autor de unos monos que solía publicar el «Daily Express» en recuadros pequeños, en tercera página, y que por no sé qué razón inexplicada, dejaron de aparecer hace cosa de dos meses; recuerdo que antes de salir para Berlín todavía solía verlos a diario.

Su desaparición—ajena por completo a mi voluntad—es causa de que el pío lector no vea un mono de Artie entre las ilustraciones de este artículo.

Los monos de Artie son simplísimos: cuatro líneas bien trazadas, expresiones faltas de toda complicación, un santo horror a todo lo que huelga a perspec-

«LA SERIE DEL DESAYUNO».

De HORRABIN



Primer cuadro: «Si, acabo de terminarlo de leer; no, no me gusta mucho.—Segundo cuadro: «El marido es un calzonazos... sin amor propio... sin energía... sin personalidad».—Tercer cuadro: (Intervención del marido, hablando con el perro): «Se diría que está haciendo el retrato del marido ideal.»

tiva, proporciones, sentido común y demás. Es la gracia reducida al absurdo, a veces incluso infracodornicesco, que pudiéramos decir.

Los monos estos solían referirse a alguna cuestión en boga o a alguna noticia reciente, como Bielsky y Lancaster, sólo que más íntimamente ligados a ella, tanto, que con frecuencia el mono solía aparecer junto a la noticia en cuestión, ilustrándola.

Un mono típico fué el que publicó a propósito de una ola de calor que azotó Londres el año pasado: era un empleado del Parque Zoológico abriendo la puerta de una nevera; en ella había un pingüino y él le decía: «Ya puedes salir».

Otro era un policía grandote hablando con otro policía tan pequeñín, que apenas le llegaba a los tobillos; el policía pequeñín explicaba: «Es que a mí me han encargado la captura de un ladrón de miniaturas.»

Y así, día tras día, hasta que desapareció misteriosamente hace unos meses; si reaparecerán sus monos o no, yo la verdad es que no lo sé. Pero los echo de menos.

Estos tres tienen en común el tamaño y la periodicidad; es decir, todos ellos son especialistas en amenizar el desayuno con una broma rápida e intrascendente, y los tres lo hacen muy bien.

El más conspicuo de todo ellos es Osbert Lancaster, que suele republicar sus caricaturas en forma de libro cada cuatro o cinco meses; pero comete el error de hacerlo sin ilustrarlas con el suceso o la noticia en que se inspiraban, de forma que incluso a gente que vive en Londres y lee la Prensa muchas de ellas resultan ininteligibles. Imaginarse que uno va a recordarse de cosas pasadas sólo porque Osbert Lancaster las ilustró es pasarse un poco de la raya.

Osbert Lancaster ha escrito también unos librillos sobre arquitectura, con ilustraciones en broma de casas y palacios de diversas épocas, seccionados, mostrando sus ocupantes y sus ocupaciones. Ha hecho ilustraciones de libros y decoraciones de teatro; Giles, de quien hablo más adelante, le encargó a él el prefacio de uno de sus tomos de caricaturas.

DOS SEDENTARIOS

Giles

Giles es probablemente el más popular de todos los caricaturistas de la Prensa diaria londinense, tomando la palabra «popular» en su sentido más amplio; es decir, el favorito de la masa, el que más partidarios tiene.

Cada vez que sale un dibujo de Giles el «Daily Express» recibe avalanchas de cartas en favor o en contra; pero nadie ha dicho que para ser popular haya que tener sólo partidarios; una mezcla de partidarios y enemigos es de lo más sano en esto de la popularidad.

Los dibujos de Giles salen todos los domingos en el «Sunday Express», y una o dos veces a la semana, en el «Daily Express»; suelen aparecer en tercera página y en gran tamaño. Los pies de Giles rara vez tienen gracia, y cuando la tienen es una gra-

cia muy especial, muy basta y muy sosa; tan sosa, que a veces hace reír. Lo importante de Giles es el dibujo.

Son composiciones muy planeadas, con mucho detalle chusco entrelazado con el chiste central; líneas gruesas, simples, expresiones muy penosamente conseguidas y una insoportable monotonía en las figuras. Giles no sabe dibujar más que dos o tres tipos diferentes: la vieja gruñona con gafas, el hombre fornido con cara de bruto y nariz ganchuda, el niño diabólico de cabeza gruesa y nariz invisible, la chica esbelta con cara angelicalmente estúpida, y pare usted de contar; los demás tipos que haya que introducir en el conjunto resultan inadecuados o son una especie de «cocktail» con un poco de cada uno de los anteriores.

Giles solía—y sigue soliendo—hacer composiciones a base de una familia, que se hizo muy popular entre los ingleses bajo el nombre de «Familia Giles»: la componían la abuela, enfundada de negro y siempre refunfuñando; el padre, pequeñín e inofensivo; la madre, ídem de ídem, y la hija mayor, escuchimizada, que parecía un espárrago, la pobre, amén de un enjambre ilimitado de niños pequeños y diabólicos, cuyo número variaba según conviniese a cada caso.

De vez en cuando Giles hace un viaje por Inglaterra acompañado de esta familia y le suelen salir cosas graciosas; el año pasado fué con su familia a España y publicó uno o dos chistes que no estaban mal; uno de ellos representaba a la abuela que se había caído al mar y, al tratar de salvarse a nado, perdió la ropa. En la playa había dos guardias civiles con una ametralladora dispuestos a ametrallar a la pobre abuela si salía del mar sin medias. Otro representaba a la familia entera corriendo por una plaza de toros con un miura enorme pisándoles los talones; sujetándose el sombrero con una mano, la abuela le pegaba un sombrero al padre y le decía: «¡Idiota! ¿Decías que sabías español y resulta que no sabes ni como se dice «Prohibida la entrada»?»

El duque de Edimburgo, el marido de la Reina, es uno de los «inchas» de Giles, y suele com-



Por GILES (A propósito de la bomba H).—EL MAESTRO: ¿A ver! ¿Quién ha sido el imbecil que jugó con hidrógeno en la clase de química esta mañana?



Por LOW (A propósito del tercer presupuesto del Gobierno conservador).—Después de la bomba «A» (tómica) y la bomba «H» (idrógeno)... la bomba «B» (utler). Al explotar la bomba «B» produce una cosa nueva que se llama «Conservador-socialismo».

«Butler» es el nombre del ministro de Hacienda conservador, autor de los tres presupuestos, caricaturizados aquí.

parar las colecciones de sus caricaturas siempre que se publican, una o dos veces por año.

Algunas veces Giles publica dibujos con intención política; recientemente vi uno que representaba a un soldado americano, estacionado en cualquier base yanqui en Inglaterra, en el momento de casarse con una chica inglesa; la familia de la novia, toda embutida en la ropa de los domingos; los amigos del novio, de uniforme y mascando chicle como demonios. El novio, enfadado, arrastra a la pobre chica hacia un coche al tiempo que le dice: «¡Buen momento has escogido para decirme que un tío tuyo es comunista!»

Otro, hace ya meses, era un comandante yanqui muy parecido a Mac Arthur arregando al Ejército inglés: «Como general en jefe del Ejército británico—dice el americano—me alegra comunicaros que vuestros nuevos uniformes están siendo cortados en el Japón.»

Cummings

Cummings es un caricaturista muy curioso; trabaja para el «Daily Express», pero sólo publica un dibujo de pascuas a ra-

mos, una vez por semana o, todo lo más, dos.

El primer dibujo de Cummings que vi me hizo muchísima gracia; fué hace tres años, cuando yo acababa de llegar a Inglaterra y la revuelta de Bevan y su dimisión del Gobierno Attlee estaban en plena actualidad. Era una cabalgata muy uniformada, con Bevan, todo él de casco, capa y espadón, a la cabeza. Los soldados que le seguían, con las bayonetas caladas, guardaban una serie de jaulas en donde estaban presos todos los redactores, directores y dibujantes del «Daily Express», que se habían metido mucho con Bevan por aquellos días.

El dibujo se titulaba «El sueño de Bevan.»

Cuando Cummings es bueno de veras es cuando se pone a crear personajes. Dos de sus creaciones se han hecho muy populares. Cuando Faruk estaba reivindicando Suez, Cummings creó un rey oriental que se llamaba «El Ding de Dong», el cual reivindicaba como territorio suyo todos los sitios por donde pasaba en sus viajes. La bandera del Ding era una zanahoria de gules en campo de azur, y, por no sé qué chiripa, resultó que la zanahoria era también el emblema de cierta organización universitaria inglesa muy antigua; la organización en cuestión protestó al «Daily Express» por la burla y Cummings replicó: «El Ding de Dong estima que la coincidencia de emblemas entre el Imperio de Dong y la organización universitaria de X indica que la tal organización formaba parte originalmente del Imperio de Dong y, por tanto, debiera sernos devuelta inmediatamente; sin embargo, a fin de no crear confusión en la política exterior de Inglaterra, yo, el Ding de Dong, renuncio a todos mis derechos.»

El otro es «Don Precio Creciente» (Mister Rising Price), un tipo larguirucho y narigudo, vestido de empleado del Estado, que crece al alimón con el costo de la vida; Cummings suele publicar a «Don Precio Creciente» en el «Daily Express» siempre que alguna cosa sube de precio, y cada vez le añado media pulgada de estatura; últimamente, con motivo de si se subía o no el sueldo a los diputados del Parlamento, «Don Precio Creciente», casi tan largo como el periódico mismo, apareció entrando en el «sancta sanctorum» de la política británica, y el dibujo se titulaba «Don Precio Corriente, diputado».

Cummings dibuja con línea gruesa y sencilla, sin apenas claros y oscuros y poco cuidado el detalle. Sus expresiones son más variadas que las de Giles, y cuando hace caricaturas políticas—que Giles no hace jamás—el parecido es grande y, con frecuencia, muy hiriente.

Giles y Cummings son sedentarios en el sentido de que nunca se han movido de los periódicos de lord Beaverbrook, donde trabajan. Ninguno de ambos es caricaturista político en el sentido exacto del término, aunque de vez en cuando se den una vuelta por esas latitudes; Cummings, como dije antes, tiene mucha influencia en la opinión por su poca frecuencia; ape-

nas aparece más de dos veces por semana, y cuando lo hace suele dar el golpe. Giles, lo mismo; pero, a diferencia de Cummings, aparece todos los domingos sin falta en el «Sunday Express», que es algo así como la «Hoja del Lunes» del «Daily Express», controlados ambos por lord Beaverbrook.

Cummings es liberal, enemigo de los burócratas y del «metemtodismo» oficial; antisocialista y no muy proconservador, justo lo necesario para no enfadarse con lord Beaverbrook; las ideas políticas de Giles, si es que existen, yo no las conozco.

DOS NOMADAS

Vicky

Vicky en inglés significa «Victorita», o sea diminutivo de Victoria. Vicky, en este caso concreto, es un judío húngaro, refugiado en Inglaterra, que se ha convertido en uno de los caricaturistas más populares y más típicamente ingleses de la prensa británica.

Es tipo pequeñín, de cabeza redonda, calvo en la cima y peludísimo en la base, es decir, una especie de corona de pelo rodeando un cráneo mondo como una bola de billar. Usa gafas y anda a pasos ligeros; suele verse con frecuencia en el Mandrake Club, un Club intelectualoide y vivalavirgen que hay en Soho, donde suele pasarse las horas muertas jugando al ajedrez. Hasta ahora, no me negarán ustedes, todo muy centroeuropeo.

Vicky solía trabajar en el «News Chronicle», periódico liberal; sus ideas, furiosamente socialistas, le crearon disgustos con el director del periódico, plácido y liberalote él. Vicky, pues, hizo sus maletas y se fué a otro periódico; de ese otro periódico—no recuerdo exactamente cuál—hubo de pasarse al «Daily Mirror», diario tabloide, muy populachero y sensacionalista, pero muy de izquierdas y con una tirada fabulosa.

Vicky es un intelectual de izquierdas como había tantos en la Centroeuropa de antes de la guerra. De Hungría pasó a Alemania, donde vivió hasta la Noche de los Cristales Rotos, cuando Hitler dió orden de cazar a los judíos; Vicky entonces se vino a Inglaterra y aquí sigue el hombre.

En un artículo que publicó en el «News Chronicle», Vicky describió los primeros días del nazismo con un rencor de esos de sinagoga, y acaba contando cómo Hitler y sus colaboradores fueron al cine, el mismo día de su triunfo electoral, a ver una película que se titulaba «Aurora roja».

Cuando Bevan comenzó a rebelarse contra sus líderes, Vicky publicó una «Scrissa de la Gioconda» que era Bevan vestido de Gioconda, conriendo enigmáticamente, y lo firmaba: «Leonardo de Vicky».

Recientemente hizo un viaje a Rusia y publicó varios cuadernos de apuntes a pluma hechos por él en Moscú y otras ciudades; son estudios del natural muy bien hechos, pero nada del otro jueves. Las librerías comunistas de Londres las vendieron con el «nihil obstat» del partido.

Hace poco hizo unas semblanzas, con comentario también su-

yo, en el «New Statesman and Nation». Cuando estaba en el «News Chronicle» solía publicar una tira de dibujos todos los sábados, amén de su caricatura diaria; eran una especie de resumen de la semana, muy parecido a los que hacía Galindo en el «Di-game».

Low

Low en inglés significa «bajo», y aquí damos con una curiosa coincidencia. Low es un gran caricaturista político; durante muchos años fué el caricaturista político por excelencia de Inglaterra. Últimamente, sin embargo, ha comenzado a caer bajo, más por vejez y amargura que por otra cosa. Se repite y utiliza trucos que ya han perdido significado.

Low es un tipo pequeño con bigotín, cabeza redonda y medio calva. Lo que Vicky tiene de ágil, Low lo tiene de pesado. Sus dibujos mismos son opuestos. Low dibuja figuras fuertemente delineadas y con preferencia grandes y gordas, sin apenas sombras ni claros oscuros. Su psicología es una psicología de gafas gruesas, sobrecargadas con frecuencia de prejuicios e ideas preconcebidas.

Cuando los conservadores entraron en el Poder, hace dos o tres años, el partido laborista, derrotado, intentó convencer al país de que Churchill era un vejetero carcamal y chocho, en manos de unos cuantos politiquillos aristocráticos y ambiciosos, enemigos del pueblo. Naturalmente, la cosa era muy burda y Churchill mismo no tardó en darle el mentís de los hechos concretos; ningún articulista o político de importancia se hizo eco de esta campaña, que murió de muerte natural. Sólo Low, y aquí es cuando comenzó a decaer de veras.

Durante unos meses Low publicó caricaturas en que Churchill era presentado cayéndosele la baba de puro viejo, moviéndose al compás que le marcaban sus ministros. Para el que supiera leer entre líneas, era Low quien daba pena, no Churchill.

Low es muy de izquierdas; solía trabajar en el «Daily Herald», órgano de los socialistas—que, por extraña coincidencia, está financiado por uno de los millonarios más poderosos de Inglaterra—, y hubo de irse de él por diferencias de criterio con el director. Es como el caso de un monje católico, que de tan católico como era fué y rifuó con el superior de su Orden. Del «Daily Herald», Low pasó al «Manchester Guardian», donde sigue aún; pero me han dicho que tampoco allí está a su gusto.

Durante la entreguerra el prestigio de Low estuvo en auge: sus caricaturas, de punta contra Hitler y Mussolini, tenían mucha gracia; sus diatribas contra Chamberlain y su política de apaciguamiento destilaban sangre del año que se pidiera. Luego fué decayendo. Durante nuestra guerra civil fué enemigo nuestro, como, por otra parte, todo el partido laborista.

A Low le falta—por lo menos le falta ahora—la agudeza cosmopolita de Vicky. Es un burgués inglés, isleño y pesadote, que considera al socialismo como un ha-

llazgo de Inglaterra para y al servicio de Inglaterra; los acontecimientos internacionales e internos él los ve en función de la utilidad que reporten al socialismo inglés.

Low y Vicky se parecen en muchas cosas. Primero, en este continuo vagabundear de periódico a periódico, víctimas de la firmeza de sus convicciones. Luego, en su socialismo a machamar-tillo.

Difieren, sin embargo, en que las convicciones de Vicky están al servicio de la realidad, mientras que Low quiere poner la realidad al servicio de sus convicciones, y, claro, así no se va a ninguna parte. Difieren también en su técnica como dibujantes: la agudeza judía y cosmopolita de Vicky, su cultura amplia, son opuestas a la tozudez sajona—casi, casi iba a decir germanica—de Low; finura de líneas en Vicky y pesadez de líneas en Low. Low es un maestro; muchos de sus dibujos son clásicos, y para estudiar la política de la entreguerra habrá que hojearlos de vez en cuando. Vicky es un maestro del tono menor y, además de buen dibujante es un humorista agudo. De Low se podría decir que es un humorista romo.

Vienen luego otros, los recién venidos. El «News Chronicle» suplió la falta de Vicky con dos caricaturistas: Sprod y Horner. Sprod es muy barroco, poco variado en sus tipos, de línea gruesa y sin claroscuros. Muy agudo en los pies de sus dibujos; hace poco, cuando el revuelo que armó la bomba de hidrógeno, publicó un dibujo con un matrimonio burgués paseando; el marido le decía a ella: «No te preocupes. Si cae la bomba, nos pulverizará instantáneamente; no tendremos tiempo ni de notar lo siquiera.»

UN INTRASCENDENTE

Barry Appleby

Cierro esta crónica, o artículo, o lo que sea, con un «strip cartoon», o sea historieta en cuatro o cinco dibujos, diaria y siempre alrededor de los mismos personajes. En los periódicos ingleses suele encontrarse a menudo; la clásica, por así decirlo, es la de «Rufus», en el «Daily Mail», dibujada por un tal Trog, y que desde hace poco tiene por «dibretista» a Compton Mackenzie, escritor de buena talla, una especie de Blasco Ibañez escocés. Otros periódicos han intentado imitar a «Rufus», pero sin éxito.

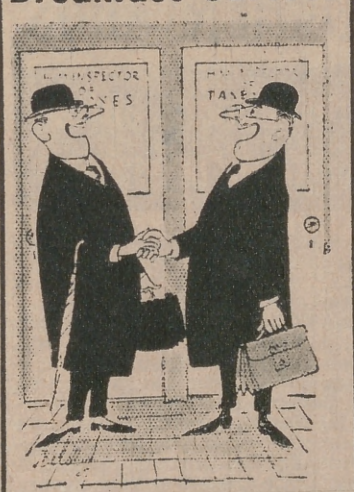
La familia Gambol se compone de un matrimonio sin hijos: George y Gaye Gambol. Tienen unos sobrinos que de vez en cuando vienen a pasar una temporada con ellos. Unos primos americanos, que también se desuelgan de Pascuas a Ramos a pasar un mes o dos con los Gambol. Tienen, naturalmente, vecinos curiosos y métemento. Viven en las afueras de Londres y su vida es pequeñoburguesa y llena de intrigas y problemas mínimos y complicados.

George Gambol es alto empleado de una gran empresa y Gaye Gambol se dedica a las tareas de la casa. Ninguno de los dos tiene el menor interés intelectual o artístico, y a todo lo más que llegan es a ir al teatro alguna

que otra noche. A George le encanta cuidar el jardín y de vez en cuando invitar a sus amigos a cenar a casa o verse con ellos en el bar, al salir de la oficina. El jefe de su oficina le quiere mucho; sin embargo un día, después de las vacaciones, George le preguntó si se había notado su falta: «En absoluto—le replicó jovialmente el jefe—. Yo solía hacer su trabajo todos los días en menos de media hora». Y George Gambol se estremeció todo temblando que le fueran a despedir.

A Gaye Gambol le encanta la ropa, los sombreros, los perfumes, y se pasa el día comprándolos o pidiendo a George que se los compre. Es coqueta y romántica, y le encanta que los amigos de George la vean siempre muy peripuesta. Un día George invitó de pronto a un amigo de la oficina y la encontraron a la pobre toda preparada para fregar los suelos, echa un adefesio.

Breakfast Cartoon



Por BIELSKI (A propósito de las esperadas disminuciones de impuestos). — Un cobrador de impuestos le dice a otro: «Y te deseo un feliz año financiero».

Cosas de éstas son las únicas que les hacen reír a los Gambol.

George Gambol es bajo, rechoncho, pacífico. Gaye es delgada; más o menos, de la misma estatura que George. Tiene un poco la amargura de que su marido no sea un hombre famoso. Un día George se la encontró, al volver de la oficina, con que Gaye estaba soñando que le habían hecho marqués, en vez de hacer la cena. Otro día Gaye le preparó una cena exquisita en el comedor grande, con velas sobre la mesa en vez de luz eléctrica, para hacerlo todo más romántico; George lo estropeó todo al encender una cerilla para ver si su plato estaba vacío o lleno.

El máximo interés de los Gambol, el que llena toda la monotonía de su vida, es el deporte. La serie de los Gambol comenzó siendo un mero dibujo diario, como los de Bielsky y Lancaster, sólo que exclusivamente sobre deportes. Siempre que hay carreras, o partidos de fútbol, o lo que sea,



Por SPROD (A propósito de la bomba de hidrógeno).—El: No te preocupes, mujer; primero que no nos lo dirán; luego nos atómizaremos en menos que decir «amén». Ya ves que no hay nada que temer.

los Gambol se vuelven locos. Cuando se prometieron, George Gambol compró el anillo de pedida de Gaye ganando unas quinielas de fútbol. Hace cosa de dos semanas, cuando George tuvo que irse a Nueva York en viaje de negocios, Gaye pudo acompañarle ganando 40.000 pesetas en unas quinielas.

La serie de los Gambol—«Gambol» es corrupción de la palabra inglesa «Gamble», que significa «juego, partida, azar»—es una de las más populares de todo el país, porque los dos protagonistas y la atmósfera que les rodea es el retrato exacto de las bajas clases medias inglesas. Muy a menudo el «Daily Express» publica cartas de los lectores criticando esto o aquello. Un lector, por ejemplo, escribió indignado a la redacción del periódico porque Gaye aparecía siempre sin anillo de casada. Hace cosa de un año el «Daily Express» organizó un concurso a ver quién de los lectores era más parecido a George y Gaye Gambol. Resultó vencedora una pareja cuyo retrato apareció en el periódico y eran la viva imagen de los Gambol. De hecho, se apresuraban a explicar, sus vecinos les llamaban ya «los Gambol».

La serie de los Gambol la dibuja Barry Appleby, en colaboración con su mujer. Ambos viven en el campo, fuera de Londres, y desde que yo estoy en Inglaterra no han faltado de publicar su tira un solo día. Hace seis meses comenzaron a publicarla incluso los domingos en el «Sunday Express», la hermana dominguera del «Daily Express».

Además de «Rufus» y «los Gambol», hay otras tiras de este tipo. La «Serie del desayuno», de Horrabin, que publica el «News Chronicle», no es tan popular como los Gambol, aunque a veces quizá mejor. Todos ellos son, más o menos, imitación del famoso «Blondie» que publican muchos periódicos americanos, franceses e ingleses.

Y punto final.

"CON LA MUERTE AL HOMBRO"

UNA NOVELA QUE SIN SER PESIMISTA DESCUBRE EL ALMA DE UNOS PERSONAJES ATORMENTADOS POR EL AMBIENTE

Castillo Puche, el «entrevistador» entrevistado, se somete al cerco de preguntas

CASTILLO Puche es un inquieto periodista-novelistista que en cualquier parte puede ser encontrado; pero no quieto, no sujeto, como no sea que escriba. Lo verá en continuo traslado de silla a silla, de mesa a mesa, como un pajarito en la jaula. Notaréis su presencia por una voz de falseste, aupada en un torrente de jocosidad. Palabras y palabras, agitados y manejadas con hábil dialéctica. Sin duda queda Castillo Puche incorporado al ambiente de los lugares por él frecuentados.

Cuando apareció su última novela, «Con la muerte al hombro», le esperábamos con cierta ansiedad en nuestra Redacción. Castillo Puche, aunque no hace falta decirlo, es un redactor de EL ESPAÑOL que ha nomadeado por el desierto del Sáhara, navegado por el Mediterráneo a bordo del «Semiramis» y recorrido, en un interregno de sus largas correrías, las huertas y naranjales de Levante y Andalucía. A todas partes va acompañado — quizá acompañando— de su enorme cartera.

Con la cartera tirando de un brazo, el cuerpo embutido un largo abrigo gris se presentó, por fin, en la Redacción. La boca, entreabierta, como si el bigotito, por estar mal ajustado, hiciera subir al labio superior. Los ojos, muy abiertos. Y hablando sin dejar de mirar, de cuando en cuando, a todos sitios.

Y Castillo Puche es una continua antítesis. ¿Por qué?

Dicen que es un despistado. A cualquiera que esto afirme puede contestar esta última novela, verdadero alarde de observación. Precisamente la observación es una de sus notas más sobresalientes. A la persona del autor podrá faltarle la minuciosidad de un perfecto jefe de negociación, mas no la mirada inquisitiva,

siempre ponderativa, de cuanto hay o acaece en derredor.

COVALEDA.—El proceso de tu formación ha sido...

CASTILLO.—Curiosidad, lectura, mucho ajeteo y, sobre todo, abstracción. La capacidad de abstracción es definitiva a la hora de ponerse en marcha un novelista. En mi caso creo que viene a ser una especie de instinto desarrollado. De continuo procuro ir recogiendo cuanto la vida misma, en sus múltiples escenarios, me va ofreciendo. Todo se me transforma en recreación literaria.

ALVAREZ.—Así que, a tu juicio, la técnica de una novela debe ser...

CASTILLO.—Ambiente, acción y reacción. Quiero decir que los hechos de los personajes sean los que definen el carácter. Nada de retratos por anticipado.

En el factor ambiente ha llegado a una grandeza y perfección realmente sorprendentes este «alguacil alquilado» de nuestra Redacción, que tantas entrevistas ha hecho. En la descripción de Hécuba, a que dedica el primer capítulo, hay trazos de aire bíblico. Hécuba es un pueblo cuya «filosofía particular es la adoración por el terror, terror ante la vida y ante la muerte, terror ante las delicias como ante los castigos de la eternidad». «¿Será el suelo, hastiado de siglos, y el hábito lacerante del aire los que han imprimido en los habitantes de Hécuba esa fe ciega y esa moral agria que tanto pesimismo y tanto arrojo les dan?»

SUTIL.—Este pueblo tétrico, que tan decisiva influencia ha de ejercer en el principal personaje, ¿de dónde lo has sacado?

CASTILLO.—Es una alegoría, una hipóbole. No existe tal pueblo. Ahora es cuando comienza a vivir.

SUTIL.—¿Captaste algún ele-



«Este relato es una especie de justificación a largo plazo», dice el autor de «Con la muerte al hombro»

mento natural en tu reciente viaje por el desierto del Sáhara?

CASTILLO.—La novela estaba escrita antes de ese viaje.

No hay dulzura ni un atisbo de optimismo en la visión imaginaria de este pueblo, donde «se retuercen los árboles como seres de pesadilla y los olivos se secan lentamente y mueren crispados junto a los arroyos secos cavados en las hondonadas». Es tanto el pesimismo, del que se empapa Julio, que no sabe uno a qué atenerse a la hora de buscar protagonista. El pueblo obsesiona, preocupa, pesa terriblemente sobre el lector.

COVALEDA.—¿Quién crees que es más personaje en tu novela: Julio, el pueblo, la enfermedad o el pesimismo?

CASTILLO.—El protagonista es



«He creado un personaje y le he dejado vivir su propia vida», dice Castillo a los entrevistadores

Julio y sobre él pesa el pueblo, que adquiere una especie de categoría de música trágica de fondo. La enfermedad es el pretexto por el que el protagonista vibra y se conmueve para su dolor, que es su única atadura con la vida. El pesimismo es una resultante, pero no definitiva y última, porque aun en lo más agrio del relato pienso que el lector está esperando una salvación.

ALVAREZ.—¿Quisiste crear un tipo anormal?

CASTILLO.—He querido hacer un tipo real, que seduzca y apasione. Es un enfermo del espíritu, que vive obsesionado por la idea de la muerte, que conoció desde la niñez, y el angustioso ambiente de su pueblo natal.

Julio vio morir de enfermedad entonces aterradora a su padre, su madre, sus tres hermanos y un tío. El se cree caminar con tal estigma a cuestras y que todo el mundo, cuando le mira, le señala con la mirada.

SUTIL.—¿Cómo llegaste a la obsesión de este personaje?

CASTILLO.—Llegué como únicamente se puede llegar en una

novela: imaginándomelo, poniéndome en su lugar, viviendo su desdicha.

COVALEDA.—¿Responde a algo?

CASTILLO.—No responde, por supuesto, a nada autobiográfico. Desechen esta idea antinovelística.

ALVAREZ.—¿Cómo llegaste al tema?

CASTILLO.—Por preocupación. Julio es una persona que ha temido y, hasta cierto punto, y sólo en algún aspecto, he deseado ser.

ALVAREZ.—¿Qué sentido de experiencia tiene entonces el relato?

CASTILLO.—El de la pura creación vivida. Es como un mal sueño.

SUTIL.—Julio, con su fatalismo a cuestras, no parece poseído de un extraordinario pesimismo, un pesimismo teñido de escepticismo. Pocas veces reacciona.

CASTILLO.—Mi novela no es pesimista. Es el ambiente, el pueblo, el que crea ese pesimismo. El pueblo que me sirve de clima tiene o vive con una obsesión de

la muerte. Es un pueblo—el de la novela—con buen vino, bronco, áspero, aislado, fuera casi del paisaje. Es un pueblo que se rige por sus propios vientos. A Julio le sorprendió la guerra, nuestra guerra de Liberación, adolescente aún. Ya de niño, en el colegio de Padres Escolapios, ha presenciado episodios preliminares de la revolución. A partir de entonces su vida fué una aventura, bataneada por todos los angustiosos vaivenes de la inseguridad en el campo «rojo». Fué testigo de horribles ejecuciones. Y casi sin saberlo fué agente secreto del bando nacional. Dos hermanos suyos murieron trágicamente.

COVALEDA.—¿Qué influjo tuvo la guerra en tu personaje?

CASTILLO.—Fué la motivación, mejor dicho, el estímulo del estado psíquico del personaje. Pero el pueblo es quien influyó más en su carácter.

ALVAREZ.—A propósito de la guerra. Pablo, hermano de Julio, es el falangista de los primeros momentos, hombre de acción, que llevó armas a su pueblo antes del Alzamiento, y luego, cuando el cuartel, en que está, cae en mano de los rojos, saltó por las tapias en busca de su sitio. Y bien, ¿la novela de este personaje?

CASTILLO.—La trayectoria y representación de este hombre no está recorrida. Hay que acometerla.

SUTIL.—Insistiendo en una pregunta anterior: dices que la guerra estimuló el estado de ánimo, la obsesión que el ambiente del pueblo natal creó en Julio. Como sigo creyendo en su excepcionalismo y pesimismo, quisiera saber si la educación recibida en el colegio escolapio no pudo proporcionarle fuerzas liberadoras de ese estado de ánimo.

CASTILLO.—Julio no dice: si no veo, ni creo; no es un apóstata, aunque sí tiene algo de in-

ASI VE JULIA FIGUEIRA A SU NOVIO

INQUIETO, DESORDENADO Y DIFICIL DE TRATAR

CUANDO conocí a José Luis Castillo Puche trabajaba él en una oficina de la entonces Subsecretaría de Educación Popular. Sobre su mesa estaban a toda hora desparramadas las cuartillas de la novela que estaba escribiendo. Allí, rodeado del infernal tecleo de seis máquinas de escribir, tomando parte en la conversación de las mecanógrafas, atendiendo el mismo tiempo a las órdenes del jefe y dictando de vez en cuando una carta o un oficio, iba escribiendo en medio de todo aquel barullo gran parte de los capítulos de esta novela que ahora acaba de salir. Cuando después he leído algunas páginas de «Con la muerte al hombro», que parecen escritas bajo una obsesión de soledad y aislamiento, me he quedado asombrada.

Yo no creo que puedan existir muchos escritores con una capacidad tan grande de abstracción y de creación en circunstancias y condiciones tan pésimas de trabajo. Hasta ahora su vida



Castillo Puche con su novia, Julia Figueira

ha sido un ajeteo continuo, no tanto por el periodismo activo que ejerce, y que le gusta mucho, como por su natural espíritu inquieto y «desaccongado» (no encuentro palabra castellana más expresiva). Sin embargo tiene escritas dos novelas

fiel. Es casi por orgullo mental por lo que no se somete a la gracia. Estos tipos quedan obstaculizados para fructificar en la vida espiritual por soberbia y desafío. Para mí su soledad y su hastío son si no edificantes, por lo menos ejemplares. En cuanto a la influencia de la educación del colegio religioso, poca pudo ser, puesto que estuvo poco tiempo, y muy joven, sin madurar, fué lanzado al terrible escenario de la guerra. La vida desasosegada de Julio responde a la falta de madurez en su formación.

COVALEDA.—¿Tiene salvación en Dios?

CASTILLO.—Ese es un misterio que pertenece a la eternidad. Yo creo que Julio es sujeto capaz de redención. La misericordia de Dios es grande, y, además, sobre la desolación de este alma hay como el aleteo de una paz absoluta. Si el protagonista Julio inspira no sólo piedad, sino simpatía, a los hombres, quizá más a los ángeles. Julio terminó su vida asesinado en la provincia de Segovia, precisamente por un hermano de una amiga, Elvira, con quien vivió amancebado algún tiempo en Madrid. Marchó a dicho lugar, por donde merodeaba ese forajido, perseguido por la justicia, después de creer que había dado muerte a un médico, conocido de antiguo, que también estuvo en relación con Elvira, aunque la causa del asesinato no fué esta competencia, sino a la insultante alusión a la enfermedad que constituía la obsesión de Julio.

ALVAREZ.—Bien; si Julio no hubiera terminado así, ¿no crees que hubiera acabado suicidándose?

CASTILLO.—En absoluto. Julio no está tan desarraigado como para eso. Julio tiene miedo.

SUTIL.—Pero no temor de Dios.

CASTILLO.—El miedo a fallar es cosa muy importante; también puede ser un recurso de la gracia. Julio, no lo dudéis, cae

por su peso específico en brazos de la misericordia.

COVALEDA.—Pero su vida es deprimente.

CASTILLO.—Su vida es dura y arriesgada. Su vida está sobre el terror que inspira el abismo; pero en medio de las amarguras hay destellos de humanidad que lo salvan. Hace falta poco instinto para presentar una conversión sin aparato, pero auténtica.

ALVAREZ.—Dijiste que has has querido cuando un tipo real; pero ¿buscaste expresamente una anomalía típica?

CASTILLO.—Eso creo. Quise constituir un tipo neurótico a quien su propia historia le salva, y creo que lo he conseguido. Es un enfermo mental que vive bajo la opresión constante de una enfermedad irremediable. Así murieron todos los suyos, y él esperaba morir así. Por eso dice en uno de los párrafos de sus memorias: «¿Cómo me llegaré a mí? Es una pena que no pueda describirla aquí en su turno correspondiente. Es posible que esta misma bombilla que me alumbró no se habrá fundido y seguirá iluminando esta habitación como si tal cosa...»

SUTIL.—Bien. Pero, a pesar de ello, ¿has negado toda clase de esperanza. El no se entrega a nada. Ni entra ni sale de la guerra, sino que se ve envuelto por ella y se deja arrastrar. Tuvo una ilusión al principio, es decir, pretendió lo que se llama una novia formal, y cuando ya lo consiguió se sintió decepcionado. ¿Qué hay, pues, en la vida de este hombre para no encajar?

CASTILLO.—Este relato es una especie de juego a largo plazo. Julio espera siempre la muerte, y Elvira es su asidero momentáneo a su vida solitaria, cerrada en sí. Por eso en una ocasión dice: «Acaso lo de Elvira ha sido el banquete que me ofreció la vida antes de recoger los manteles.»

COVALEDA.—¿Has consultado con algún médico?

CASTILLO.—No. Y me gustaría saber la opinión de los especialistas, porque este tipo yo calculo que se da en la realidad.

ALVAREZ.—¿Eres aficionado a las cosas de Medicina?

CASTILLO.—Si hubiera podido habría sido médico, sobre todo especialista en estas cosas, para escudriñar la humanidad. Siento una gran afición a estos temas.

SUTIL.—¿Te preocupará en otras novelas el ambiente de opresión, angustia y pesadilla?

CASTILLO.—Yo haré novelas de todas las perspectivas, y creo que al lector, una vez elegido un camino, lo que hay que hacer es sorprenderle y cautivarlo. La próxima será de otro clima.

COVALEDA.—¿Optimista?

CASTILLO.—Siempre humano, que es lo que interesa, porque quiere decir verdadero. Y después, con personajes que se conjuguen en conflictos inesperados. Cada proyecto de mis novelas, las hechas y las por hacer, serán de una dimensión totalmente nueva.

ALVAREZ.—¿Cambiarás el estilo?

CASTILLO.—Esto es imposible. Cambiará la fórmula y el modo, pero mis novelas siempre tendrán mi forma, de la que no pienso ni puedo separarme.

SUTIL.—¿Has leído algún libro de aire y ambiente parecido al de tu novela que haya podido influir?

CASTILLO.—He leído el «Libro de Job». Y también «La Codorniz».

COVALEDA.—¿No te has propuesto ningún modelo?

CASTILLO.—Ninguno.

Sin duda estamos ante un novelista de gran empuje, de estilo claro y gracioso, donde se recoge la plenitud del paisaje y se reflejan cuantos matices pueden presentarse al ojo humano. Pero, sobre todo en este caso, es tanto el vigor que entrega en las páginas verdaderos aguafuertes literarios. Y es tanta la agilidad, que

y dos libros de crítica literaria e histórica, uno de ellos publicado el año pasado, *Memorias íntimas de Aviraneta*, y el otro, casi terminado. ¿Cómo escribe y cuándo escribe? Yo misma, que estoy casi todo el día con él, no lo sé. Una mañana se sienta a la máquina y escribe un capítulo de un tirón. Claro que antes lo ha pensado mucho tiempo, mientras va de EL ESPAÑOL al café Gijón y del café a EL ESPAÑOL, por ese trozo de Recoletos que yo creo que recorre por lo menos seis veces al día. Otra tarde, mientras estamos en un café, me dice de repente: «Te voy a dictar». Y me dicta otro capítulo, que luego yo mando a la mecanógrafa. Muchas veces yo me asombro de pensar lo que será capaz de escribir cuando sea un poco mayor, más sedentario y tenga una vida más desahogada, una biblioteca silenciosa y tiempo para sentarse a la máquina.

De los once a los veinticinco años estuvo en un Seminario. Fué un niño muy piadoso. En el Seminario, destacó como poeta, y aunque él nunca habla de esta época de su vida ni siquiera conserva ninguno de aquellos versos, algunos compañeros suyos sacerdotes dicen que eran magníficas sus poesías religiosas dedicadas a la Virgen María, y, sobre todo, un soneto que había compuesto a la obra de San Francisco Javier. El tenía y tiene un elevadísimo concepto de lo que es un buen sacerdote y creyó que él ya no podría serlo. No podría ser, por ejemplo, como su tío Pascual, un verdadero santo, de quien siempre habla con verdadera admiración. Entró entonces en una fase de desconcierto. Cuando terminada la guerra ya todo fueron rebeldías, luchas, hasta que un día abandonó su primera senda. El único remedio entonces le pareció la literatura; escribir novela se

hizo para él una necesidad irresistible, que no pudieron vencer ni las dificultades económicas, ni los ajeteos periodísticos.

En su trabajo es más bien desordenado y tan poco es muy constante. Escribe cuando se le ocurre: a veces de noche, a veces por la mañana, unas veces en la cama, otras en el café, otras en la Redacción de EL ESPAÑOL. Escribe, eso sí, con una gran facilidad, y a veces le salen capítulos enteros que casi no tiene que retocar. Pero tiene la manía de añadir siempre algo nuevo. Siempre se le ocurren nuevas cosas y las quiere incorporar a su obra, aunque esté ya en la imprenta. Para él un libro nunca está terminado, siempre estaría quitando, poniendo, cambiando frases o escenas. Yo tengo que quitarle los originales de las manos para que no siga corrigiendo. A veces hasta en las segundas pruebas quiere cambiar cosas, con lo cual es el terror del gerente y del editor. Y es que cuando termina un libro ya no está contento de él y tiene que empezar a pensar ya en el siguiente.

Todo esto creo yo que son sus rasgos más característicos de novelista. Quizás el lector se imagine a un escritor muy serio, adusto y atormentado. Sin embargo, es todo lo contrario. A pesar de que las cosas que escribe son a veces tan terribles y pesimistas, él es personalmente alegre y tiene un excelente humor. A veces, en confianza, hasta demasiado «ganso» y hace reír a todo el mundo. Pero esto es sólo superficial. En el fondo es muy serio y, sobre todo, tiene una filosofía que yo creo que es innata, fortalecida por su profunda formación religiosa, y que puede reducirse a lo siguiente: creer en muy pocas cosas de este mundo. Dice que es bastante creer en las del otro

Julio, a pesar de su espantoso problema, resulta simpático, hace que el lector se acerque a su trágica preocupación. Una mano maestra lo salva. En el fondo se mueve una tremenda poesía.

ALVAREZ.—¿De qué partió esta novela?

CASTILLO.—De un poema.

SUTIL.—¡Ah! Pero ¿también poeta?

CASTILLO.—La poesía es para mí solo. Nadie las conoce ni creo que las conocerá nunca. Ahora que, a título de demostración, os diré que en el colegio fui seleccionado como poeta. En Comillas, concretamente, a mí no me concebían más que poetizando.

SUTIL.—Pues continuaré las preguntas fuera de serie. ¿Eres muy dado a la vida de campo? ¿Te atrae y llena cuanto el campo ofrece desde el punto de vista literario? ¿Eres aficionado a la pintura, aunque no hayas hecho cuadro alguno?

CASTILLO.—En las dos cosas me recreo y hago cuanto puedo por ser participe en ellas. He pasado buenas temporadas en el campo, con todas sus consecuencias. Y sigo de cerca todo lo que atañe a la pintura.

Aunque lo parecen, no están fuera de serie las precedentes preguntas. Tan vivo realismo, pocas veces emborronado de naturalismo, exige una seria contemplación del ambiente rural, seguir con la vista paso a paso sus accidentes y variaciones de aspecto. No puede ser fruto de una simple composición imaginativa. Y por otro lado, las frecuentes pinceladas evocan una afición pictórica.

COVALEDA.—Resumiendo, Castillo: ¿Te encuentras satisfecho de tu obra?

CASTILLO.—Pues, sí. He creado un personaje y le he dejado vivir su propia vida. Es cierto que responde a una preocupación mía, mas yo le he permitido que sea consecuente consigo mismo

en medio de sus circunstancias. Esa aparente impasibilidad es consecuencia de su configuración corporal. Su desviación psicológica se reduce a la exaltación. Ve lo que quiere ver.

ALVAREZ.—¿Y en cuanto a la construcción?

CASTILLO.—Yo creo que es acertada la conjunción del pasado y el presente, a través de unas memorias, y formar un tejido con que presentar una figura completa. Aunque no creo que sea la fórmula nueva, sí ha de ser interesante.

SUTIL.—En tu trato normal con nosotros eres habitualmente alegre, optimista y comedido. ¿Has tenido que renunciar o imponerte muchas cosas para escribir esta novela dura, áspera, de escenas terribles?

CASTILLO.—Me ha costado su trabajo, porque ha tenido que atajarme toda solución retórica. Mi estilo es la sinceridad. En cuanto a fondo, ha salido a la luz pública una tercera parte de lo escrito. Al principio hubo como incluidas dos o tres novelas cortas que fueron desechadas más tarde. En cuanto al estilo, repito, he buscado una disciplina para apartarme de anteriores tendencias a la metáfora. Considero el estilo como una forma sobria de expresión, ceñida, sin otros alardes líricos, poéticos, que aquellos que van por lo hondo de la narración.

COVALEDA.—¿Consideras cerrado el tema?

CASTILLO.—No se cierra el tema con esta novela. Hay personajes que tienen apuntada su vida propia. Me parece que ya hemos hablado de lo que significa y representa Pablo.

ALVAREZ.—Pero la próxima no tendrá nada de contacto con ésta.

CASTILLO.—Nada.

SUTIL.—Terminaremos entonces con los últimos datos que hay de Julito, tu personaje. ¿Qué habría en ese cuadernito de pastas azules hallado en su americana



Castillo Puche en trance de escribir frente a la máquina y la cuartilla e blanco

cuando yacía muerto en los alrededores de Pedraza.

CASTILLO.—Parece que seguía mostrándose hastiado y cansado de vivir. Pero, fíjate, dice el secretario municipal que al final habla mucho de Dios. ¿Por qué no había de haber una oración? Y más todavía: ¿Qué hubiera dicho y hecho Julito al saber, según el informe de la autopsia, que era un hombre fisiológicamente normal, sano y fuerte?

Como es natural, todos nos quedamos mirando sin decir un pio. El que miraba a uno y otro, sonriente, era Castillo Puche, a quien ya podemos llamar novelista-periodista y no periodista-novelistista, por superación en el arte.

A pesar de su inmersión en ese mar de continua despedida de la vida, Castillo Puche es fisiológicamente normal, sano y jovial. Sus tres compañeros. Aniceto Covaleda, Carlos Luis Alvarez y Jiménez Sutil lo certificamos.

(Foto: Mora)

El es, por eso, excesivamente sencillo, impulsivo y sincero. Lo cual, unido a su temperamento un tanto salvaje y brusco, le ha causado y le causa a menudo disgustos. Pero yo me he llegado a convencer de que es un gran filósofo, un filósofo que se ríe, que parece un chiquillo, despreocupado y bohemio. Creo también que es muy poco intelectual y, desde luego, carece en absoluto de «pose» como escritor. Al contrario, muchas gentes sencillas que le tratan y le quieren durante años y años, se llevan una gran sorpresa cuando saben que escribe libros. Por ejemplo, llevaba tres años viviendo en una pensión, relacionándose y charlando con todos los huéspedes, sin que sospechasen que era escritor. Sabían que trabajaba en algún organismo oficial, pero nada más. Hasta que un día, uno vió su libro, en un escaparate, y fué una sorpresa para todos. Y es que José Luis carece de toda pedantería, de toda presunción y de toda extravagancia literaria.

Otra de sus manías es andar. Cuando le conocí no tomaba jamás un tranvía ni un autobús. Iba a todas partes andando, y si ahora lo toma es porque yo me niego a seguirle en sus caminatas. Es el colmo del desorden, eso sí. Pierde todos los papeles y luego los busca interminablemente.



Ya de pequeño, Castillo sentía una fuerte vocación al periodismo

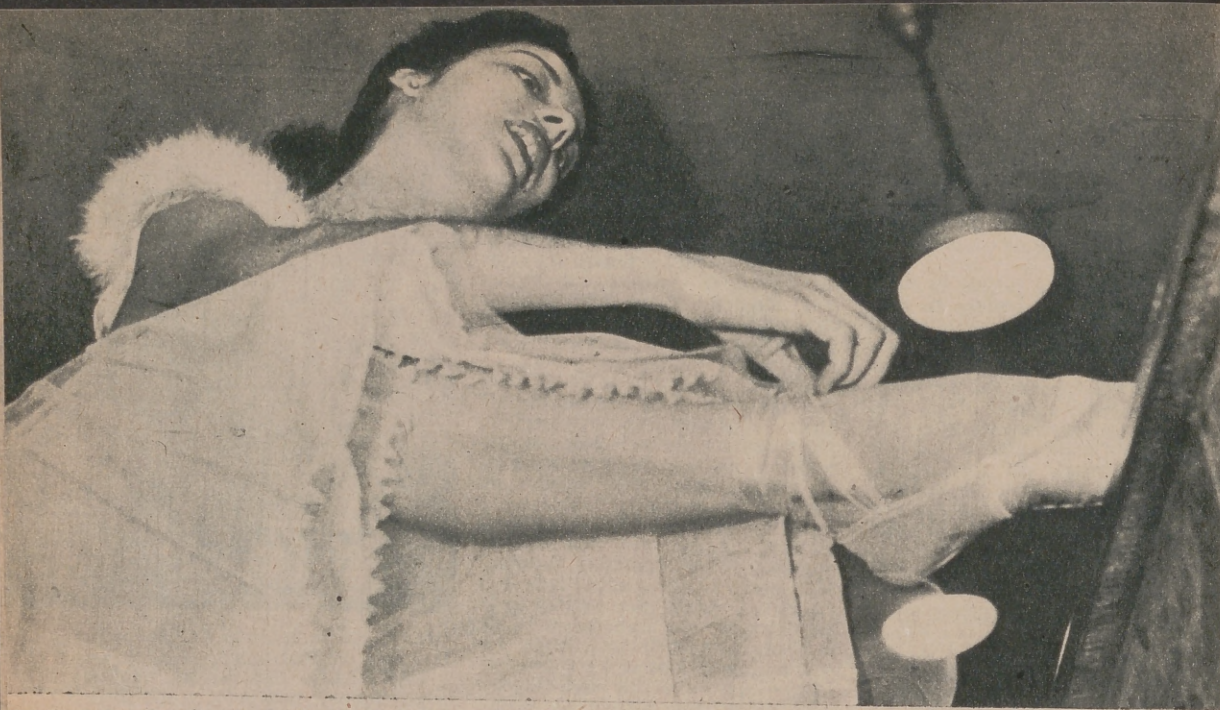
notas para sus reportajes, lo hacen esquemáticamente que luego no los entiende, y eso le divierte mucho. Pero tiene una extraordinaria sensibilidad y observación para los detalles. Tiene también un instinto finísimo para captar cosas que los demás no ven. En esto puede decirse que es un auténtico periodista, pues, como he cido decir a don Juan Aparicio en una ocasión, el periodista ha de tener el olfato del perro y la vista del águila.

Claro que otras veces es de lo más despistado y distraído. En el tranvía en el bar o por la calle se queda a lo mejor mirando a una persona con los ojos muy abiertos y tan fijamente, que la víctima se pone nerviosa. Sobre estos casos y otros nacidos de sus despistes podía contar varias anécdotas. Pero las dejo para cuando sea más famoso.

¿Qué más puedo decir de su carácter? Que es un poco raro y difícil de tratar; pero sólo para aquellos que no lo conocen o no le perdonan sus ex abruptos y su genio. Sin embargo, en general, todos le quieren y sus amigos le adoran.

Así, al menos, es como lo veo yo. Claro que le admiro mucho; pero también creo que le conozco mejor que nadie.

Julia FIGUEIRA.



TO Y TRADICION
LA DANZA EN EL
N LICEO DE LA
TAL MEDITERRANEA

NIJINSKY Y PAVLOVA FRENTE A
LIBERIDAD DE LOS CLASICOS

MORAGAS FUNDA UNA ESCUELA
DE UN DIFERENTE Y DIFUNDIBLE ESTILO



EL "BALLET" DE BARCELONA O LA POIA DEL MOVIMIENTO

EN Barcelona existe una considerable tradición de «ballet», este espectáculo fascinante, lleno de color y de movimiento, en el que se funden la música y la plástica, perfectamente unidas, para constituir uno de los más maravillosos halagos que pueden ofrecerse a los sentidos.

Esta afición al «ballet» ha convertido a la Ciudad Condal en puerto de arribo de todas las grandes formaciones internacionales y de las primeras figuras de su mundo fabuloso, creando, al mismo tiempo, una inquietud íntima, que ha cristalizado en las academias de baile clásico, en los intérpretes de la danza de prestigio mundial, en los intentos de constitución de compañías al estilo de las mejores y más audaces del mundo. Esta afición, que llena los teatros donde se exhiben bailarines y grupos de danza, ha engendrado un impulso «balletómano», y a los diletantes de la danza se han unido los críticos y tratadistas de «ballet», pintores de decorados, músicos, coreógrafos, dibujantes de figurines y toda la gama de actividades accesorias que rodea al espectáculo de la luz y del ritmo, de la belleza plástica, a veces tan perfecta, tan extraordinariamente refinada, que resulta, incluso, decadente.

En Barcelona, el «ballet» se vive y se siente. No es un espectáculo exótico al que se va por novedad. Se juzga y se analiza, porque se entiende.

AQUELLAS «BOLERAS»

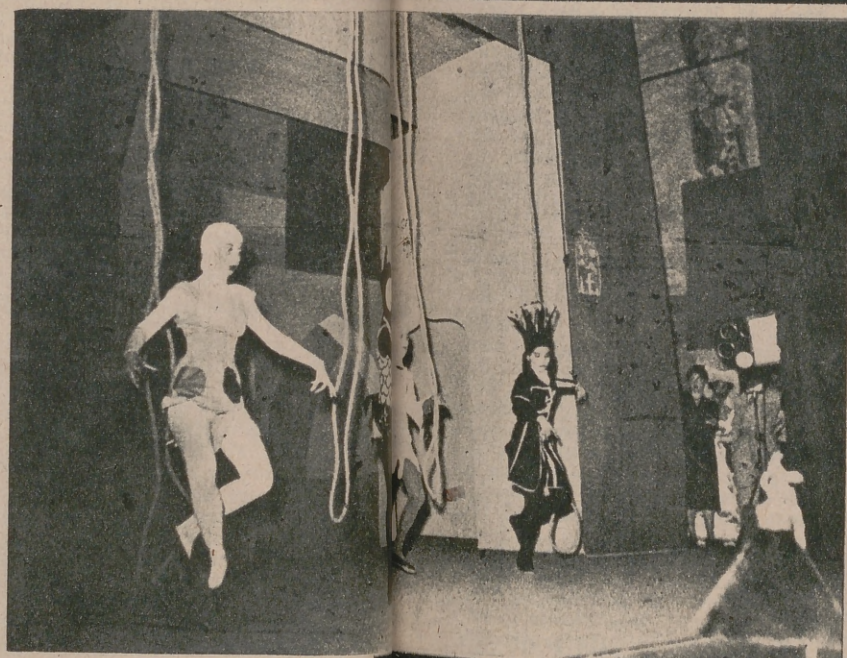
La tradición del «ballet» va ligada en Barcelona a su tradición operística. Es decir, a la tradición del Gran Teatro del Liceo, uno de los pocos teatros de ópera pura que quedan en el mundo,

que vive todavía un esplendor que parece imposible en estos tiempos y goza de la felicidad emocionante de quienes saben dar empaque señorial a la ciudad. Los muchos señores que aún quedan en Barcelona tienen todavía su «rendez vous» en el Liceo, durante la temporada que permanece abierto. Como un estuche de terciopelo rojo el gran coliseo barcelonés guarda en el invierno las mejores joyas, los más cuidados escotes, los vestidos largos de mejor costura, las pieles más caras, las pelerinas más albas y los trajes de etiqueta de más impecable corte. Y guarda, sobre todo, una atmósfera de distinción genuinamente europea, de una Europa que se balanceaba entre los refinamientos de París y de Viena, entre el Sena y el Danubio, barrida hoy por unos conceptos bárbaros, surgidos del mismo corazón de las urbes famosas. De Saint Germain des Prés o de la triste existencia de una ciudad ocupada, roídas sus arterias por el bordonero de los «jeeps» de cuatro plazas.

De este Gran Teatro del Liceo ha nacido la afición al «ballet». Primero, como parte integrante de la ópera, y después —desde la irrupción del «ballet» ruso en el año 1911— como arte independiente. Barcelona ha seguido fiel a la danza desde las primitivas «boleras» de hace un siglo hasta el marqués de Cuevas, con su compañía.

LA OBRA DE MORAGAS

Uno de los más famosos bailarines, padre podríamos decir de todas las generaciones posteriores, fue Ricardo Moragas, que inició la tradición de los maestros de baile del Liceo, seguido después por Camprubí, Pauleta Pa-



mies y Juan Magriñá. Moragas también bailó «boleras» y fandango junto con los más famosos bailarines y bailarinas de la época sobre el escenario del primer teatro barcelonés, en los entreaños danzados.

Es necesario aclarar que este baile español nada tiene de común con el flamenco. Es un baile solemne, lleno de reminiscencias clásicas, pasado por las escuelas francesa e italiana.

Moragas, que fué maestro de baile de la Real Casa, creó la escuela del Liceo. Una de aquellas escuelas que inmortalizó el pincel

de Degás, con las jóvenes bailarinas de vaporosos «tutús» que hacían ágiles y resistentes sus músculos en la dura disciplina, y que aprendían a andar de puntillas con la delicadeza y la gracia de un pájaro.

Este bailarín barcelonés, que corrió mundo y aprendió para enseñar, es el punto de partida de la afición al «ballet». Una afición no solo espectadora, sino activa. Una afición que penetró durante la última mitad del siglo pasado —el Liceo tiene cumplidos los cien años— y que no se ha perdido.

NIJINSKY Y LA PAVLOVA

Fueron los rusos los que convirtieron la danza en arte independiente, con vida propia. Los primeros «ballets» rusos atravesaron su frontera en 1911 y desde entonces han sido los verdaderos rectores del mundo de la danza. Hallaron horizontes nuevos y destrozaron los caducos conceptos. Su irrupción en el ambiente que dominaba la danza azucarada fué acogida con interés y entusiasmo inusitados.

Vinieron a España y actuaron en Madrid y Barcelona. En ambas ciudades obtuvieron extraordinario éxito. En la capital catalana, muy preparada para recoger sus enseñanzas por aquella tradición que había moldeado Moragas, dejaron su semilla en el ya profundo surco.

Por ello, todas las compañías más importantes de «ballet» ruso, desde Diaghilev, han pasado por el Liceo, principalmente, y otros teatros de la ciudad. Sus temporadas de primavera eran famosas. Las tres épocas del «ballet» ruso: La unificación bajo Diaghilev; su dispersión, después, con la creación de otras compañías, como las de Paúl Petrof y León Woizikovsky, entre otras, y la reunión de nuevo bajo la dirección de De Basil, que señala con su «ballet» de Montecarlo una nueva época de esplendor, un renacimiento de la danza,

Sobre el juego misterioso de los reflectores se proyecta inconfundible la vigorosa figura del bailarín trenzando su danza. Abajo: Una vez más, la bailarina se mira al espejo para cerciorarse de su gracia vaporosa. Muy bella, señorita



han sido seguidas y vividas por los barceloneses.

Con estos «ballets» visitaron Barcelona el famoso Nijinsky, el bailarín que decían había vencido la ley de la gravedad; la Lopkova, Masine, David Lichine, Paul Petróf, Woizkovsky y Tamara Teumanova, Tatiana Riabouchinska e Irina Baronova, cuando tenían quince años, y formaban el trío de las llamadas «baby ballerines».

También conviene destacar el paso de la más legendaria de las figuras de la danza, la Pavlova, en la década dorada de los felices veinte barceloneses.

LA ESCUELA DE LA PAULETA PAMIES

Durante muchos años —Pauleta murió de vejez— la que había sido primera figura del Liceo, y después su maestra de baile, regentó una escuela instalada en la calle de San Pablo, en aquella zona intermedia de la arteria urbana que pinchan, por los cuatro puntos cardinales, el pintoresquismo y la perversión de un núcleo fronterizo al Barrio Chino. La calle de San Pablo, llena de contrastes, en la que hace veinte años eran vecinos el «senyor de Barcelona» y la muchacha de vida alegre, la dama encopetada y piadosa y el lerrouxista ex joven bárbaro, el suntuoso Gran Teatro del Liceo y el proletario y enorme Monumental Cinema, oyó durante lustros el piano y el bastón que señalaba el ritmo de Pauleta Pamies.

La labor de Pauleta, verdadera institución ciudadana, fué la continuidad que salvó a la danza de los naturales haches. Gran trabajadora, infatigable, siempre preparando nuevas bailarinas, nutriendo el cuerpo de baile del Liceo, llena una página considerable de la historia ciudadana y su anecdótico es copioso. Su escuela estaba instalada en un piso corriente y en la sala central, con puertas que daban a las diversas dependencias domésticas, tenía la clase. Por ello se hizo popular su manera de ordenar los pasos y evoluciones:

—Uno, dos tres, a la cocina; uno, dos, tres, al comedor; uno, dos, tres, al patio; uno, dos, tres, al excusado.

Mientras repicaba con su bastón, que a veces era un mango de escoba.

LAS ESCUELAS BARCELONESAS

Juan Magriñá, primer bailarín del Liceo, heredó de Pauleta el cuerpo de baile del teatro y montó una academia, que es, hoy, la más acreditada. Entre el Liceo, su academia y el Instituto del Teatro, donde tiene a su cargo la clase de danza, Magriñá ha visto desfilar a todas las figuras actuales. El estudio de Magriñá parece imposible. Unas salas llenas de fotografías dedicadas, desde la Pavlova a Ana Esmeralda, una chimenea encendida, sillones confortables, un capote de torero, centenares de recuerdos de su vida de bailarín. Mezcla heterogénea de objetos, alineados con la ordenada bohemia de este arte duro, difícil, disciplinario, que es el baile.

Una gran sala con las barras y una pared convertida en espejo.

para estudiar la evolución y eliminar los defectos, un piano y luz a raudales, constituyen la clase de Magriñá. Desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche, en sesiones de hora y media de duración, chicos y chicas, desde los diez años a los veinticinco, con el breve pantaloncito y las típicas medias de ensayo, aprenden a convertir en gesto y expresión las notas que va desgranando sin parar el piano, mientras el maestro señala los movimientos.

Magriñá tiene su estudio en la típica calle de Petritxol, quintaesencia de Barcelona, al igual que Trini Borrull. También es considerada con interés la academia de María Josefa Izard, representante en Barcelona de la escuela rusa, discípula de la Preobrajenska. La academia de Pauleta Pamies la continúa Marina Nóreg. Ivonne Alexander, que aunque se anuncia como procedente de Londres pertenece a una familia inglesa residente en Barcelona desde hace muchos años, tiene también una escuela, que regenta actualmente Elsa van Hallen. También debe nombrarse la de Ivonne Atenelle, que se dedica a la danza rítmica de influencia centroeuropea, danza expresionista más que «ballet». Esto sin contar muchas pequeñas academias y las lecciones particulares de los profesionales.

ARTISTAS CATALANES DEL «BALLET»

Además de todos los nombrados hasta ahora, Cataluña —Barcelona concretamente— ha dado o formado importantes figuras de la danza. En el siglo pasado, Rosa Mauri, hija de Reus, que fué primera bailarina y maestra de perfeccionamiento de la Opera de París; Teresina Boronat, de fama internacional; Maruja Blanco, Pepita Sansalvador, Filo Felú, Rosita Segovia, Emma Maleras, María Luisa Nogués, Maruja de Avila; José Ferrán, que se marchó con De Basil, pasó después a la compañía del marqués de Cuevas y ahora es primer bailarín de los «Ballets de París»; Juan Tena, de novisimas tendencias; Antonio Monllor y Jesús Garín, entre otros muchos.

Pero no son solamente bailarines lo que ha dado la Ciudad Condal. Pintores que han tentado con éxito la decoración de «ballets», como Dalí, Pruna, Grau Sala y Clavé, uno de los mejor pagados en París actualmente, que pintó varios decorados para Roland Petit; músicos que escribieron obras para «ballet», como Morera, Montsalvatge y Joaquín Serra; dibujantes especializados en temas de danza, como Clapera y Buiureu; críticos y tratadistas, como Sebastián Gasch —que descubrió a Carmen Amaya en un tabladiño sin gloria— y Alfonso Puig.

Y, por fin, en Barcelona se confeccionan unas de las más prestigiosas zapatillas, usadas por grandes figuras de la danza, que constituyen un secreto artesano de primera calidad.

ANTICIPOS DEL «BALLET»

El maestro Juan Llongueres, poeta y músico de singular sen-

sibilidad, hombre ejemplar y católico de una pieza, que dedicó su vida a la educación de la juventud catalana, creó el Institut de Rítmica i Plástica. De dicho instituto, que no era una escuela de formación de bailarines, sino una fórmula educativa, siguiendo la línea que trazó Jacques Dalcroze, salieron Teresina Boronat y Juan Magriñá. Allí aprendieron el valor del gesto y la elegancia del porte.

Los «esbarts», agrupaciones folklóricas dedicadas al cultivo de las danzas populares catalanas, también han hecho mucho para mantener latente esta afición. El más importante y audaz de todos ellos, el «Esbart Verdagué», ha llegado a romper los moldes tradicionales y ha convertido el folklor catalán en verdadero «ballet», de categoría internacional. Ha cuidado de la coreografía de dos óperas españolas, «Marina» y «Canigó», llegando a crear «ballet» puro y simple, sin sometimiento a ninguna tradición folklórica, poniendo en música e imágenes algunas leyendas de la región.

Con el «Esbart Verdagué» ha colaborado mucho el maestro Joaquín Serra, autor del «ballet» coreografiado por Ana Ricarda y decorados de Celia Hubbard, que el marqués de Cuevas presentó con éxito en París, titulado «Inés de Castro». Este «ballet» nació en Barcelona y está inspirado en melodías contenidas en los tratados de música medieval de monseñor Higinio Anglés, otro catalán, actual presidente del Instituto Pontificio de Música Sacra del Vaticano. Para los decorados, Celia Hubbard tomó bocetos de los antiguos códices existentes en el Archivo Histórico de la ciudad.

PORVENIR DE LA DANZA EN ESPAÑA

Existen, como se ve, elementos suficientes para constituir una compañía de verdadera talla internacional en España. Pero, por lo que sea, jamás ha llegado a cristalizar. Todo termina en pequeños recitales. El último intento de envergadura que fracasó fué el de los «Ballets de Barcelona», dirigidos por Magriñá. Se perdieron dos millones de pesetas. Esta formación obtuvo el Premio «Amadeo Vives», de la Dirección General de Cinematografía y Teatro y llegó hasta París.

El «ballet» necesita protección por parte de todos, para evitar que nuestras primeras figuras emigren o, lo que es más triste, tengan que dedicarse a la revista para subsistir.

Si reconocemos nuestro valor no podemos seguir aceptando solamente como bueno lo extranjero. Nos puede ocurrir lo que le sucedía a Magriñá en los primeros tiempos que actuaba en el Liceo, con los «ballets rusos», que al pasar ante el portero tenía que decir:

—«Bon soir.»

Si decía «buenas noches», no entraba.

Manuel IBÁÑEZ ESCOFET

LA LECCION DE LA ESCUELA DE VIENA

ARMONIA, RITMO Y SUAVIDAD DE LOS BLANCOS LIPIZZANOS

Por Alvaro de **DOMECQ**

COMO sabéis, no soy escritor y sin embargo me atrevo con el tema porque creo que quien debe escribir sobre la Escuela de Viena que estos días visita España—mejor dicho, vuelve a ella después de cuatro siglos de ausencia—somos nosotros los caballistas españoles, los que alguna vez hemos tenido y domado caballos y conocemos por experiencia las dificultades y el problema de la equitación. Un escritor podrá ver y describir la armonía, el ritmo, la suavidad casi literaria de los blancos lipizzanos, que parecen sobrepasar los límites de la alta escuela, pero no pueden calibrar, como no sean aficionados, las complejidades, los días de trabajo paciente y sabio que entraña cada una de sus figuras y sus ejercicios.

Confieso honradamente y por delante que el espectáculo de esta Escuela sobrepasa a todo lo que conocemos a caballo, por lo menos de lo que yo he visto a caballo. Hay, verbigracia, un ejercicio, a pie el jinete, con riendas largas o semilargas, que me parece excepcional y que sólo he visto hacer en España a un profesor que vino a mis cuadras desde la Escuela de Saumur, de Francia. Estos caballos galopan, apoyan con perfección (andan de costado), cambian de pie, hacen el «piaffe» con el jinete al lado y con la misma perfección que si lo tuvieran encima. Por último, ejecutan «la levade», ejercicio que es la cima de la equitación clásica. El caballo se encoge, se reduce al mínimo, sobre sus jarretes, y luego salta como un resorte, «a cámara lenta», hasta quedarse quieto unos segundos, como si fueran estatuas, como si el caballo, hasta la cola apoyada en el suelo, se hubiera convertido en bronce.

Cuatro caballos salen después, cuatro caballos, sin estribos. Son los mismos ejercicios de la Alta Escuela, pero sin estribo. Al final, la ya clásica «levade», que se transforma en «ballotade» y «cambriola» final. Que vemos muy tranquilos, pero que a quienes sabemos lo que es un caballo escalofría. El caballo se reduce y luego se dispara en el aire; hay un segundo en que parece flotar por el aire. «Nada en el aire», ha dicho un escritor español viéndolos, y es la expresión justa. Uno se convence entonces que el músculo, la energía, cuando ha crecido tan ordenada que parece trabajar sin esfuerzo, se llena siempre de gracia y de belleza.

Al final, como hemos leído, ocho caballos salen en un gran «ballet» final. Cada cabeza pegada a la cola del anterior, hacen el «passage» o paso español y las figuras clásicas con un orden, con una maestría, con un ritmo extraño y maravilloso.

Pero ¿cómo ha sido posible este ritmo, este «ballet» ecuestre, esta especie de ópera hípica, esta cima de equitación a la que ha llegado la Escuela? La he observado día tras día y me parece que su primera virtud, su primera lección para nosotros los caballistas españoles es la medida. Cuando en Barcelona, antes de que empezara la exhibición, les vi medir cuidadosamente la plaza para indicar dónde debían colocarse las macetas, pensé que quizá fuera una exageración absurda y un poco demasiado germánica. Después me di cuenta cómo tenían razón. Todo está medido y estudiado, profunda y cuidadosamente estudiado. Cuando los caballos, por ejemplo, en el «ballet» último ejecutan el «piaffe» o el «passage», observamos cómo las patas y las manos se levantan al com-



Alvaro de Domecq, jinete de buena estampa, sobre uno de sus caballos favoritos.

pás y a la misma altura. Las «levades» son también a la misma altura siempre. He observado, además, cómo los caballos dedicados a la «levade» son los más cortos, y, en cambio, reservan para los aires más largos, los más largos. No hay, pues, improvisación ni la más leve concesión a eso que los jinetes españoles llamamos con demasiada gratuita frecuencia «la genialidad». De ahí quizá su indiscutible, bellísima, transparente armonía. Otra consecuencia interesante es su disciplina. En las cuadras he visto siempre tres mozos y tres oficiales. Impresiona, además, el cuidado en el herraje, mantas, cabezadas, etc. Fijémonos, por si fuera poco, cómo jamás la Escuela ha sufrido la tentación de apartarse de la equitación clásica, cuyas ayudas tradicionales no van jamás contra las leyes naturales de la mecánica de la marcha del caballo. Aquí jamás se ha bordeado el circo. Ningún caballo de la Escuela ha galopado, verbigracia, hacia atrás.

Naturalmente, he estudiado cada uno de los ejemplares presentados uno por uno. Primero «Maestoso Alea», el del coronel Podhasky, con su corona como hierro. ¡Qué manera, señores, de hacer el «passage», el paso español, de levantar los brazos! Es imposible concebir más ampulosa, exuberante, generosa hermosura. Es el verso de Céspedes en carne mortal, es un caballo de emperador. «Es Europa a caballo», me dijo un estudiante, sentado detrás de mí, en Barcelona. Y sin embargo, no me quedaría con «Siglagjy Brezovića», el caballo árabe por quien un norteamericano ha ofrecido 100.000 dólares. La Alta Escuela parece filtrada en este caballo por gracia de su sangre. Sus gestos son más bellos que los de los demás. Los demás, «Pluto» y «Napolitano», me parecen caballos serios y solemnes, que saben su trabajo.

Un vecino curioso me preguntó, por último, el otro día en la plaza, reconociéndome, qué pasaría con estos caballos lipizzanos frente a un toro. La pregunta es curiosa y merece contestarse con otra: ¿Tardarían mucho estos caballos supereducados en aprender lo que saben nuestros caballos para defenderse contra un toro? Por otra parte, un caballo domado es siempre un caballo domado, y cuando la doma llega al «divismo» que ha llegado aquí, las lecciones del campo con ellos deben ser facilísimas. En el cante flamenco, por lo menos su técnica puede aprenderse, y estos Gigli de la equitación la aprenderían rapidísimamente. Quizá faltaría un poco del duende, del «ángel», del genio racial. Conforme, conforme. Pero no olvidemos que estos viejos caballos europeos tienen sangre andaluza.



EN SEGUNDA FILA

NOVELA

Por Antonio PEREZ SANCHEZ

MI amigo Valentín Cerdá es un hombre del montón y su historia una menuda historia de poca monta que, en apariencia, no significa nada. Sin embargo, me he animado a contarla porque yo creo que estos pequeños seres son los que prestan color a la existencia, los que hacen posible que destaquen los mejor dotados al servirles de fondo, de pedestal, de coro y de contrapunto. Valentín, como tantos otros, no es sino una vida que pasa y desaparece sin dejar rastro. Uno de esos millones de hombres sobre cuya tumba se podría escribir a manera de epitafio: «Hizo lo que pudo. Salíó lo que quiso.»

I

Hace ya mucho tiempo que conocí a Valentín Cerdá. Entonces era yo estudiante, o por lo menos me matriculaba todos los cursos en la Universidad. Cotidianamente pasaba un rato después de comer en el bar Ifni, un pequeño cafetín que había en la calle de la Cruz. El café existe todavía, aunque su nombre y su aspecto han cambiado en todos estos años.

En aquella época era pequeño y sin pretensiones. En su parte posterior tenía una salita destinada a tertulia, donde a diario se organizaban partidas de tute y de dominó. Fuera de algunas personas sueltas que morábamos por los contornos, el grueso de la tertulia estaba integrado por coristas masculinos de zarzuela, que no sé por qué habían escogido aquel punto como centro de reunión. Probablemente debido a lo céntrico de su emplazamiento y a lo barato de los precios.

Según decían ellos, los tiempos eran malos «para el género» y la mayoría estaban siempre sin trabajo, salvo algún deleznable «bolo» que caía de vez en cuando. Sin embargo, como conjunto, eran un grupo dotado de optimismo y buen humor. Salvaban las dificultades económicas como podían, prestándose dinero unos a otros y haciendo mil combinaciones.

Su espíritu de solidaridad era notable y se manifestaba, a veces, de manera pintoresca. Recuer-

do, por ejemplo, el caso de una sortija de cierto valor que en su origen habría sido propiedad de algún miembro del grupo y después se había convertido en una particular especie de patrimonio común. La joya pasaba la mayor parte del tiempo

en las casas de empeño. Vencido el plazo del préstamo, si su último poseedor no contaba con numerario para rescatarla, cedía la papeleta al compañero más boyante en aquella ocasión; éste sacaba la alhaja y la lucía algún tiempo en sus dedos, hasta que se veía forzado a pignorarla de nuevo. Así fué pasando la sortija de mano en mano, como símbolo de la prosperidad efímera. Hubo ocasión en que todos tuvieron que juntar sus bienes para no perderla.

Estaban acostumbrados a vivir con poco dinero y no eran exigentes. Cuando tenían fondos, los gastaban y cuando no, se amoldaban a las circunstancias. Dentro del café, recurrían a menudo al crédito, si bien compensaban luego al camarero con entradas para que pudiese ir al teatro con toda su familia.

Los que no actuaban mataban la tarde jugando inefables partidas de naipes donde, tirando por todo lo alto, se cruzaban cincuenta o sesenta céntimos. A veces, mientras jugaban, comenzaba uno a canturrear cualquier coro de zarzuela; no tardaban en acompañarle los que estaban en su mesa, y al poco rato todos, los demás, en acorde unión.

Como se hallaban acostumbrados a cantar juntos, la cosa salía perfecta y era una atracción gratuita para el café. Algunos clientes acudían allí todas las tardes sólo por esto, y más de una vez el camarero traía peticiones que los tertulianos atendían de la mejor voluntad.

—Una pareja de novios que pide el «Soldado de Nápoles».

—Hay quien paga una ronda por «Molinos de viento».

Si alguna vez cualquiera de ellos pensó en el triunfo, casi todos habían sabido apagar a tiempo este fuego perturbador y vivían pacíficamente una existencia gris.

Tampoco faltaba, por excepción, algún amargado que se consideraba víctima de las injusticias de la vida. Otros, más ilusos, sustentaban en lo recóndito una llamita de esperanza y confiaban en el golpe de suerte que habría de cambiar sus vidas.

Cerdá pertenecía—o así, al menos, lo veía yo—al número de los resignados. Era un hombre corpulento, de cara ancha y manos expresivas. Fumaba en pipa como yo, y creo que fué este ligero detalle el que nos acercó en un principio. Tenía una risa contagiosa y una mansedumbre optimista, empeñada en ver sólo el lado bueno de las cosas y en esperar siempre lo mejor: «Dejad que llueva, ya escampará. Después de lo malo viene lo bueno. No siempre han de pintar bastos.»

Cantando, Cerdá descollaba entre sus compañeros. El era el que hacía la voz solista en los coros del café, y a mí, no sé si por el ambiente o por qué, su manera de cantar me agradaba más que la de muchos divos que solían figurar como cabecera de cartel.

—¿Y tú no has soñado nunca con ser primera figura?—le pregunté cierto día.

Valentín se rió.

—¿Primera figura yo? ¡Cualquier cosa! Claro que, cuando era un muchacho, tuve, como todos, mis pájaros en la cabeza. Estuve estudiando música y parecía que iba a ser algo, pero...

—Pero, ¿qué?

—No tenía facultades. Gusto y sentido, quizá, pero faltaba intensidad de voz. En un escenario y cantando solo no me oiría ni el director de orquesta.

Me contaba todo esto como si no le afectase en lo más mínimo sin nostalgia alguna. «Las cosas son como son», solía decir.

Por aquella época andaba yo buscando un nuevo alojamiento que sumara a la interminable lista de casas de huéspedes que llevaba ya recorridas. Cerdá se enteró y me propuso:

—¿Por qué no te vienes a mi casa? Tengo una buena habitación, y como los tiempos son medianos habíamos pensado mi mujer y yo alquilarla a una persona de confianza. Te pilla al lado de la Universidad. Allí estarás bien.

Fuf a ver la habitación, me gustó y me trasladé a ella con mis escasos bártulos: un sillón de mimbre que me siguió fielmente durante toda mi época estudiantil, y del que guardo un sentimental recuerdo, y dos maletas: una con mis ropas y otra atestada de libros.

II

La casa de Cerdá estaba en la calle de las Pozas. Era amplia, vieja y bastante destaralada. En su parte delantera tenía dos alcobas con balcones a la calle: una la ocupaba yo y la otra un solterón, empleado de no sé qué Ministerio, y el cual llevaba algún tiempo como huésped de la casa.

El matrimonio, con sus dos hijos, habitaba la parte de atrás, de habitaciones oscuras, con ventanas cubiertas por tela metálica, que daban a un solar.

La esposa de mi amigo, Patrocinio, era una mujer no muy agraciada físicamente y de un espíritu vulgar. En cambio, poseía cualidades muy útiles dentro del matrimonio. Se mostraba paciente, hacendosa y buena administradora; sus máximas aspiraciones estaban puestas en sus hijos, en su casa y, sobre todo, en su marido.

Valentín sabía apreciar todas las virtudes de su esposa y se comportaba con ella como un compañero cariñoso y leal. Le gustaba recordar cómo la conoció y me lo contaba muchas veces. Ella era de un pueblo pequeño, donde el padre tenía un modesto negocio de fonda y casino.

—Reconozco—decía Valentín—que no era ninguna belleza llamativa, pero, sin saber por qué, me atrajo en seguida. La gente del pueblo se escandalizó mucho cuando supo que la hija del casinero se había hecho novia de un cómico. «Se va a reír de tí», la decían. Pero yo cumplí mi palabra, volví y me casé con ella en cuanto pude. Nunca me arrepentiré de haberlo hecho. En el teatro se roza uno con muchachas atractivas; algunos pican aquí y allá y acaban estragándose; otros se encaprichan con alguna y se casan, pero rara vez salen bien estas bodas y casi siempre acaban tirando cada uno por su lado. Son mujeres hechas al halago, quieren disfrutar de la vida y no se avienen con la carga del matrimonio.

Patrocinio seguía siendo, en realidad, la muchacha pueblerina hija del casinero. Según contaba, durante su noviazgo ella misma estaba un poco asustada y se decía muchas veces que no podría ser

para ella un hombre como aquel, tan acostumbrado a recorrer mundo y a tratar con mujeres que valían mucho más que ella. Aun hoy, después de varios años de matrimonio, estaba bastante asombrada. Admiraba a su marido, creía en él y no pensaba que hubiese otra existencia mejor que la que él podía ofrecerla.

Se trataba, por lo tanto, de una pareja bien avenida, en cuya compañía se respiraba una felicidad sencilla. Sin embargo, en la vida de Valentín existía un fracaso sentimental del que nunca se había repuesto por completo.

Algunas veces me habló de ello, sin poder evitar el recordarlo en un tono de vaga melancolía, como de añoranza por un bien perdido que jamás podría recuperar ni olvidar por completo.

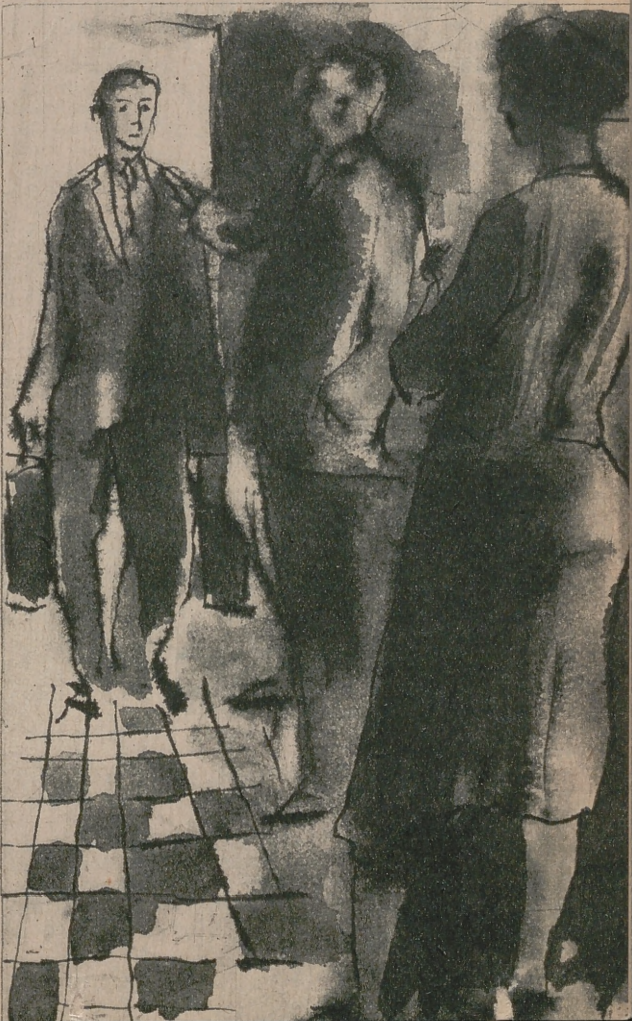
En su adolescencia había tenido una novia, de la que se enamoró perdidamente. Cuando hablaba de aquella muchacha se olvidaba de su interlocutor, perdiéndose en la recreación íntima, cual si la evocación le hiciese saborear aún lo pasado.

—Aquella fué mi mejor época—contaba—. Vivía entonces en Salamanca. Me había colocado en un hotel y comenzaba a estudiar música y canto. Tenía facilidad para la música, una voz agradable y cierto sentido para cantar. «Este muchacho puede llegar lejos», oía yo decir a mi alrededor. Y entonces me lo creía.

«Conoci a mi novia. Yo no puedo explicar cómo era... no sería capaz. Lo único que sé es que no he visto jamás otra como ella. De su persona se desprendía algo que me hacía sentir impresiones desconocidas... como si el mundo fuese distinto hallándose a su lado, igual que si su presencia lo cambiase todo de repente. Desde luego, estaba dotada de algo especial, aunque yo no sepa expresarlo. Y no era más que una muchacha sencilla, de clase humilde, hija de un curtidor que vivía de su jornal.

Nos veíamos todas las tardes. Paseábamos juntos por la plaza o a la orilla del río. Sólo con pensar que después la vería, las horas se me pasaban sin sentirlo, me parecía que todas las personas y todas las cosas eran buenas...

Cuando la perdí me quedé como si me hubiesen dado un porrazo, más hoy pienso que tuve una gran suerte al conocerla y ser su primer novio durante un año. Ella estaba muy por encima de lo



que yo podía ofrecerla... Bastante fortuna es para un Don Nadie como yo haber abierto su corazón a la vida, haber disfrutado de su cariño...

—¿Por qué la perdiste?

—El dueño de la fábrica de curtidos donde trabajaba su padre se encaprichó con ella... y se casaron. El tenía dinero y los padres echaron toda la carne en el asador para que se celebrase tal matrimonio. Claro, que si ella no hubiese querido... Pero aunque me decía que la forzaban las circunstancias, en el fondo debía estar satisfecha con aquella boda, que la proporcionaba cuanto materialmente podía apetecer. Después pasó el tiempo, conocí a Patrocinio...

—¿Y a ella, nunca la volviste a ver?

—Sí. Me la encontré un día aquí, en Madrid, después de haberme casado yo. Estaba hecha una mujer espléndida y vestía con lujo. Yo al principio, la había odiado y después creí tenerla olvidada ya. Pero en cuanto hablé con ella comprendí que, lo quisiera o no, la llevaba metida en la sangre. Estuvimos juntos un rato... Yo, de la emoción, apenas lograba coordinar. Y ella... no soy vanidoso, pero apostarí que también experimentaba algo. Me dió una tarjeta e insistió que fuese a verla a su casa.

—Pero tu marido...

—No hay marido. Estuvimos juntos poco tiempo. Nos hemos separado y cada uno vivimos nuestra vida.

Con las manos juntas me repitió:

—¿Vendrás? Siempre he deseado volver a verte. Fui egoísta contigo porque la vida es así, pero en el fondo... Creo que tendremos que decirnos muchas cosas cuando estemos más tranquilos.

—Iré.

—¿Mañana?

—Sí.

Se marchó y yo me quedé como atontado, sintiendo de nuevo por dentro aquella cosa rara que ninguna otra mujer había sido capaz de remover. Pero luego me lo pensé bien. Ella no sabía lo que yo era entonces: un hombre medio fracasado. Recordaría a su primer novio, aquella ilusión de cuando los dos teníamos el alma fresca.

Y además estaba Patrocinio. Ibamos a tener un hijo y ella había depositado en mí toda su confianza. Mi mujer carecía del encanto mágico de la otra, mas era mi compañera y sólo contaba conmigo.

Rompí la tarjeta sin ver siquiera las señas y no fui. Después la he visto alguna vez por la calle, pero no hemos vuelto a dirigirnos la palabra.

Patrocinio y Valentín no tenían pretensiones y se daban por satisfechos con ir tirando. Sus hijos eran dos muchachos robustos; uno había empezado aquel año a ir al colegio y el otro correteaba por la casa.

Mientras llegaba la ansiada contrata fija con alguna buena Compañía, el matrimonio se defendía no sé cómo, pues yo creo que no tenían otros ingresos que lo poco que pagábamos el empleado y yo. Don Atilano, mi vecino de habitación, no era mala persona, aunque sí un hombre aferrado a su manera de ver las cosas, propia de su condición de oficinista, encallecido en el trabajo y la vida metódica. Alguna vez Valentín tenía que acudir a nosotros en demanda de pequeños anticipos sobre el pupilaje y entonces mi vecino comentaba:

—Ya podía este hombre buscarse un empleo decoroso y no andar lampando por ahí.

Trataba yo de salir en defensa de mi amigo.

—El tiene vocación por el teatro.

—Tonterías. La vocación es lo que a uno le da de comer. Que me diga usted que tiene vocación un cantante conocido, que gana dinero y se deja emborrachar por los aplausos, bueno. Pero vamos, que estarse la vida mano sobre mano para cantar de vez en cuando en un coro, sin que nadie se dé cuenta... A mí que no me vengan con panemais. Eso es sangre bohemia y gusto por vivir de bóbilis.

Sin embargo, por extraño que fuese, lo cierto era que Valentín sentía un apasionado entusiasmo por aquella profesión oscura, que no le daba gloria ni provecho. Un día que le pregunté por qué no se dedicaba a otra cosa más segura, me miró lleno de asombro y me respondió, sin la menor vacilación:

—¿Y para qué otra cosa valdría yo? Al no tener voz para primera figura, esto es lo único que podía hacer.

Equivocado o no, lo cierto era que lo sentía así.

Las personas como don Atilano podían tomarlo simplemente por un vago, pero tratándose de algo relacionado con su arte no regateaba esfuerzo y

hacía lo que fuese con la mejor voluntad. Cualquiera misero «bolo» de pocos días, por mal retribuido que estuviese, le colmaba de satisfacción. A diario daba lecciones de canto y música a una muchacha que vivía en el piso de arriba. Como no la cobraba nada, don Atilano decía que eran ganas de perder el tiempo; pero yo, que a veces presenciaba aquellas lecciones, juzgaba las cosas de otro modo.

La muchacha era tosca, torpe y bastante reacia a las enseñanzas. Tenía un torrente de voz, capaz de atacar limpiamente las más altas estridencias y lo arreglaba todo chillando como un demonio. La paciencia que Valentín ponía en desbastarla, el interés que se tomaba, eran realmente admirables. La muchacha le llamaba maestro y con esto se daba por generosamente recompensado.

III

Los tertulianos del Ifni llevaban más de un año viviendo casi de milagro. El «género» iba de mal en peor. Retirados Sagi Barba y Marcos Redondo, no surgían otras figuras de fuerza. Los músicos encontraban campo más lucrativo en la revista y los escritores de libretos, ramplones y adocenados, se repetían hasta la saciedad. El público, aburrido de gustar siempre idénticos condimentos, respondía cada vez menos. Las formaciones de zarzuela se iban disolviendo; algunas probaban fortuna de vez en cuando, pero al par de estrenos fracasados desistían de continuar. Dos o tres se defendían por provincias a base de repertorio, con alguna esporádica actuación en Madrid, fugaz siempre y poco preparada.

Los tertulianos, del bar iban desertándose poco a poco, buscándose otro medio de vida. Con más o menos dificultades los que aun eran jóvenes conseguían hallar nuevo trabajo donde defender su pan. Pero los veteranos no sabían ya hacer otra cosa fuera de «lo suyo»; eran incapaces de reaccionar y se limitaban a recordar con nostalgia aquellos tiempos áureos en que un buen corista con repertorio se veía asediado por las empresas.

El decano entre todos ellos era don Tomás, un vejete simpático, menudito de cuerpo y con el pelo encanecido, blanco como la nieve. Andaba alrededor de los sesenta y cinco años y había comenzado en el teatro hacia la última década del siglo pasado, cuando el género chico estaba en su apogeo.

El pobre hombre se alimentaba del recuerdo y añoraba siempre aquel pasado esplendoroso en que —según él— todo llegaba en el teatro al ápice de lo perfecto: intérpretes, libretos, música, presentación, público. Era la época de Apolo, de la Zarzuela, de los salones de verano.

—Hoy sales a escena— explicaba don Tomás—, y ves la sala medio vacía o llena de horteras que ni entran en la obra ni te prestan el necesario calor. Entonces los teatros se llenaban de una muchedumbre entusiasta y entendida, que sabía distinguir lo bueno de lo malo. Aquello era un público. No pasaban por movimiento mal hecho y como hubiese un desliz te daban el gran meneco. Pero, en justa correspondencia, si la cosa merecía la pena tampoco te regateaban el aplauso, se volcaban llenos de fervor. Autores e intérpretes he visto yo a los que el público ha llevado en manifestación hasta sus casas a altas horas de la madrugada, alumbrándose con antorchas y aclamándolos por las calles, con más entusiasmo que si fuesen toreros sacados a hombros. Así daba gusto trabajar. Claro que lo que entonces se ponía en escena era poca cosa: «El tambor de granaderos», «El año pasado por agua», «La viejecita», «Agua, azucarillos y aguardiente», «La revoltosa»... Y los que hacían estas obras se llamaban nada más que Chueca, Bretón, Caballero, Chapi...

La vida de don Tomás estaba llena de brillantes recuerdos, que seguían alumbrándole y dándole calor. Había cantado con Lucrecia Arana, con Leocadia Alba, con Isabelita Bru—(sí, sí, las mismas Alba y Bru que ahora hacen papeles de viejas gordas y ridículas y que entonces eran dos mocitas que no había más que ver)— con Emilio Mesejo...

Pero su efemérides cumbre era el estreno de «La verbena de la Paloma», en el que había intervenido cantando en los coros.

Cuando mencionaba estas cosas —y puede decirse que no hablaba de otras—, el hombre se exaltaba primero, para caer después en sombrío abatimiento, al establecer parangón ante el pasado y el presente.

—Aquellos tiempos no volverán jamás.

Inesperadamente, cuando más crítica era la situación para los tertulianos del Ifni, apuntó en el horizonte una luz salvadora. Acababa de formarse una gran compañía, dispuesta, según aseguraba la Prensa, a volver por los fueros de la zarzuela. Se trataba de reunir a las primeras figuras, de montar las obras generosamente, de estrenar cuanto mereciese la pena y de reponer lo mejor del género.

Por lo pronto, la empresa estaba reclutando gente y acababa de cerrar contrato con el teatro de la Zarzuela, único que resistía de los de aquella época y cuyo nombre merecía que se le hiciese honor. Los tertulianos vivieron unos días de impaciencia y excitación, yendo y viniendo detrás de sus agentes y amigos para conseguir un puesto en la formación. Muchos de los que habían desertado aparecieron de nuevo por el café.

—Pero, hombre, Cardoso, ¿no decías que te habías empleado con un buen sueldo?

—Esa es la verdad, amigos. Pero, ¿qué queréis? Cuando a uno le tira una cosa no se puede remediar. Con el empleo tendría un trabajo más seguro y ganaría más, pero como esto cuaje lo mando todo a hacer gárgaras.

Uno tras otro, iban la mayor parte firmando sus contratos y cobrando los correspondientes anticipos. La Peña, alicaída y mustia en los últimos tiempos, cobró de nuevo optimismo y bullanga, al correr por ella el dinero fresco, con la risueña perspectiva de una larga temporada de trabajo.

Se hablaba a veces, se fumaban puros, se bebían copas, se daban generosas propinas a los camareros y todo el mundo exultaba de satisfacción.

Los ensayos comenzaron inmediatamente. Para demostrar que la nueva formación no era una más de las de chicha y nabo, se iba a comenzar cantando una ópera netamente española: «La Dolores».

Un día alguien observó:

—El que no viene ahora por aquí es don Tomás.

Se hizo un silencio entre los contertulios. El decano no había conseguido que lo contratasen. Estaba ya demasiado viejo y su voz no respondía.

—Esto es lo que todos podemos esperar —apuntó un pesimista—. Entregar cuanto tenemos para que después nos tiren como a una colilla y que nadie se acuerde de nosotros. ¡Perro oficio éste!

Algo como un soplo helado pasó por el grupo; pero sólo fué cosa de un instante. A poco, todos reían de nuevo, sin acordarse del viejo fracasado ni de sí mismos.

Don Tomás no volvió más por el café. Algunas veces pregunté por él a unos y a otros, pero nadie supo darme razón. Yo, que era todavía un tanto dado a la hipérbole, pensé: «Se ha hundido en la niebla espesa que oculta tantas vidas sin esperanza».

Una frase de este tipo cerraría perfectamente el capítulo, pero la vida no tiene nada que ver con un capítulo de novela.

Lo malo y lo bueno del hombre es que todos hemos de enfrentarnos con nuestro propio destino y que nadie se aviene a desaparecer así como así. Cada uno se agarra desesperadamente a la existencia y, por muy mal que vengan las cosas, pugna por salir adelante, sea como sea.

Algún tiempo después volví a encontrar a don Tomás, de una manera un tanto particular. Yo estaba en la butaca de un cine y él en la pantalla, interpretando un corto papel de cura de pueblo, viejo y simpático.

A partir de entonces torné a verlo en numerosas películas, encarnando siempre tipos de abueletes encanecidos y bondadosos, para los que se prestaba su figura. La gente reparó en él con agrado, y de esta manera, don Tomás, por uno de esos caprichosos azares en que es tan pródiga nuestra vida, alcanzó en su última etapa todo lo que no había conseguido en tantos años de rodar por los escenarios: nombre, popularidad y, seguramente, tranquilidad económica.

Años más tarde di con él en un estudio cinematográfico, donde se estaba rodando mi primera película. Le recordé los tiempos del bar Ifni y charlamos un rato.

—Estará usted satisfecho—le dije.
El viejo se encogió de hombros. A simple vista se apreciaba que no le poseía ningún entusiasmo por su triunfo.

—En cierto modo lo estoy —manifestó—. Gano dinero y tengo más trabajo del que puedo atender. Pero... en el fondo me parece que aquí todo el mundo está un poco loco.

Acababa yo de tomar contacto con el cine y, si



bien ya tenía barruntos de lo que aquello habría de dar de sí, aun no había padecido lo bastante como para darme cuenta de que estaba viviendo una de las más desagradables experiencias de mi vida. Por esta causa no pude apreciar entonces debidamente las palabras de don Tomás y aun me pareció que el viejo chocheaba un poco, al perderse como siempre en su pasado.

—Recuerdo —me estaba diciendo—, que en mi juventud actué algún tiempo en el Felipe. ¿Sabe usted lo que era el Felipe? Un teatrillo de verano montado con cuatro tablas. La butaca costaba sesenta céntimos. Allí, con dos perras gordas, se estrenaron obras que nunca morirán. Todo esto, en cambio, absorbe millones y millones, pero de ello no quedará ni rastro pasados apenas unos meses. Y la verdad, hijo: Si yo tuviese veinte años y me diesen a elegir entre el triunfo por este camino y lo que he sido por el otro, no vacilaría: lo que fuese, a cambio de volver a cantar en el coro de «La verbena» la noche de su estreno.

IV

Uno de los primeros en firmar contrato con la nueva compañía fué Valentín.

Desde entonces trabajaba de una manera agotadora, sin más tiempo libre que el imprescindible para dormir, desde la madrugada hasta el mediodía. Ensayos a primera hora de la tarde, representaciones, ensayos, a veces, después de la función de la noche, según fuesen las prisas.

Se estrenó una obra y fracasó. Mientras se preparaba otra fué necesario recurrir al consabido repertorio del género chico. Dos obras por la tarde, otras dos por la noche, cambio cada tres o cuatro días.

Yo iba a menudo por el teatro para ver a mis amigos del Ifni desfilando por el escenario en los más diversos pergenios: coro de soldados, coro de labradores, coro de señoritos, coro de palaciegos, coro de gitanos... Mis buenos amigos se desenvolvían lo mismo con cualquier ropaje y en cualquier situación, repitiendo siempre gestos y evoluciones rutinarios.

«La quiero, la quiero, la quiero, la quierooooo...», tronaba el baritono junto a las candilejas, vestido

a lo rústico y colocándose ambas manos abiertas sobre el pecho. «La quiere, la quiere, la quiere, la quiereeeee...», apostillaba el coro de aldeanos, señalando al barítono con sus brazos. «Le quiero, le quiero, le quiero, le quierooooo...», chillaba la tiple, de manera y con gestos muy semejantes a los del barítono. Y los coristas, ahora con atuendo de chulos, la señalaban con sus brazos y repetían: «Lo quiere, lo quiere, lo quiere, lo quiereeeee...».

Poco a poco, a fuerza de verlos reiterar gestos comunes y oírlos clamar al unísono, se me iba borrando la idea de que eran individuos perfectamente distintos, cada uno con su nombre y sus pequeñas características personales: a Valentín lo diferenciaba aun por mi trato cotidiano con él, pero los otros iban dejando de existir. Inciarte, el que jugaba tan bien al dominó... Garallo, que tenía la mano en el hombro para decirte: «¿Tienes un cigarro, chico?». Tomé, con sus continuos tacsos: «Eso no puede ser, peinetas. ¿Cómo remojos se va a ganar dinero presentando las obras de trapillo?» Lariño, el del lazo de pajarita...

Todos se habían apelmazado en uno solo, montón informe y anodino que se llamaba coro. Una masa opaca que se movía en segunda fila, detrás de la sonrisa estereotipada de la tiple y de los cabezazos del tenor, correspondiendo a los aplausos del público. Después el telón caía y ya no quedaba nada de Garallo, ni de Inciarte, ni de Lariño, ni de Tomé... Ni siquiera del coro, que los había tragado tan sin provecho.

Una noche habíamos ido al teatro con Atilano y yo. Valentín pensaba acompañarnos al regreso, pero tuvo que quedarse ensayando. El nuevo estreno había fracasado también, la sala estaba medio vacía a las doce representaciones y era necesario montar unas cuantas cosas para la próxima semana. La noche era húmeda y desapacible.

—Bonito porvenir—refunfuñó mi compañero de hospedaje, subiéndose el cuello del gabán—. Ganar una miseria cuando las cosas están bien, para encontrarse cualquier día a la luna de Valencia.

Pero Cerdá no se preocupaba del futuro y era feliz.

—La vida está en ir tirando. Yo soy de los que dicen que por mal que se pongan las cosas, siempre quedará algo de sol donde calentarse.

También su mujer estaba contenta. Para Patrocínio, la vida del teatro era un mundo maravilloso vedado a la mayoría de los mortales y donde sólo podían entrar hombres superiores, como su marido. De vez en cuando, asistía con sus chicos a cualquier representación, y siempre regresaba entusiasmada, llena de orgullo por haber podido mostrar a sus hijos la figura del padre paseando a sus anchas por el recinto mágico del escenario.

—Mírale... Allí... El tercero contando por la izquierda... Ese es papá...

Patrocínio se encontraba embarazada, y todas las ilusiones del matrimonio estaban puestas en lo que habría de venir. Los dos habían ansiado siempre una niña:

—Las otras dos veces—bromeaba Valentín—nos equivocamos; pero ésta, no. Será una meoncilla, y se llamará Patrocínio, como tú.

El día del parto nos encontramos don Atilano y yo con una difícil papeleta. Cuando el marido vino a casa después de la función de la tarde habían comenzado ya los dolores preliminares, si bien la cosa no parecía aún inminente. A Valentín le costaba trabajo faltar al teatro.

—Estamos los justos. Como las cosas no van muy bien se ha recortado la plantilla hasta lo último, y si falta me van a echar de menos.

—Vete tranquilo—le animó su mujer—. No va a ser cosa tan de escopetazo.

Valentín vaciló un buen rato, y acabó por marcharse.

—Si pasa algo, me avisan inmediatamente.

A la hora, presentóse el parto en trance inminente. Como siempre sucede en estos casos, el médico y la comadrona estaban ausentes cuando se les avisó. A don Atilano le tocó quedarse a la cabecera de la parturienta y a mí salir en busca de asistencia.

Llamé por teléfono al teatro, se pusieron tres personas distintas al aparato y ninguna me hizo caso. Al fin, tuve que renunciar al marido, recibí un médico de una clínica de urgencia y, al poco rato, venía al mundo un nuevo ser. La comadrona llegó a tiempo de hacerse cargo de él, y todos respiramos. La cosa había salido a la perfección en todo, y el rorro lloriqueaba, acreditando sólidos pulmones.

—Valentín... Que se entere Valentín...—demandó Patrocínio.

Como ya sabía que era inútil pretender hablar con él por teléfono cogí un taxi y me fui al teatro.

Estaba en el escenario cuando llegué, y conseguí hacerme ver de él entre bastidores. Con ademanes risueños le dí a entender que la cosa estaba hecha, y le felicité, estrechando mis dos manos y sacudiéndolas.

Valentín me comprendió. Sus ojos y su cabeza, señalando hacía el barítono y la tiple, me demandaban: «¿Qué es? ¿Qué es?» Esto ya era más difícil de aclarar. Recordé que cuando Valentín hablaba de su futura hija siempre decía «una meoncilla». Miré a mi alrededor y, dimisuladamente, me arrimé a un bastidor, colocándome en postura adecuada a ciertos rincones oscuros. Valentín interpretó correctamente, y su rostro se llenó de gozo.

Al salir vino hacia mí. Su ancha cara estaba radiante, parecía más grande aun.

—¡Es una niña, tengo una hija! ¿Cómo está Patrocínio

—Divinamente.

—¡Enhorabuena!—decían, a una, sus compañeros del coro.

—¿Qué pasa por aquí?—indagó el traspunte.— ¡Vamos, hombre, vivo, a cambiarse!

—¡Cerdá, que acaba de tener una niña!

El traspunte, chistoso, consultó su libro.

—¡Pues yo no tengo marcada aquí esa salida!

Valentín casi lloraba de alegría. Corrió a cambiarse, y luego desfiló ante mí entre sus compañeros, para entrar en escena vestido de húsar y con el sable en posición de saludo. Al pasar me hizo un guiño. Su cara bondadosa resplandecía de felicidad.

El bautizo se festejó por todo lo alto en un mendero de la Dehesa de la Villa, con generoso ágape bien abastecido de sustantificas vituallas y pródigoamente regado con vino. El padre iba de mesa en mesa bromeando con los convidados y animando a todo el mundo con sus carcajadas contagiosas.

Después hubo baile al compás de un manubrio. La chica del piso de arriba chilló con toda la fuerza de sus robustos pulmones en honor de la recién nacida y Valentín danzó como un muchacho, hasta que cayó rendido de tantos brinco y revueltas.

Le tuvimos que llevar a casa entre don Atilano y yo, completamente ebrio, con una borrachera optimista, sana.

Al día siguiente mi compañero de hospedaje me comunicó, muy indignado, que Valentín acababa de pedirle veinte duros.

—No puedo comprender que haya gente tan inconsciente. ¡Ayer, venga convite y venga juerga, y hoy no tiene ni para el tranvía!

—¿Y qué quiere usted?—repliqué yo—. Si este hombre fuese previsor y ordenado, apañado estaba. ¿Cómo va a trazar cálculos sobre el porvenir quien nada ve delante de él sino una impenetrable masa de sombras? Bien están los proyectos para quien, mejor o peor, puede alumbrar su camino. Pero el que anda a ciegas, penetrando siempre en lóbregas regiones que no revelan lo que tienen reservado, bien hace en desentenderse del futuro y tomar las cosas según se presentan. Hoy hemos encontrado una verde pradera calentada por tibio sol, sombreada a trechos por deliciosa arboleda de suavísimas hojas, entre las que cuelgan frutos opíparos al alcance de nuestra mano. ¡Vamos a ganar algo con pasar de ligero y fruncido el ceño, pensando en lo incierto del mañana? Holguemos y comamos ahora que podemos hacerlo. Todos necesitamos sentirnos, de vez en cuando, irresponsables, engañarnos a nosotros mismos hasta creernos dueños y señores de cuanto nos rodea. Aunque dure apenas un suspiro y luego lo paguemos caro, sólo gracias a eso podemos ir tirando. Y no tuerza usted el gesto, don Atilano. Que mientras no seamos todos santos, nadie se contentará con el papel de contemplar cómo unos cuantos disfrutaban de la vida mientras la mayor parte nos chinohamos.

V

Después de fracasar con sus dos primeros estrenos, la compañía decidió probar fortuna por tercera vez. Al parecer, la situación era crítica. Se perdía dinero, y como esta obra no pagase, era de temer que todo se fuese al traste.

A Cerdá le habían ofrecido un papel de segundo cómico en la nueva obra. La oportunidad se debía no a un reconocimiento de sus méritos, sino

al deseo de no gravar más la nómina del personal.

Valentín se daba cuenta y no sabía si aceptar o no.

—Es un papel corto, pero puede tener lucimiento. Lo que no sé es si yo sería capaz de defenderlo.

Su mujer le animó y acabó por coger el papel. La noche del estreno, la esposa de Valentín vino al teatro con don Atilano y conmigo. Antes de entrar, nos hizo reparar en la cartelera, donde figuraba el nombre de su marido en uno de los últimos lugares del reparto:

«Gorito.—V. Cerdá.»

Una humilde referencia que nadie vería, pero que ante los ojos de Patrocinio era timbre glorioso esculpido en oro sobre imperecederos mármoles.

Apenas salió a escena Valentín me di cuenta de que sus temores estaban justificados. Carecía de gracia, hablaba mal, no sabía moverse. Sus gestos eran torpes y forzados; trataba de conseguir la comicidad a fuerza de contorsiones y aspavientos, exagerando la nota y buscando abiertamente el ridículo. Algo verdaderamente lamentable y penoso.

Yo advertía que ponía toda su alma en el papel, que estaba luchando denodadamente por hacer reír a los espectadores. Sentí cierto rubor que me hizo bajar los ojos; en torno mío pesaba un denso silencio. Valentín no tenía éxito.

Miré a su mujer, temiendo apreciar en ella la desilusión por aquel fracaso. Pero Patrocinio no se daba cuenta de nada. Estaba embebida en la contemplación de la obra, el rostro inmóvil y sonriente. Para ella, el trabajo de su marido debía alcanzar, o poco menos, los límites de lo sublime. «Menos mal», pensé.

Esperamos a Valentín y nos fuimos todos juntos. Su mujer iba entusiasmada.

—¿Lo ves?—decía a su marido—. ¿Ves como lo has hecho divinemente?

Valentín, ecuánime y tranquilo, como siempre, no decía nada. Patrocinio se dirigía a don Atilano y a mí:

—¿Verdad que lo ha hecho muy bien?

Después, ya en casa, me quedé solo con Valentín en el comedor, apurando silenciosamente la última pipada.

Sus ojos estaban fijos en mí y era fácil adivinar lo que esperaba: un comentario sobre su actuación. Pero yo no sabía qué decirle. En ocasiones como ésta, la gente suele salir del paso con triviales elogios, cosa que yo no soy capaz de hacer. O digo lo que siento o callo, conductas ambas que me han hecho antipático a numerosas personas. Para el artista, la crítica debía ser una especie de alimento vital y, sin embargo, ocurre todo lo contrario: cualquier censura alborota su vanidad y prefieren la alabanza, por mucho que apeste a necia mentira superficial.

Valentín debió adivinar lo que yo estaba pensando y me sonrió, como si tratara de venir en mi ayuda.

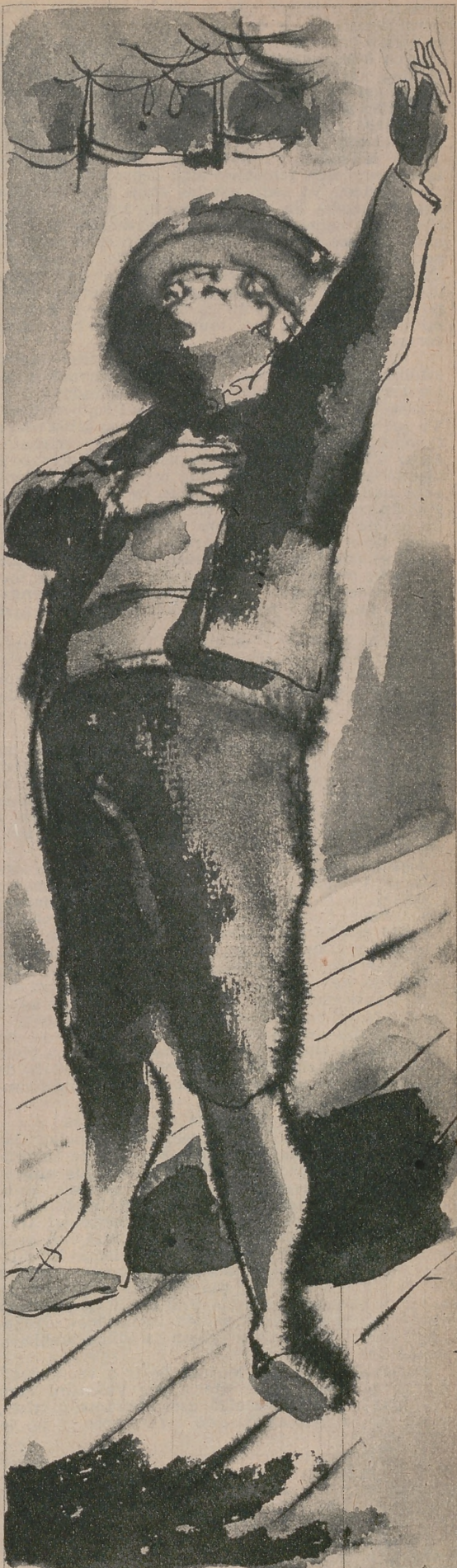
—No necesitas decirme nada. Sé que ha sido un completo fracaso. No valgo más que para corista, y gracias.

Más tarde o más temprano, a todos nos llega el instante en que, llenos de miedo o resentimiento, nos contemplamos en nuestra miserable desnudez. Pero hasta entonces no había encontrado yo a nadie como Valentín, capaz de reconocer su propia insignificancia y confesarlo sencillamente, sin amargura ni rebeldía.

Por aquella época era yo joven, fogoso y estaba lleno de huecas esperanzas. Me irritaba que un ser a mi imagen y semejanza admitiese con tal pasividad el derrumbamiento de cualquier ilusión que pudiese alimentar su existencia, y así se lo dije a mi amigo. Valentín se encogió de hombros.

—Las cosas son como son, y lo mejor es tomarlas conforme vengan y no hacerse mala sangre. Yo, desde luego, soy un hombre sin principios ni cultura, que no sé de la misa la media. Pero he conocido a muchos llenos de teorías y de ideas que se rompían la cabeza buscándole a todo las vueltas, y he visto lo que han salido ganando: hacerse un verdadero lío y no estar de acuerdo ni consigo mismos. Así es que yo me he dicho: disfrutemos sin preocupaciones lo bueno que se presente, y lo demás, como si no existiese.

—Pero existe—repliqué—, y encierra lo mejor de nuestra vida: lo que nunca se nos ofrece, lo que hay que buscar arduosamente, a costa de lo que sea. Si otros hombres lo consiguen, ¿por qué no has de tenerlo también tú? Pero nadie vendrá a regalarte nada, tenlo por seguro. Si te conformas con poco, los demás te dejarán las migajas,



y aun les parecerá que te hacen un gran favor permitiéndote vivir de sus desperdicios. Tiráselos a la cara y entonces sentirán respeto por ti y te abrirán un hueco en su mesa. Hay que sacudir esa pasividad, no limitarse a coger lo que buenamente caiga, sino luchar por aquello que uno desea, luchar siempre, hasta obtenerlo o perecer.

Hablaba yo impetuosamente, con el ardor y apasionamiento propios de mi inexperiencia. Valentín quedó pensativo y preocupado, como si mis palabras hubiesen removido algo dentro de él.

—También yo sentí así las cosas una vez. Fué cuando estaba en relaciones con aquella muchacha..., ya conoces la historia. Entonces sí creía que me esperaba un destino superior, aunque no pudiese decir cuál ni la manera de conseguirlo. Era..., no sé cómo explicarlo: algo que bullía dentro de mí, que me angustiaba y al propio tiempo me llenaba de confianza. Algún día—le decía a mi novia—yo seré algo muy grande, y tú estarás conmigo.

Y lo sentía así en aquellos momentos, cuando estábamos los dos solos, al atardecer, envueltos entre las sombras, mirándonos y acariciándonos.

Después se presentó el otro... ¡Qué suplicio pasé! Yo quería luchar para no perderla y no sabía cómo. Compréndelo. No es que me la dejase arrebatarse como un estúpido, sino que no podía hacer cosa alguna por impedirlo, aunque no hubiese vacilado ante nada. Atravesé una época de violenta crisis y al fin comprendí que es inútil desear esto o aquello, si no está hecho para nosotros. La vida es como tiene que ser, y no como nos la pintamos. ¿Qué se adelanta con rebelarse contra lo imposible? Hay que aceptar la realidad y sacarla el mejor partido, aunque para ello tengamos que engañarnos un poco a nosotros mismos. No queda otro camino.

Aquella noche me separé de Valentín bastante enojado, considerándole un hombre mediocre. Pero, al cabo del tiempo, recordé muchas veces sus palabras y me avergoncé de no haberle comprendido mejor.

VI

En 1935 terminé la carrera y me marché a un pueblo. Después vino la guerra, y cuando acabó, mis obligaciones me mantuvieron alejado de Madrid. No volví hasta 1942; para entonces ya había perdido el contacto con mis antiguas relaciones y me encontré con una ciudad nueva donde todo me era desconocido: gentes y costumbres.

Algunas veces visitaba lugares de antaño o trataba de recuperar antiguos amigos. Los lugares no existían ya o estaban totalmente transformados; los amigos, cada uno había tomado su rumbo, y los que encontré llevaban una vida distinta a la de antes y eran ya poco menos que unos extraños.

El bar Ifni continuaba existiendo; pero había cambiado de nombre y estaba convertido en un restaurante económico, sin vestigio alguno de aquella solera de cafetín tertuliano de mis tiempos.

Cierta día estuve en casa de Valentín; ya no vivía allí ni supieron decirme nada de él. La vieja portera había sido sustituida por un mutilado de guerra, que se encogió de hombros con indiferencia cuando yo le pregunté:

—No le conozco. Ese debe ser de antes.

El tiempo pasa insensiblemente, cambian las cosas y cuando uno quiere darse cuenta se encuentra desplazado ya, convertido en algo «de antes».

Si asistía a representaciones de zarzuela, nunca dejaba de pasar revista a los partiquinos, entre los que veía a veces alguna cara conocida: Cardosa, Garallo, Inciarte... Estaban, quizá, un poco más ajados, pero en escena seguían siendo los mismos y continuaban repitiendo al unísono, detrás del barítono o la tiple: «Se quieren, se quieren, se quieren, se quierereeeen...» Así veían declinar su vida, sin gloria ni fortuna, sin variaciones... Ligados siempre a lo mismo y con la única ambición de no perderlo.

En ocasiones estuve tentado de ir a ver a cualquiera de ellos y preguntarle por Valentín. Pero me daba miedo saber algo decepcionante o triste, como ya me había ocurrido otras veces, y no lo hice.

Tiempo después hice un viaje a Salamanca y allí tuve un encuentro inesperado: don Atilano, el funcionario que había sido mi compañero de pensión en casa de Valentín. El hombre estaba derrotado, con trazas de no haberle ido bien las cosas.

Estuvimos charlando un rato, sentados en un café de la plaza Mayor. Me contó, lleno de amargura, que después de pasarse toda la vida, sirvien-

do al Estado le habían dejado cesante en su vejez, cuando apenas podía defenderse ya.

Se puso a contarme su caso, y aunque sus explicaciones estaban llenas de lagunas y reticencias dejaban ver que había hecho algunas tonterías que le costaron el cargo. Estaba yo escuchándole, sin poner en realidad mucha atención, cuando, de repente, le oí decir:

—¡El que también se va a alegrar de verle a usted será Valentín!

—¿Pero está aquí Valentín?

—Es verdad, que no se lo había dicho. Se ha convertido en un hombre de negocios y me ha dado un empleo. ¡Cualquiera iba a imaginarse en otros tiempos cómo iban a presentarse las cosas!

Fuimos inmediatamente en busca de Valentín, que continuaba siendo el hombre bonachón, jovial y optimista que yo conocía. Físicamente tampoco estaba cambiado y apenas si se notaba el paso de los años por su corpulenta humanidad.

—Hay que andar con los tiempos—me decía—. Con la guerra, el teatro se puso que no había por dónde cogerlo, y luego, que tenía que hacer hombres a los chicos. Así es que ya ves: borrrón y cuenta nueva.

Había instalado en el Corriño, junto a la plaza Mayor, una agencia de negocios: gestiones oficiales, representaciones, seguros, ventas a comisión..., lo que saliese.

—Y esto pita, no te vayas a creer. Don Atilano lleva la oficina con uno de mis chicos, y el otro y yo recorreremos calles, cafés y dependencias oficiales atrapando clientes y haciendo gestiones...

Seguía tomando la vida por el lado bueno y era fácil advertir que, económicamente, se manejaba mejor que antes. Conocía a todo el mundo y en cualquier parte se le trataba con afectuosa deferencia.

—Y la meoncilla—le pregunté—, ¿qué es de ella? Su rostro se ensombreció.

—Se nos murió en Madrid, durante la guerra. Por más ilusión que hemos tenido siempre por una chica, no se nos ha podido lograr. Cosas de la vida. No le hables de ella a mi mujer.

Me llevó a comer a su casa y allí pude apreciar que continuaba ligado a Patrocinio por los mismos sólidos vínculos de antes. Ella vivía pendiente de su marido, admirándolo como hombre de negocios tanto, al menos, como antaño de cómico. Valentín no se infatuaba por aquella especie de culto y seguía mostrándose con ella solícito y cariñoso. Acostumbrado a vivir entre cosas y gentes desquiciadas, dar con aquella pareja que se mantenía unida e inmutable fué para mí como un descanso.

Entre unas y otras cosas, Cerdá me fué contando la historia de su vida de todos aquellos años. Había pasado en Madrid la guerra, y al terminar ésta se encontraron con una sorpresa: tenían una fortunita. El pueblo de Patrocinio, que había caído en zona nacional, se convirtió durante la contienda en importante nudo de comunicaciones y plaza de apoyo a la primera línea. En él asentaron su sede las representaciones de distintas unidades y allí descansaban los batallones o se agrupaban

los que iban a relevar. Con todo este insólito movimiento, el suegro de Cerdá hizo en poco tiempo grandes ganancias con su casino.

Días antes de acabarse la guerra pasó por el pueblo, a gran altura, un avión disperso. Llevaba una bomba de sobra y la soltó allí, sin tomarse mucha molestia en precisar la puntería. El artefacto cayó en las afueras y uno de sus cascotes alcanzó al padre de Patrocinio, que fué la única víctima. No había más herederos que la mujer de Valentín, y así le vino al matrimonio su fortuna.

Recordando, sin duda, nuestras antiguas discusiones, comentaba Valentín:

—Se miran las cosas y se da uno cuenta de lo tonto que es romperse la cabeza tratando de saber algo de esta vida. Fíjate bien la de cosas imprevisibles que tuvieron que ocurrir para que yo me encontrase de repente con dinero, sin comerlo ni beberlo. En fin, que decidí cambiar el rumbo. Como ya había vivido en Salamanca, conocía este ambiente, y por eso me vine aquí. Y estoy satisfecho.

Esto era cierto, pero no quería decir nada. Un hombre como Valentín puede encontrarse satisfecho en cualquier parte y sean las que sean sus circunstancias. Y a mí me había parecido observar que si aceptaba plácidamente su nueva condición burguesa carecía de aquel entusiasmo que le animaba antes, cuando no era más que un corista sin trabajo.

—De vez en cuando—le dije—veo en el teatro a alguno de tus antiguos compañeros.

—Así estaría yo de no ser por la casualidad: viviendo con estrecheces y sin ningún porvenir. Al principio se deja uno arrastrar por la vocación y luego ya no hay escapatoria. Te has hecho un maldito para siempre y te contentas con ir tirando. Pero todos tenemos derecho a sacar algo de esta vida, ¿no te parece?

Estuvimos charlando sobre sus antiguos recuerdos de cómico. Después nos quedamos silenciosos por un instante y, al cabo de un rato, murmuró Valentín:

—¡Qué vida aquélla!

Y, a pesar de todo cuanto había dicho antes, me pareció que su exclamación no estaba exenta de cierta nostalgia.

VII

He contado ya lo más interesante que sé de la vida de Valentín. Probablemente esta declaración defraudará a los que esperasen todavía de este relato algún giro inesperado o desenlace extraño que viniese a justificar el tiempo perdido ocupándose de sucesos y personas de tan poca monta. Pero ya advertí al principio que mi protagonista era un hombre anodino, sin relieve alguno.

En realidad, yo le tenía casi olvidado, y jamás se me había ocurrido que se pudiese escribir cosa alguna acerca de él. Pero hace unos días cambié de opinión con motivo de un vulgar episodio que, aunque aquí va a servir de final, fué, en realidad, el que me hizo concebir el propósito de escribir esta pequeña historia.

Había entrado yo en un teatro. La función era en homenaje a cierta tiple de renombre reciente.

Yo no la había visto nunca y me llevé una sorpresa cuando apareció en el escenario. Se trataba de aquella chica de la calle de las Pozas a quien Valentín daba lecciones. Seguía acreditando por medio de chillidos la fortaleza de sus pulmones y había aprendido bien los trucos del oficio. Si a esto se añade que poseía un físico llamativo, excusado es decir que el público no la regateaba sus aplausos.

Sin embargo, no retuvo mucho tiempo mi atención. Mientras ella cantaba fueron invadiendo el escenario los coristas, que se agruparon detrás de la tiple en dos compactas filas. Y entre ellos estaba Valentín.

No me llevé ninguna sorpresa. Contemplarlo allí era como ver una cosa en el sitio donde ha estado siempre, en el lugar preciso que debía ocupar.

Cerdá levantaba sus brazos a la par que los demás y su voz se confundía en el unísono del coro para repetir: «Lo ama, lo ama, lo ama, lo amaaaa...» Entonces venía el gorgorito de la tiple: «¡Siiiiiii...», y él quedaba a la expectativa, perdido en las filas anónimas. Después, entre el público y la cantante se estableció una cálida correspondencia de aplausos entusiastas y rendidos saludos, mientras los coristas se escurrían rápidamente por los laterales para no enturbiar con su presencia el éxito de la figura.

Desde mi viaje a Salamanca no había vuelto a ver a Valentín ni tampoco había sabido nada de él. Quizá se le hubiesen torcido los negocios. O acaso un día, viendo ya situados a sus hijos, cedió a la tentación de volver a su propia vida. «Al principio se deja uno arrastrar por la vocación, y después ya no hay escapatoria.»

No pensaba verlo ni preguntarle por qué estaba de nuevo allí. Fuese como fuese, era fácil apreciar que se hallaba otra vez en su centro. Me olvidé de la obra y fui siguiendo ávidamente todas las ramplonas pantomimas del corista. Las realizaba con la mejor buena fe, con el ingenuo entusiasmo de un principiante, poniendo toda su alma en aquellos adocenados gestos, repetidos millares de veces. Al final, se retiraba silenciosamente, para que otros recogiesen los aplausos. Nadie reparaba en él y, sin embargo, yo le veía agigantarse, cobrar ante mis ojos colosales proporciones.

Como todos los hombres, había sido tentado por el triunfo, la pasión, el placer. En alguna época pudo creer que la vida iba a ser pródiga con él. «Cuanto tú sueñes, yo te lo realizaré.» Le ponía delante las cosas, y cuando alargaba sus manos hacia algo, cuando lo tocaba ya, se lo arrebataba burlonamente y le decía: «No es para ti.»

Y el lo fué cediendo todo con un sonrisa, aceptó las cosas como eran y se dejó anular, mirando sin envidia a los que disfrutaban lo que él hubiese deseado. Pero tenía algo que era sólo suyo, y eso nada ni nadie podría arrebatárselo jamás.

Al terminar, subieron al escenario grandes ramos de flores, mientras el público aplaudía largamente. Perdido en mí mismo, me dejé ganar un instante por la ilusión de que todo aquello—flores y aclamaciones—era para él y aplaudí también con entusiasmo, puesto de pie entre la gente.





LA HORA DE

INDOCHINA SE HA CONVERTIDO EN SISTEMA DE LA ESTRATEGIA OCCIDENTAL

EL SUDESTE ASIÁTICO EN PELIGRO DE CAER EN MANOS COMUNISTAS

NO creo que nadie, por estas alturas de la pólvora, pueda desconocer la gravedad y la importancia de lo que ocurre en Indochina. Hay que pensar que, como era obligado, las circunstancias han terminado por revestir la guerra de Indochina de verdadero campo de batalla universal. Todavía están ahí, vibrando en el aire, las palabras del Presidente Eisenhower: «La pérdida de Indochina implicaría la terminación de la libertad en Asia». He aquí, pues, el grave problema. Abiertas las difíciles puertas de la conferencia de Ginebra, cerrados los discursos de primera hora, todo el mundo ausculta el ancho pecho de la selva indochina.

LA MISION DE FOSTER DULLES

Foster Dulles vino a Europa, en viaje relámpago y de vértigo, a dejar en la arena, como un toro negro, el gran aviso de la decisión norteamericana. Dijo «Le Figaro»: «Los Estados Unidos comienzan a apércibirse de que no es posible aceptar pasivamente el desarrollo de las operaciones y de la estrategia universal desde los planos que al Kremlin le convienen.»

Y quizá sea esa gran noticia del paso de carga de la política norteamericana el gran resumen de las últimas semanas. Por eso, el viaje de Foster Dulles, verdadero reactivo sobre la división de Europa, si no ha conseguido resolver las diferencias, alterar el conglomerado partidista, ha puesto en claro, al menos, los grandes problemas y su manera de atacarlos. Por otra parte, los supuestos de su actuación remiten a los siguientes puntos:

1. A señalar oficialmente la participación de la China comunista, con tropas y material de guerra, en Indochina.



El general Christian de Castries (izquierda), jefe de Dien Bien Fu, esa posición clave en la defensa del sudeste asiático; a quien acompaña el general Raymond S. Sneyd, jefe de las tropas francesas y vietnamitas en el norte de Indochina

2. A considerar Indochina como punto clave en la defensa de Asia.

3. Advertir a los países europeos del grave peligro de los momentos actuales.

Para resolver estos tres puntos principales de su memorándum a Europa, Foster Dulles venía dispuesto a conseguir que Francia e Inglaterra, al lado de Norteamérica, efectuaran una gran «advertencia» a China, de cuyo valor activo no cupiera duda alguna. Este principio de dureza sin consideraciones, de aspiración a coger el toro por los cuernos, no encontró el eco necesario ni en Inglaterra ni en Francia, por lo que Foster Dulles, sobre la marcha, restringió el plan inicial sobre dos puntos nuevos:

1. Conseguir la ratificación de la Comunidad Europea de Defensa.

2. Tratar de dar efectividad práctica y decisiva

LAS GRANDES DECISIONES



Los soldados vietnamitas y un paracaidista francés, se aprestan a defender una posición en el frente de Dien Bien Fu contra el asalto de las tropas rojas.

a la formación de un pacto del Sudeste asiático, que los países occidentales preferían a la fórmula gravísima de «advertencia» a China.

Para conseguir el primer punto, la definitiva ratificación de la Comunidad Europea de Defensa, el Presidente Eisenhower, en memorable discurso, dió toda clase de garantías a Europa sobre continuidad de la permanencia de las tropas norteamericanas y su participación directa e inmediata sobre cualquier frente en peligro. Pero solamente Inglaterra, hasta el momento presente, ha firmado la ratificación. Francia, la gran dividida, tampoco se ha decidido esta vez por la integración. Ni uno ni otro pacto pueden, por ello mismo, ofrecer garantías auténticas a la nación norteamericana.

LA IMPORTANCIA DE INDOCHINA SEGUN DEWEY

Entre las graves consecuencias que ha tenido la firme postura norteamericana en los momentos actuales, una de ellas, quizá la más sencilla, destaca de todas las demás: el hecho de haber sabido dar a Indochina, dentro de la estrategia clave, el puesto de honor. Hasta aquí, Indochina, comunista o no comunista, pertenecía a la nebulosa. Era una guerra, suscitada entre lo colonial y lo político, que no parecía tener una importancia decisiva. Por ello, precisamente por ello, merece destacarse que es Norteamérica quien la ha situado, tácitamente, en el gran sistema nervioso de la guerra total. Inesperadamente, pues, Indochina adquiere, dentro del cuadro de la estrategia, una categoría tan concreta que, hasta el momento presente, le había dado sólo el bloque comunista. «En realidad, ha dicho Dewey, tiene un valor capital para el mundo libre. Indochina, Tailandia y Birmania, con sus 62 millones de habitantes, producen un tercio del arroz del mundo, y sus fuertes de productos alimenticios y de materias primas son esenciales para la existencia del Japón. Si estos tres países, sigue diciendo Dewey, cayeran bajo la influencia comunista, sería imposible sustraer de este peligro a Malasia y al Indostán. Y todos estos países constituyen la piedra angular de la defensa norteamericana en el Pacífico. Y la Indochina es la piedra angular de estas piedras angulares.» Creo, por tanto, innecesario comentar las declara-

ciones anteriores. Cada palabra ratifica, en su dimensión total y sin preámbulos, lo que constituye hoy en día la más grave preocupación norteamericana. Por otra parte la idea de Dewey no es tampoco nueva, ya que, en su tiempo, constituyó también la medula de la experiencia del general Lattre. El general dió entonces los datos esenciales por los que es posible adivinar, en el gran cuadro de los acontecimientos dramáticos de este último mes, la perspectiva que sitúa Indochina dentro del gran panorama bélico. «Si Indochina cae, todo el Sudeste asiático será ocupado por los comunistas.» El general añadía: «Prosiguiendo hasta Rangún para establecer allí bases para los submarinos, obtendrían el control del Océano Indico. La ruta de las Indias sería cortada y el Japón se desfondaría falto de alimentos y de materias primas...»

Me parece obvio destacar la similitud en reflexión de dos personalidades tan distintas como Dewey y Lattre. Pero no hay duda que, las coincidencias de los dos hombres, preparados, ambos, por el poder y por la responsabilidad para establecer vaticinios, es rigurosamente idéntica a pesar del tiempo. Aunque también es cierto que las declaraciones del general De Lattre, verificadas hace años, no han tenido ocasión de recordarse



Soldados franceses y vietnamitas preparando sus defensas

hasta estos días, en los que Norteamérica, en un quíerese o no, las ha dado salvoconducto y sanción oficial. No es raro, por tanto, que Jacques Pasquier, un sí o no dolorido y asombrado, tuviera que decir el otro día en su periódico, en el tumulto de la Francia sin norte, estas graves palabras:

«Por qué es preciso que tengan que ser los norteamericanos los que vengan a explicarnos estas cosas?» Por eso, señor Jacques Pasquier, Dien Bien Fu no es otra cosa que la gran preparación artillera para el asalto de Ginebra. Y por eso, también, y en contestación a su misma pregunta, tienen que venir de fuera, de Norteamérica, a llamar en todas las puertas donde hay sordos. Pero ese es otro problema.

UNA BOMBA QUE SE LLAMA NIXON

Entre la triple dimensión de las bombas actuales, la triplete central de la bomba de hidrógeno, la bomba de cobalto y la bomba de nitrógeno, la bomba Nixon, o las declaraciones de Nixon, vicepresidente de los Estados Unidos, ha terminado por ser la de efectividad más inmediata. Y, por ello, la que ha dado mayores dolores de cabeza a los políticos de un lado y del otro del Atlántico.

La «explosión Nixon» ha sido motivada inmediatamente después de las declaraciones hechas por el vicepresidente a los principales redactores de la Prensa norteamericana, según las cuales «los soldados norteamericanos debieran ser enviados inmediatamente a Indochina en el caso que, por cualquier circunstancia, Francia se viera obligada a retirar sus tropas de Indochina». Como es natural, la emoción en América y, naturalmente, en el Congreso, ha sido extrema. El Presidente Eisenhower ha hecho declaraciones oficiales, señalando que ninguna medida se tomaría sin el conocimiento del Congreso. Aun así, a pesar de ello, la bomba está lanzada. La opinión pública norteamericana sabe que el momento es de gran riesgo y que ninguna actitud equívoca, de cabeza bajo el ala, cambiará el curso de los acontecimientos. Aun así resulta curioso contrastar en las altas personalidades políticas la repercusión de las declaraciones de Nixon. Al día siguiente de ser efectuadas, Foster Dulles rehusó hacer cualquier comentario sobre ellas. Una sola cosa dijo: «Que había estado retirado del mundo durante los tres días de Pascua.»

El hecho, sin embargo, permanece en toda su radical fuerza. Dos interrogantes se desprenden, fundamentalmente, de la aportación de Nixon a la gran controversia americana de intervención o no intervención. Una de ellas, la decisiva, es la de poder tomarse al pie de la letra las declaraciones y considerarlas desde el punto de vista de un ensayo general de preparación de la opinión pública. Otra, la segunda y última, es la general y profunda desconfianza hacia los planes franceses en aquellas tierras. La alusión hacia una paz por separado o a un abandono de sus obligaciones es sobradamente directo y sin ambages para Francia.

Posteriormente a las declaraciones de Nixon, Foster Dulles, en sus respuestas a los periodistas de Augusta, terminó por declarar: «Creo que es poco probable el envío de tropas norteamericanas a Indochina.» Pero este «poco probable», ¿qué dimensión exacta tiene?

«OPERACION INDOCHINA», EL TEMA DE LAS MANIOBRAS NAVALES DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EXTREMO ORIENTE

Mientras se inicia en Norteamérica, contra viento y marea, el programa de preparación de la opinión pública, en Japón, baluarte militar de las fuerzas de Estados Unidos en el Pacífico, el VIII ejército y la V flota aérea permanecen en estado de alerta. Desde hace unos días han comenzado unas grandes maniobras navales, cuyo tema central, cuyo dispositivo teórico y estratégico, funciona bajo el siguiente lema bélico: «Operaciones en Indochina durante la estación monzónica».

Se ha vuelto otra vez, dentro de la Armada y de la flota aérea, a las grandes operaciones espectaculares de 1950 frente a Corea. Uno de los ejercicios más extraordinarios, según los técnicos, ha sido el que se efectuó la víspera de Pascua. Siete grandes aviones enviaron por paracaídas un puente de aluminio de 158 metros de longitud, que fué montado, en el Sur del Japón y sobre las riberas del río Ura, en un tiempo récord por 160 paracaidistas.

A lo largo de las costas de Corea, en todas las rutas, pues, de nombre asiático, las fuerzas armadas de los Estados Unidos viven estos días la duermevela, mitad sueño mitad vigilia, de los días difíciles. En la región nordeste de Seúl se procede, igualmente, al montaje y la ejecución de una ola sucesiva y completa de ejercicios de desembarque, de cruce de ríos, de protección de tropas en combate.

La Aviación recibe con la mayor atención las relaciones técnicas de los «Tigres volantes», los famosos pilotos norteamericanos del general Chennault, que, con carácter voluntario, han intervenido en la mayor parte de las operaciones militares de Indochina y han de ser, como es lógico, la mejor y más perfecta fuente de información sobre las armas y procedimientos empleados por el Vietminh y las tropas chinas. Y, sobremanera, con respecto a la eficacia de la D. C. A. comunista, (defensa antiaérea), de la que se dice puede igualar la vieja y fabulosa D. C. A. alemana de los primeros días de Munich. Se vigila en el cielo, mientras tanto, el paso o la intervención eventual de los «Migs» soviéticos, que, según cable de Tokio, firmado por Raymout, marcaría la hora H. El momento de la puesta en marcha de centenares y centenares de hélices.

Se podría decir, por tanto, que la situación militar y política de los Estados Unidos es: «definida por una firme, inquebrantable decisión, que, a su vez, se concreta en una línea teórica, que va desde el globo sonda de Nixon a las declaraciones más optimistas de Foster Dulles en Augusta. Pero entre las dos posiciones, escasamente contradictorias, pueden haber las sagaces y despiertas palabras de Pertinax, enviado especial de Prensa francesa en Washington, que comenzaba su crónica del día 20 de la siguiente forma: «El discurso pronunciado por el vicepresidente Nixon ha sido aceptado por la opinión pública. Aceptado con resignación, pero aceptado.»

LA INDEPENDENCIA DEL VIETNAM, COMO FACTOR DECISIVO EN EL DESARROLLO DE LA POLITICA AMERICANA EN ASIA

Uno de los factores de mayor influencia en las corrientes de opinión pública norteamericana se caracteriza por una especie de «alergia» hacia todo lo que tenga que ver con aspectos o situaciones coloniales. Haría mal, quien leyere esto, en buscarle tres pies al gato y hacer conclusiones de tipo general sobre esta parte de la conducta política del pueblo americano e intentar extraer de ella algo más de lo que, con elemental sencillez, se intenta explicar. Es decir, que la sensibilidad contemporánea del norteamericano hacia los asuntos coloniales está revestida, psicológicamente, por un gesto de fulminante rechazo hacia esa situación histórica que se entiende por «mundo colonial». Es obvio decir que este despego puede olvidar la servidumbre y la grandeza de muchas maravillosas tradiciones coloniales.

Pero, de hecho, una verdadera impregnación norteamericana se dirige y funciona en ese sentido. Y lo es en tal modo que la corriente anticolonial ha terminado por ejercer una activa influencia en la política internacional de su nación, obligando a ésta, en muchas ocasiones, a romper el equilibrio político, la razón de Estado, por sentir siempre, en las espaldas, la presión popular. Por ello mismo, Mr. Dewey ha tenido que rechazar, con respecto a Indochina, una situación semejante. Así ha dicho a los norteamericanos: «Puede ser que nuestro pueblo piense que se trata de defender simplemente una posesión francesa y que, por tanto, no debe interesarnos. En realidad es un país de valor capital para el mundo libre.» O lo que es lo mismo: en el caso de Indochina los intereses universales, la propia seguridad de los Estados Unidos, obliga a estimar que la defensa del Imperio francés sale completamente de las preferencias o simpatías de la vida americana. Se trata de permanecer en Indochina cueste lo que cueste. Guste o disguste.

En este trance especialísimo y grave del mundo, y dadas las referencias anteriores, no cabe la menor duda que la proclamación de la independencia del Vietnam puede considerarse, en puro rigor, como una de las mejores armas que, estratégica y políticamente, se pueden presentar en estos días a la nación americana, para que considere el asunto indochino desde un punto de vista nuevo. Y este punto de vista, para qué negarlo, es el siguiente: de ahora en adelante, Norteamérica,

al defender Indochina, podrá presentar a su pueblo la carta política de su independencia. Y para mi gusto, de los acontecimientos de los últimos días, es éste el que adquiere mayor importancia. Y ello, vuelvo a decirlo, porque da ocasión, a la inquebrantable posición norteamericana de días pasados, de tener a su lado un ancho soporte moral.

EL PUENTE AEREO NORTEAMERICANO ENTRE FRANCIA E INDOCHINA

A estas horas, como un día no lejano se hiciera sobre el cielo de Berlín, un puente aéreo ha sido organizado por la Aviación americana entre el campo de aviación de Orly y la selva indochina. El día 22, nada más iniciarse, 820 paracaidistas franceses han abandonado Francia a bordo de los «Douglas C-124 Globemaster», del «Tactical Air Command», sujeto al control de la 32 división aérea en Europa, y que han partido desde Orly, sin dárlo importancia, para la gran travesía de las 8.500 millas hasta Indochina.

Un comunicado oficial de la Aviación americana en Europa, transmitido por la Agencia United Press, declaró: «Este puente aéreo, conforme a la política americana actual y a los programas de asistencia militar, ha sido montado a solicitud del Gobierno francés. A su llegada a Indochina, los aparatos de la Aviación norteamericana aterrizarán en campos de aviación fuera de las zonas de combate. Después de ser efectuado el servicio, los «Globemaster» volverán a sus bases de los Estados Unidos.»

Estos son, pues, en líneas generales, los supuestos generales de la batalla. Una pregunta se desprende, sin embargo, inmediatamente después de la puesta en marcha de esta participación norteamericana: ¿Puede dar motivo a una extensión del conflicto? No, según el Gobierno de Francia. Y ello así porque la operación actual no quebranta ninguna neutralidad, ya que la guerra de Indochina, según el punto de vista francés, es una simple operación de policía y no tiene ningún carácter internacional.

Mientras tanto, en Inglaterra, mister Eden presenta a la opinión pública una solución al conflicto de Indochina, que, más que arreglo, parece olvido de las premisas por las que se combate. Vuelve el señor Eden a presentar como resumen de sus ideas un plan favorable a la división de Indochina en dos zonas. La zona Norte, comunista, y la zona Sur, vietnamita. O lo que es lo mismo: repetición en Indochina del amargo negocio coreano. Vuelta otra vez al gran peligro de tener cargado, y reconocido oficialmente, el gran barril de la pólvora. Y todo esto, en Dien Bien Fu, cuando los kilómetros cuadrados de la tierra con banderas francesas y el perimetro de la plaza fuerte se reduce hora a hora.

EL ESCENARIO INDOCHINO

Indochina, igual que la India, posee un clima caracterizado por los monzones. Los monzones son unos vientos definitivos: en verano, el monzón lluvioso sopla, como un gigantesco ventilador, del mar. Mientras que en el invierno, el monzón seco, el monzón duro, viene del Asia interior. En general, cita que no se puede olvidar desde el punto de vista estratégico y táctico, el clima es ecuatorial. Sin embargo, a pesar de ello, Hanoi registra perfectamente la transición del invierno. Su temperatura, la temperatura de la capital de Tonkin, ciudad a unos 300 kilómetros de Dien Bien Fu, no suele bajar más allá de los 17° ni subir, tampoco, de los 29°. En Hanoi, sigamos con el Tonkin, que es cruce militar, rumbo donde la cruz francesa en-



Dos paracaidistas franceses asaltan una posición comunista. Derecha: Puesto central de socorro, donde se aglomera un gran número de heridos en el reducto de Dien Bien Fu

tierra sus soldados, la lluvia (lluvia sobre capotes y fusiles) suele alcanzar una media anual de 1.687,5 milímetros.

Los pueblos autóctonos (moi) viven en lo profundo y más alejado de las montañas. Y desde el punto de vista de la invasión, del examen de las tribus secularmente dominadoras, los conquistadores vienen siempre del Septentrion, de la India o de China.

Políticamente, Indochina, la Indochina francesa (703.000 kilómetros cuadrados y 16 millones de habitantes), está conformada, administrativamente, por el Tonkin, capital Hanoi, y Cochinchina, capital Saigón. Unense a ellas tres protectorados: el reino de Camboya, el Imperio de Annam y el territorio del Laos. Existe, también, un pequeño territorio chino de 840 kilómetros cuadrados y 200.000 habitantes, que da fin, a vuelo de pájaro, el itinerario administrativo de Indochina.

Grandes ríos surcan la península. El Mekong, de 4.200 kilómetros de longitud total, forma un grandísimo delta en la zona meridional, mientras en el Norte, el Song-Koi o Río Rojo, vierte sus aguas en el golfo de Tonkin. Ambos ríos son de origen monzónico y poseen, por ello mismo, enormes diferencias de caudal de una estación a otra. Estas diferencias alcanzan los diez y doce metros. De la inundación al Manzanares.

Mientras tanto, como en la leyenda, el elefante y el búfalo, el carabao, el tigre y la pantera complementan una idea premiosa de su fauna. En la jungla, verdadero tinglado exuberante, el bambú y la palmera (la areca catechu de la ciencia) componen, con el plátano y el arrozal, el paisaje y el fondo natural para las tropas. Los elefantes, domesticados en Laos y Camboya, pueden cruzar con los soldados, las sendas de arcilla. Y cruzando los deltas, el río y el agua, levantando el arroz sobre el lodo turbio y ocre de la siembra, el búfalo es el animal para el trabajo. Sólo él conoce, a pesar de su vértigo y solemne dimensión de toro, el milenarior tormento de la yunta.

Este es, pues, el escenario.

¿PODIA ESPERARSE EL ATAQUE A DIEN BIEN FU?

Después de siete años y cinco meses de guerra en Indochina, «¿por qué (se preguntaba hace unos días el semanario francés «Samedi-Soir») esa minúscula localidad del país thai se ha convertido repentinamente en el centro nervioso del combate?». Tal situación, ¿podía esperarse?, preguntamos nosotros.

Un hecho parece inequívoco.



El mariscal Juin, quien ha sido relevado en sus funciones de consultante del Gobierno francés en asuntos militares

mente insoslayable: que sea el que sea el resultado de la batalla, en ello, quizá por primera vez, se ha puesto de manifiesto el empleo en masa del material bélico. Hemos hablado de la D. C. A. y tenemos que hablar ahora de las grandes piezas de artillería que las tropas chinas han ido empujando a la batalla. Un oficial francés ha proporcionado los siguientes datos: «El aspecto de Dien Bien Fu, visto desde el avión, es totalmente lunar. No existe una sola pulgada de terreno que no esté removida, bien sea por la instalación de trincheras, por los enormes cráteres de la aviación o por el tiro incesante de la artillería enemiga. Los preparativos de Giap, el jefe comunista, parecen haber terminado y estar dispuesto a comenzar el asalto de las últimas trincheras con efectivos poco más o menos idénticos a los que poseía cuando comenzara el primer ataque en la tarde del 13 de marzo.» Dentro de su lenguaje oficial, insertas en su parco dramatismo lacónico, las palabras del aviador francés reflejan exactamente la situación. Y algo más la desesperanza. Porque precisamente estos días se vive la gran polvareda levantada por el correspondiente de «Le Monde» en Hanoi, en un largo cable pasado sin censura, en el que se alude, ásperamente, a las deficiencias observadas, desde el punto de vista militar, en la defensa de la fortaleza.

Ese gran jarro de agua fría ha vuelto, por reacción, el problema a su cauce auténtico: la fortaleza está perdida. Ello ha motivado una gran ola crítica, que supera los aspectos heroicos y alcanza zonas amargas. Francia considera que los apoyos exteriores de la fortaleza no debieron perderse nunca. Con su pérdida, el heroísmo posterior es inútil y los escasos centenares de metros que quedan a los defensores, si continúa el ataque vietminh, están perdidos.

La controversia francesa, considerando ya perdido Dien Bien Fu, se preocupa ahora de establecer los «por qué» de tal situación. El general Navarre advirtió, en su día, que el escenario de la próxima gran batalla se daría en la fortaleza. Las razones que daba el general descansaban, entonces, en consideraciones puramente militares: «El asalto al delta tonkinés, después de los trabajos realizados por el general De Lattre, tiene muchos riesgos, mientras que el país thai, en el que se encuentra enclavada la fortaleza, es de más fácil acceso.» Las palabras del general Navarre, acerbamente recordadas hoy en Francia, dan testimonio de haberse supuesto con anticipación de años la batalla de nuestros días. La batalla de prestigio y de fuerza que se ha abierto, con minuciosa contabilidad del tiempo, para hacer coincidir la victoria con la apertura de la conferencia de Ginebra. Para ir a Suiza de acuerdo con el viejo lema de Lenin: llevando por delante los hechos consumados.

Lo que no se puede desconocer ni ocultar es la gravedad de una situación que, luego de afectar al mundo entero, terminará por acentuar la división de Francia. División cuya naturaleza íntima tiene aspectos tan extraordinarios y difíciles de entender para el alma española, como el de la cooperación efectiva que, con motivo del rechazo de la Comunidad Europea de Defensa, ha terminado por establecerse entre el comunismo francés y el partido del general De Gaulle. Unidad un sí o no amistosa, que pone en el mayor y más grave riesgo a Europa, puesto que deja indefensa y sin doctrina de combate a la nación francesa. Desilusión, por otra parte, que asalta a todo el pueblo, alimentado exclusivamente por los tópicos del peligro alemán, en los momentos en los que la naturaleza histórica de los acontecimientos que vivimos deja completamente atrás, casi ridículamente, el pequeño y viejo conflicto entre el pequeño país

alemán y el pequeño país francés. Que esta vez se trata, simplemente, de una revulsión total de la historia, que liquida las perspectivas y los horizontes, necesariamente estrechos, de la atmósfera de lo exclusivamente nacional, para penetrar en la jerarquía casi cósmica de dos mundos y dos maneras profundas y antitéticas de existencia. Todo lo que no contribuya a hacer claro y terminante este nuevo proceso histórico en el alma de Francia será tiempo perdido.

Desilusión, por otra parte, que alcanza a Norteamérica, que, al ostentar la capitanía, se encuentra con problemas casi inaccesibles.

LA POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR DE FRANCIA

Tres problemas capitalizan la atención de Francia: la guerra de Indochina, la ratificación de la Comunidad Europea de Defensa y el temor, en una nación dividida y abandonada a los bandos, a tener que tomar medidas que obliguen de una forma u otra. Temor que, naturalmente, tiene una causa lógica: la de sentirse incapacitada, dado el índice de las contradicciones nacionales, para enfrentar al Parlamento con los problemas fundamentales. Por eso mismo sólo el gran gong de las vacaciones pascuales salvó al Gobierno de plantear la ratificación del Ejército europeo, la Comunidad de Defensa, en los momentos en los que, Inglaterra, siempre reacia a los pactos con Europa, entregaba su firma.

Precisamente estos días, el ex presidente Auriol, y desde las columnas de «France-Soir» (luego de dedicar algunas frases tópicas y alevosas sobre España), ha vuelto a poner en marcha todo el mecanismo ideológico que mueve a los franceses. Después de afirmar que es verdad, efectivamente, que «la Comunidad Europea de Defensa es una criatura de Francia», el ex presidente Auriol termina diciendo: «Claro es que el proyecto primitivo presentado por Francia ha sido completamente transformado.» ¿A qué se refiere? Es muy sencillo. Según Auriol, la idea francesa era no permitir de ninguna manera «la creación de un Ministerio de la Guerra y de un Estado Mayor alemán, con lo que el peligro era más débil».

No cabe menos de mostrarse asombrado ante tal cúmulo de sinrazón histórica. ¿Cómo era posible que se hubiera mantenido por siempre a Alemania en una situación poco más o menos mercenaria en el conjunto del Ejército europeo, y, por ende, que toda una situación política se fraguara sobre esa impensable posibilidad? ¿Cómo nadie, que no sea naturalmente el señor Auriol, puede llamarse a engaño por una recuperación alemana, que han previsto hasta las personas más desfavorables al pueblo germánico?

Por otra parte, ¿qué significa, en medio de este vasto complejo de problemas terribles, esta miopía de la vida francesa? No creo que nadie pueda pensar otra cosa que ésta: la miopía francesa no es otra cosa que un colosal ademán pueblerino. Y ello así porque, mientras se discute la presencia de Alemania occidental con pleno derecho en el Ejército europeo, en la Alemania oriental están en situación militar, plenamente organizados y dirigidos, 125.000 hombres, cifra que, según el general francés Bethouart, alcanzará rápidamente, con los 90.000 hombres de la Policía Popular, el millón de soldados. He aquí, señor Auriol, una noticia que quizá deba llamar en las ventanas de su preocupación.

Mientras tanto, Norteamérica descompone las altas sumas cabalísticas de su ayuda a Indochina en las siguientes cifras: 800.000.000 (ayuda indirecta), 300.000.000 (ayuda directa), 21.315.000 de ayuda económica para reforzar la defensa, 3.315.000 de cooperación económica. Anchas cifras que alcanzan los mil y pico de millones. Datos que, como el cristal de roca, terminan cantando su mensaje concreto y definitivo. Que el número tiene también su entraña lírica.

Todo ello cuando Churchill, asistente impávido de la batalla entre los laboristas Atlee y Bevan, puede mandar a la fortaleza de Dien Bien Fu un telegrama de admiración, que parece arrojar sobre los soldados, más que un honor, la desesperanza de una carga nueva: la de saber que los planes del futuro se han echado sin ellos.

Enrique RUIZ GARCIA

Los combatientes heridos de Dien Bien Fu esperan el momento de ser evacuados



EL GRAN MADRID INAUGURACION DE UNOS GRANDES ALMACENES

MUY cerca de la Puerta del Sol —en Preciados, 5, concretamente—ha sido inaugurado el nuevo edificio de El Corte Inglés, con cuyo motivo celebróse un acto privado, al que asistieron muy relevantes personalidades.

Y como este hecho significa un indudable esfuerzo de los hombres que hoy dirigen los destinos de la entidad que nos ocupa, ya que con esta inauguración Madrid cuenta con unos Almacenes de excepcional categoría, hemos logrado una entrevista con el director de El Corte Inglés, don Ramón Areces, a quien preguntamos:

—¿En cuánto tiempo se construyó este magnífico edificio?

—Contando desde que se comenzó el derribo de la vieja casa, dieciocho meses justos, hasta lograr la nueva construcción totalmente acabada.

—¡Tiempo récord! ¿Cuántos metros cuadrados tiene ahora El Corte Inglés?

—Unos catorce mil, contando, claro está, las plantas-sótanos.

—¿Es el mayor edificio de Madrid, en esta especialidad?

—Posiblemente. Pero no he tenido la curiosidad de comprobarlo.

—¿Cuál es, a su juicio, la razón del rapidísimo crecimiento de El Corte Inglés?

—Se trata de un secreto... a voces. Todo negocio crece y prospera, cuando la eficiencia del mismo, logra un clima de absoluta confianza entre el negocio y el público comprador. Cuando se consigue esa confianza, todo resulta fácil. Y como detalle de curiosa estadística, le diré que El Corte Inglés abrió sus puertas en 1890 con seis empleados y hoy—entre comercio e industrias propias—pasan del millar las familias que aquí tienen trabajo... o también—este detalle es muy



elocuente—El Corte Inglés consumía hace años dos kilovatios al día, y hoy precisa más de cuatrocientos...

—¡No están mal las citas! Y ahora, una pregunta indiscreta. ¿Cómo resolverían ustedes esa necesidad de kilovatios en caso de restricciones?

—Pues con unos potentes grupos electrógenos que hemos instalado. La infraestructura de nuestro nuevo edificio es interesante. Por ejemplo, hemos instalado también una caldera gigante para el servicio contra incendios, instalación verdaderamente moderna y costosa. Cámara frigorífica para la creación de temperaturas frescas. Calderas de gas-oil para la calefacción. Transformadores eléctricos. Red de canales para la constante renovación de aire, etc., etc.

—Y, dígame: en la nueva construcción, ¿figuran departamentos nuevos, o sea con artículos que antes no vendían?

—Desde luego. Hemos instalado Perfumería, Bolsos, Bisutería, Zapatería para señora, Marroquinería, Artículos para viaje...

—Y en el aspecto, llamémosle social, ¿tiene usted algo que decir?

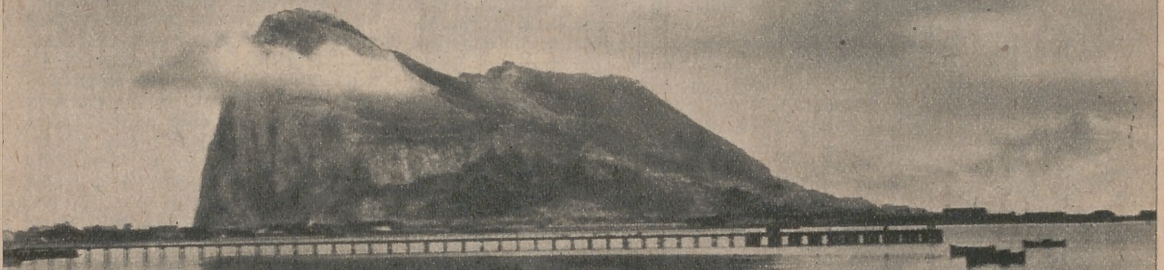
—Naturalmente. En el orden social hay un punto que creo interesante, toda vez que el viejo «hortera» ha desaparecido en la actualidad. Hoy el empleado de Comercio tiene una profesión bien definida, digna y perfectamente retribuida... En nuestra entidad, concretamente, un simple botones puede llegar—si su esfuerzo lo merece— a ser interesado en los beneficios del negocio, ya que ahora mismo tenemos más de cincuenta interesados, entre ellos varias señoritas...

Y con estas frases nos despedimos de don Ramón Areces, hombre de férrea voluntad, ponderado y de una envidiable vitalidad. Ramón Areces hace del trabajo un apostolado y él es diariamente el primero que llega y el último que sale del negocio que con tanto acierto como entusiasmo capitanea...



Traje en etamina de algodón amarillo y negro, formando grandes cuadros sobre fondo de lunares diminutos, y cinturón de charol negro. Creación Marbel

EL "ROCK" DEL NEGOCIO ES EL NEGOCIO



"HEMOS CONVERTIDO A GIBRALTAR EN REFUGIO DE CONTRABANDISTAS, VAGABUNDOS Y MALEANTES", HA CONFESADO EL INGLÉS FREDERIC HARRISON

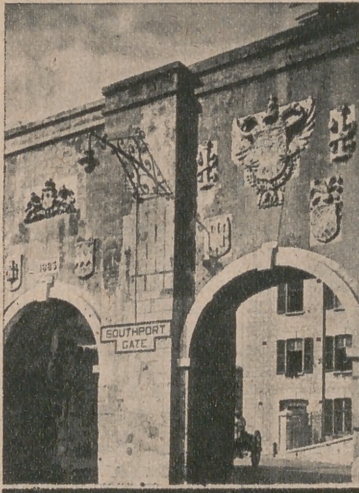
TRUENAN los cañones en el Estrecho y marchamos rumbo a ellos en barco de paz. Además de contra viento y marea, el «Virgen de Africa» avanza contra cañón injusto hacia la Península y frente a Gibraltar, donde se celebra una especie de tiro de pichón anti-aéreo en el que colaboran dos «hidros», que llevan a remolque, para el blanco a gran distancia, esos como calcetines de colores que en los aeródromos indican la dirección del viento y que las baterías anti-aéreas del Peñón intentan, sin resultado, deshinchar a fuego rápido en cada pasada.

Son irreproducibles los comentarios que oímos a proa del barco entre un grupo de gentes que había salido a contemplar los saltos de atún y de delfines, que rodeaban alegremente nuestro avance rápido. Aunque el espectáculo era interesante, no gustaba aquel cañoneo con fuego real y hasta puede que tuviera algo de peligroso por aquello de la gravedad y la caída de los cascotes.

EL PENON, BAJO EL PIE DE HERCULES

Vamos pasando mientras los del Peñón van tirando. Y ese pasar y tirar se acompaña en cubierta con frases ingeniosas del vasto repertorio del caso, y que van desde la expresión más popular y apta para legionarios hasta ese comentario de estrategia divulgada sobre el apuro que tendrían los cañones gibraltareños en el caso de que tuvieran que responder a un mismo tiempo al fuego que se les puede dirigir certeramente desde toda la rosa de los vientos, en la que iban a tener una ventaja natural las baterías del castillo de Hacho, en Ceuta; los emplazamientos en Sierra Bullones, los de las lomas de la bahía algecireña y los de Sierra Carbonera, entre las muchas mirillas de pieza artillera que permite el litoral africano y peninsular del Estrecho.

El Peñón impresiona mucho más visto de lejos que de cerca,



Viejos escudos españoles sobre la puerta de Carlos V, en Gibraltar

y hasta parece achicarse cuando, como en este caso, nos acercamos a él desde el mar y estamos a mitad de la gigantesca y legendaria zancada de Hércules, que con un pie en el monte Hacho y el otro en Calpe o Gibraltar abrió este paso marino, como un Lesseps de la mitología griega, que

en un solo golpe y en una sola acción hizo que ese paso de mar no haya precisado para abrirse tantas acciones como las que abrieron en canal a Suez o lograron en Panamá el escalonamiento de compuertas gigantes-cas.

«EL LUGAR DONDE SE CUELGA LA LLAVE»

Ingeniosa aquella observación de un pasajero que dijo que es muy español y taurino eso de pedir la llave. Se refería a la que durante tanto tiempo se llamó la «llave del Mediterráneo». Pero eso era antes, porque ahora, con la guerra moderna, la cerradura se ha abierto, como han llegado a reconocer hasta quienes detentan la fortaleza gibraltareña.

«Si con los medios modernos de guerra Gibraltar dejó de ser la llave del Mediterráneo, todavía es hoy el lugar donde se cuelga la llave.» Así quiere cierta prensa británica buscar un consuelo a lo que parece evidente hasta al más profano en estrategia: que la fortaleza gibraltareña, en esta época en que los cañones de gran alcance permiten un poderoso fuego y una puntería certera a las baterías apostadas a los dos lados del Estrecho, ha sido desvalorizada del importante poder



militar que tuvo durante tantos años.

NO ESTA EN CALPE EL PRESTIGIO DEL IMPERIO

Que la idea de esa pérdida de valor empieza a abrirse camino en algunos medios intelectuales de la Gran Bretaña nos lo prueban incluso las opiniones de persona tan autorizada como el profesor Henessy, de la Universidad de Londres, que en la «Contemporary Review» del pasado mes de marzo propone tres soluciones para el «caso de Gibraltar». La primera de esas soluciones es la de la devolución pura y simple, cosa que, según el profesor Henessy, no permite hoy el «prestigio del Imperio». La segunda de las fórmulas propuestas es la de la internacionalización al servicio de la defensa de Occidente. Y el tercer camino viable, según el profesor Henessy, es el del condominio entre España e Inglaterra, como en una especie de juicio salomónico en el que a la criatura se le reconocieran dos madres con derecho a amamantarla al alimón.

Ahora, con los modernísimos transbordadores («Victoria») y («Virgen de Africa»), la travesía se hace muy rápida y con cualquier tiempo en el mar. Y la maniobra de atraque es un recular que debe ajustarse perfectamente a la plataforma que va a permitir la salida normal de los automóviles.

En Algeciras, pasada la Aduana, tomamos uno de los barquitos que hacen la travesía de la bahía hacia La Línea de la Concepción. Ese tráfico está servido por empresas de transporte náutico alicantinas. El barquito que tomamos se llama «Santa Faz».

DEPOSITOS FLOTANTES EN LA BAHIA

Los diez kilómetros que en línea recta separan el puerto de Algeciras del embarcadero de La Línea de la Concepción son salvados por esas embarcaciones en tres cuartos de hora, y durante una buena parte de este tiempo atraviesan aguas internacionales, en las que, cerca del istmo que une Gibraltar con el resto de España, se encuentran anclados una serie de barcos mercantes que se utilizan como depósitos fijos para toda clase de mercancías, aunque en teoría se trate simplemente de barcos viejos que se utilizan como nodrizas para abastecer de carburantes líquidos o de carbón y para otras cosas bastante turbias. Es del dominio público que, pese a los grandes letreros de «Shell», son esos barcos, casi adosados a la costa española para «protegerse del Levante», los que favorecen el farruloso contrabando que se realiza, con demasiadas probabilidades nocturnas de impunidad, en contra del sistema arancelario español.

UN CONTRABANDO DE BUCANEROS

El socorrido argumento del «prestigio del Imperio», que, a falta de base jurídica, es el que se esgrime más ahora para retardar la devolución de la plaza a su soberanía legítima, está muy en contradicción con ese contrabando de bucaneros que se realiza desde el «Rock», y que dice bien

poco en favor del «prestigio del Imperio».

«Gibraltar City» es un tema que está poco tratado, o que, por lo menos, no lo ha sido todavía con el estudio a fondo que merece la actividad del contrabando de mercancías que desde aquella plaza se realiza. Se han hecho muchos estudios de carácter histórico sobre la razón española en el «caso de Gibraltar» y ha sido tratada muy bien la cuestión desde el punto de vista del Derecho internacional, pero no existe, o por lo menos nosotros no lo conocemos, un riguroso tratado sobre este otro aspecto.

AGUA TURBIA DE MUCHAS BANDERAS

En esas «aguas internacionales» de la bahía de Algeciras vimos, al cruzarlas, a un barco soviético, entre otros varios de distintas banderas. Dicen que siempre que se celebran maniobras navales de la N. A. T. O. suele haber barco ruso en Gibraltar. Unas veces son bacaladeros, y otras, sencillas naves de carga que entran o salen del Mediterráneo, pero lo que siempre ocurre es que, en días de maniobra para preparar la defensa de Occidente, hay una o varias naves soviéticas en las «aguas internacionales» de la bahía de Algeciras.

Lo que en origen fué una serie de barracones, un tanto desordenadamente contruidos por los obreros españoles del Peñón, es ahora todo un pueblo. Como las «ciudades hongos» de América, ese pueblo de La Línea se ha formado con gentes llegadas de todas las procedencias, y hace aun pocos años era bastante raro encontrar allí verdaderos linenses.

En el Viceconsulado británico de La Línea pedimos autorización para entrar en Gibraltar, pero se nos dijo que teníamos que esperar veinticuatro horas hasta que se nos diera la respuesta, positiva o negativa, del visado de entrada. En las medidas de excepción han sido incluidos, desde hace muchos días, hasta los países de trabajadores, que debieron ser renovados; lo cual ha servido para realizar una paciente y absolutamente insultante discriminación.

Al llenar la hoja de solicitud, pensamos poner, como objeto de la visita, algo así como «puntos sobre las íes», pero nos pareció poco explícito y hasta inconveniente solicitar de esta manera el visado de entrada. Después de veintiséis horas de espera en La Línea de la Concepción, llegó finalmente al Viceconsulado británico nuestro permiso de entrada (precio, catorce pesetas). Dimos gracias a San Jorge por haber salido aprobados del cuidadoso examen a que seguramente fué sometida nuestra pequeña personalidad.

A pie, y con buen sol andaluz, atravesamos el llamado «terreno neutral», actualmente fortificado, con defensas antitanques, por España.

SERIEDAD DE UN CENTINELA DE SIMBOLO

En nuestras correrías periodísticas hemos estado en distintas soberanías y campos de situación excepcional, pero jamás habíamos pisado tierra teóricamente «neu-

tra» y como indefinida. Las tierras neutras, como los seres que no son ni una cosa ni otra, no tienen mucha gracia y no saben ni a carne ni a pescado. Pero junto a la Aduana británica veíamos también la bandera española y a un centinela nuestro con una impresionante rigidez de estatua. Serio aquel soldado, y como de bronce, bajo la mole impresionante del Peñón. Sin pestañear, pese a que le daba el sol en plena cara. No comprobamos si realmente estaba vivo, si era una estatua o bien un espejismo de la Historia bajo aquel sol casi africano. Un espejismo histórico capaz de poner en uniforme de hoy una guardia que empezó va a hacer dos siglos y medio.

Dicen que algunas noches se oyen extraños gritos por ese lugar, casi al pie de la Roca. Que si son almas en pena o espíritus de los soldados españoles muertos en los asaltos a Gibraltar. Puede que esté también entre esos fantasmas el espíritu heroico de Cadalso y las guerrillas que llegaron a esconderse, guiadas por un pastor, en la cueva de San Miguel. No son los chillidos de los monos en las noches excitadas, sino algo terrorífico y capaz de que alguna vieja se desvele para el nervioso rociar de agua bendita.

«LLEVA USTED ARMAS DE FUEGO?»

«Llevo usted armas de fuego?», nos preguntó, en la Aduana británica, con acento andaluz, un policía de uniforme londinense.

Pasados los trámites aduaneros nos adentramos en la plaza gibraltareña. La carretera atraviesa la pista de aterrizaje del aeródromo que, pese al terreno que ganó al mar, resulta demasiado corta para los aviones de propulsión a chorro. Es una pista a dos vientos solamente, algo más larga que la de un portaaviones y que, por cruzarse perpendicularmente con la carretera, obliga a que, cada vez que un avión va a tomar tierra, tenga que cerrarse, con barras de paso a nivel, el acceso terrestre a Gibraltar.

No se necesita ser un genio en estrategia para comprender que, en caso de un conflicto armado con España, quedaría rápidamente inutilizable este aeródromo.

Una serie de hangares y grandes naves están en la zona próxima a la pista. También hay una cruz a los caídos del Imperio en un pequeño «parterre»; establecimientos militares y unas cuantas barracas de aluminio pintadas de amarillo que sirven de viviendas para familias trabajadoras. Este tipo de viviendas en túnel se repite después en varios lugares del apretado espacio gibraltareño.

PSICOSIS DE DEFENSA

Además hay por allí una amplia zanja de aguas negras. Un letrero advierte: «Esta agua no es potable y tampoco es buena para bañarse.»

En Gibraltar hay muchos letreros que parecen deberse a una psicosis especial de plaza ocupada sin razón. Son inscripciones de miedo en su mayoría: «Atención, perros policías patrullan por esta zona.» «Propiedad de la Corona. Quien penetre en este recinto será perseguido.» O estos

otros: «Prohibido tirar fotografías y trazar croquis.» O bien éste: «Establecimientos militares. Propiedad del Almirantazgo. No se permite la entrada sin pase especial.» Es como una neurosis de defensa. Hasta el emplazamiento de las baterías está señalado con grandes letreros, y lo mismo ocurre con los fortines y bastiones.

«Prohibido», «prohibido», «prohibido...», la psicosis de plaza a la defensiva se extiende por todo el espacio sobrecargado de bastiones, fuertes, alambradas, y troneras, que en un caso decisivo, sin embargo, hoy no significan algo completamente infranqueable.

«King's bastión», «Windsor battery», «Jumber's bastión», etcétera, como un martilleo bélico de grandes letreros pintados de azul sobre el gris de la piedra.

No es extraño que se produzca la neurastenia, con las callejas estrechas en escalada a la falda rocosa y tantas inscripciones de carácter bélico. Se explica perfectamente que estos sus moradores sin derecho sientan las necesidad de salir tan amenudo de esa lengua de tierra y roca, que no llega a tener los cinco kilómetros cuadrados.

LAS FABRICAS DE PICADURA

Toda la población de Gibraltar se encuentra edificada al pie y la falda del Peñón del lado de la bahía de Algeciras. Por Levante el «Rock» está cortado casi a pico, a causa de lo cual no ha podido edificarse, por aquel lado, en la falda. Sólo hay allí el pequeño poblado típico de la Caleta, en la playa Catalán; un tostadero de café y las célebres fábricas de tabaco elaborado, que siempre es de picadura negra, al gusto de los españoles, a los que se dirige ese negocio. No vamos aquí a citar una por una las diversas marcas y etiquetas del tabaco gibraltareño, que ya conocerán muchos de nuestros lectores. No queremos hacerles propaganda. Si quieren que les citemos, que paguen el anuncio a tanto la línea. «Business is business», el negocio es el negocio.

El casco urbano de «Gib» está formado por la calle Real, que es la de más actividad y comercio, y por una serie de travesías en rampa y escalera. En la calle Real está la verdadera «Gibraltar City», con sus comercios indios, hebreos, griegos, maltenses, chipriotas, «llanitos» y moros. Fuera de la calle Real y otras pequeñas callejas, casi todo lo demás son bastiones, «casemates» y «barraks». Pero está también el «Rock Hotel», el «Royal Yacht Club» y el Palacio del Gobernador, la catedral protestante y la catedral católica, y sobre todo, ese pequeño pulmón que, a la neurosis gibraltareña, supone el parque de la Alameda, tan andaluz y florido por el sol español que brilla sobre el «Rock».

EL ESPAÑOL CECEANTE DE «GIB»

La peseta es admitida, en general, en las tiendas de «Gibraltar City» sean éstas de dueño indio, judío, maltés, chipriota, inglés o «llanito». Y lo mismo que ocurre con nuestra moneda pasa con la lengua española, que



Los reflectores del Peñón iluminan la bahía de Algeciras

es también de circulación corriente en «Gib». La lengua española, esencialmente colonizadora, es aprendida en Gibraltar hasta por los funcionarios nacidos en la metrópoli británica, que la aprenden allí con el hablar ceceante, tal como marcan los cánones de la Bética.

Una escalera de piedrecitas de colores está a punto de ser inaugurada en el parque de la Alameda, y unos arbolitos se disponen a ser plantados en ese lugar, que es, quizá, el único un poco plácido y sedante de que dispone la plaza fuerte. Ese parque divide en dos el pequeño, irregular y accidentado casco de la población gibraltareña.

En cuanto al Peñón, su forma se alegra algo con el verde de los matorrales y bosque bajo en el que crean por un lado calvas de rocal, y por el otro, las de los asfaltados para la recogida de aguas de lluvia.

LOS SIMIOS BERBERIS-COS DEL ROCAL

En aquellos matorrales se crían algunas perdices y pichones, y en la parte más alta del «Rock» se guardan, poco menos que embalsamados, algunos ejemplares de monos de raza berberisca, cuyo número, pese a todos los cuidados, es cada día menor.

Los monos de Gibraltar, los cacareados simios del «Rock», están, según todos los indicios, en trance de extinguirse, influidos también por el aburrimiento general del ambiente. No queremos insistir aquí en la conocida leyenda que dice que cuando muera en el Peñón el último mono será el momento en que va a ser pacíficamente reparada una injusticia histórica.

Sentados en el parque de la Alameda pensamos en todas estas cosas. Se nos acerca uno de esos trabajadores españoles que laboran diariamente en Gibralt-

tar. No queremos preguntarle si su salario corresponde a lo que señala la reglamentación laboral inglesa. Ya es cosa sabida que hay una graduación que desciende desde el inglés residente en Gibraltar, el «llanito» y el trabajador español en la plaza en el aspecto de sueldos. Debe ser cosa también del «prestigio del Imperio» ese escalonamiento en los salarios.

A uno de esos españoles que van y vienen diariamente de Gibraltar le preguntamos sobre qué motivo le parecía el más fuerte para que la plaza no sea devuelta a España y nos contestó rápido: «La cabezonería». Esto podría interpretarse como una traducción popular del repetido argumento del «prestigio del Imperio», que no tiene validez alguna. El motivo más fuerte es el de que, aunque la plaza cuesta muchos millones al tesoro británico, también tiene importantes beneficios por aduanas, y, sobre todo, por el contrabando de bucaneros que se realiza desde ese «Rock», sobre el que estamos seguros que no es cierta la versión que dice que sus galerías están llenas de bacalao seco, tabaco negro, sacos de café y otros artículos..., destinados al contrabando.

«CONTRABANDISTAS, GITANOS, VAGABUNDOS...» DICE UN INGLÉS

Los reflectores, de el Peñón se apagan cuidadosamente al paso de las lanchas. Esas embarcaciones que se acercan a los barcos, fijos y bien anclados en la bahía algecireña y tan cerca de la costa española.

Un inglés, Frederic Harrison, en la «Positivist Review», ha confesado lo siguiente: «Durante más de doscientos años que ocupamos esta ciudad (se refiere a Gibraltar), la hemos convertido en refugio de contrabandistas, gi-



El costado Este del Peñón, con los aljibes para la recogida de agua de lluvia

tanos, vagabundos, maleantes de toda especie y conspiradores españoles: Una verdadera «sentina gentium».

Pero aun se quedó corto el inglés Frederic Harrison en su magnífica sinceridad. El contrabando que se realiza desde «Gib» constituye un formidable negocio, cuyos procedimientos dicen bien poco en favor del «prestigio del Imperio».

Con órdenes de pago desde Gibraltar un establecimiento indio puede hacer transferencias de dinero sumamente fáciles a sus sucursales de Tánger, y, a su vez, aquellos establecimientos pueden transferirlo a Gibraltar para el fácil y organizado contrabando contra España.

ESCONDRIJOS DE PATA DE PALO

Además de todos los argumentos sobre el derecho moral, sobre los títulos jurídicos que tiene España para la reclamación de esa plaza, está el de la «sentina gentium» que la convierte en una ciudad babilónica, de predominante hablar andaluz, en la que se aprieta entre el mar y las rocas, una extrema mezcla de gente de la más diversa procedencia.

Cuando la antigua población española de Gibraltar decidió trasladarse a San Roque aquellas casas se llenaron de varios centenares de genoveses que empearían una tradición «comercial» que luego iban a reforzar hebreos, chipriotas, malteses, indios, moros...

Como una isla de los galápagos de la leyendaria piratería, la roca de Gibraltar ha sido agujereada en escondrijos de pata de palo. Como un fruto que se agusana, los túneles del Peñón atravesaron al «Rock» de extremo a extremo. Túneles hechos a fuerza de brazos españoles; con el esfuerzo de millares de trabajadores sudorosos, que se fatigan en la oscuridad como extraños mineros de la nada. Canteros sin sol. Cadena de extraños galeotes.

LA DOLOROSA PUERTA DE CARLOS V

Cuanto que hace unos meses aparecieron inscripciones y vitores a España en el mismo corazón del «Rock» y que ello na motivado la expulsión de algunos trabajadores españoles de los que se sospechó pudieran ser autores de tales escritos patrióticos.

En la puerta de Carlos V, esa dolorosa puerta también llamada del Sur, hay un águila bicéfala. Esos sillares de la puerta y la muralla imperial que hiciera construir en Gibraltar Carlos I de España y V de Alemania tienen el consuelo de la presencia diaria de más de doce mil trabajadores españoles. Obreros de los túneles, descargadores del puerto, trabajadores de la factoría, porteadores de los «docks» o del dique flotante... Los trabajos más pesados, las labores más ingratas son desempeñados por españoles a los que, al terminar la jornada, se les obliga a abandonar la plaza, como un gigantesco residuo humano de la jornada, como un peso muerto que, al llegar la noche, se echa por la borda.

MIENTRAS CAEN LOS RASTRILLOS

Y así quedan en el aburridísimo Gibraltar nocturno, pese algún que otro cabaret de música andaluza, solos los chipriotas, los judíos, los malteses, los indios, los funcionarios, los soldados masculinos y femeninos, los policías, los motoristas, esos frenéticos motoristas de Gibraltar que recorren en las carreteras empinadas casi en ejercicios del «muro de la muerte». Mientras caen los rastrillos y se relevan las guardias, la gran quilla invertida del Peñón vela a la sombra o se abre en abanico de reflectores inquisitivos que pasarán de largo si dan con una lancha de uno de esos Drakes de bahía; piratillas de cabotaje y litoral que realizan operaciones nocturnas de contrabando.

LA PRETENDIDA «POLÍTICA DE BUENA VECINDAD»

Y mientras esto ocurre leemos una nota de la Embajada británica en Montevideo en la que el secretario de Embajada, N. E. Cox contesta en la Prensa a una formidable polémica organizada en aquella ciudad a propósito de la cuestión de Gibraltar. Termina así la referida nota: «Gibraltar siempre ha tratado de practicar una política de buena vecindad y amistad hacia España y no hay zona de mayor simpatía por Inglaterra en ese país que la circunvecina del Peñón».

Si se llama política de buena vecindad a la elaboración de picadura para la pipa de la paz, estamos plenamente conformes con lo expuesto por mister Cox, pero no deja de ser sintomático que todas las factorías tabacaleras de Gibraltar sean de tabaco negro, que es el preferido por el pueblo español más numeroso, y que no haya en «Gib» ningún sedadero ni establecimiento de elaboración de té, sino que se tuesta y torrefacta el café, que tiene mucha más salida en España, donde la manía estranjizante, que padecemos en tiempos, no llegó a llevarnos hasta la popularización del té de las cinco.

«POR RAZONES DE COMERCIO»

La polémica de Montevideo fué motivada por un artículo publicado en «El Día» de aquella capital, y en el que se dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Hace dos siglos y medio, a cuenta de si había de reinar sobre ellos el duque de Anjou, francés, y el archiduque Carlos, austriaco, los españoles se despedazaron, azuzados desde fuera como otras veces...; la Escuadra angloholandesa, que apoyaba al archiduque, atacó a Gibraltar. Las fuerzas atacantes superaban en número a las defensoras... Los ingleses se apoderaron de Gibraltar y, viendo que su apadrinado no triunfaba, quedaron con el Peñón. A partir de entonces, fracasadas varias tentativas militares para expulsarlos, siguen allí, ofendiendo el orgullo de todo español.»

Contestando al artículo publicado en «El Día», el secretario

de la Embajada británica en el Uruguay dice, entre otras cosas, lo siguiente: «La población civil de Gibraltar ha ido formando su modalidad particular al curso de dos siglos y medio de historia, que no se pueden descontar. Debe su origen a un grupo de genoveses que aceptó la oferta del primer gobernador británico de establecerse en el Peñón para comerciar libremente bajo el pabellón inglés; agregáronse a él ingleses, irlandeses y escoceses que, por razones de comercio, o de servicio en las fuerzas armadas, llegaron a esas partes, así como también portugueses, malteses, hebreos, sefarditas y aun moros e indios.»

En eso sí que coincidimos con mister Cox; en que Gibraltar es un revoltijo de gentes de muy distinta procedencia llegadas allí «por razones de comercio», ya que en aquella plaza se puede «comerciar libremente bajo el pabellón británico».

CONTRA LA UNIDAD EUROPEA

En el asunto de Gibraltar coinciden todos los españoles. En una reunión masónica celebrada en París se han presentado unos compatriotas nuestros, allí residentes y fieles al mandil, pero que sorprendieron al rito escocés con unas insignias niqueladas que decían: «Gibraltar, español».

La polémica de Montevideo motivó cuatro cartas de la Embajada británica y numerosos artículos en diversos periódicos, en los que se demostró, una vez más, el amor y comprensión de Hispanoamérica para con los problemas españoles, que fácilmente se hace también propios.

Son muchos los periódicos americanos y europeos que coinciden en la apreciación de que el Estado actual en Gibraltar no favorece nada a la unidad europea, y hasta alguno señala que la reparación histórica necesaria no es incompatible con un «prestigio del Imperio», que, después de tanta tierra cedida en pocos años, Irlanda del Sur, la India, Palestina, los intereses petrolíferos del Irán..., no le va a representar mucho una extensión superficial que no llega a los cinco kilómetros cuadrados, que es totalmente improductiva, en la que ni siquiera existe un solo manantial de agua potable, y que es roca en su mayor parte.

Si nos gustaran los malabarismos de la mente y las piruetas del espíritu nos remitiríamos a la doctrina de Monroe para pedir que la Península fuera para los peninsulares.

Treinta millones de españoles tienen toda la razón en sentir como una ofensa el que, tan avanzado el siglo XX, tengamos en nuestro propio suelo un establecimiento residual del viejo colonialismo.

Y dicho todo esto, como se acerca la hora del cierre diario de la frontera, con una multitud de trabajadores de «mono» y fiambarrera, nos acercamos a la Aduana, porque no es cosa de descuidarse y dar con los huesos varios meses en un castillo militar.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA SELVA DE CEMENTO

(CLARIDAD Y SOMBRAS DE LOS ESTADOS UNIDOS)

Por Joaquim PAÇO D'ARCOS

LA UNIVERSIDAD
CATOLICA DE
WASHINGTON

LA Universidad católica de Washington, fundada en 1887, tiene cerca de cuatro mil alumnos, mil de los cuales viven en los edificios que componen la Ciudad Universitaria. Posee un terreno muy vasto, poblado de bellos edificios, a cuyo conjunto no le falta un estadio para decenas de miles de espectadores. El director del Archivo de la Universidad, P. Henri Browne, nos enseña, entre otros documentos, cartas de Franklin Roosevelt a sacerdotes católicos que tuvieron con él correspondencia. A pesar de la falta de sentido de las realidades europeas y mundiales que caracterizó la última fase de la Administración de Roosevelt, falta de la que le acusan sus compatriotas y de la que todos sufrimos las consecuencias, su figura se yergue, sin embargo, en la historia de este pueblo con una grandeza y una aureola de respeto sólo rebasadas en los últimos cien años por la devoción que se siente por la figura de Lincoln. Y lo curioso es que en el torbellino de esta vida vertiginosa sus colaboradores, vivos o muertos, se ven casi olvidados. Sólo una indiferencia total ha acogido mis preguntas sobre la personalidad y la acción de Harry Hopkins, que fue durante la época de Roosevelt el segundo personaje de este país. Y el pobre La Guardia, tan popular en su tiempo, el gordo alcalde de Nueva York que tuvo al final de la guerra la ambición de ser movlizado en el puesto de general para ejercer en Italia, patria de sus padres, un virreinato americano; el gordo La Guardia se conserva más vivo en mi memoria que en la de esta gente, para la que los muertos pasan más de prisa que los veloces automóviles por las «highways».

LA LUCHA DE LOS NEGROS POR SU ELEVACION

El automóvil nos conduce en la mañana lluviosa, en la que las calles de los barrios negros están encharcadas, a la Escuela Superior Booker de Washington, institución dedicada exclusivamente a la enseñanza de negros. No nos acompaña ningún blanco de Atlanta. No sería propio que un blanco nos acompañase a la Escuela de los negros. No nos conduce ningún negro de Atlanta. No le estaría permitido a un negro ir en pie de igualdad a buscarnos al hotel. Y el portero no le dejaría entrar.

Los dirigentes de la Escuela se muestran sor-

Joaquim Paço D'Arcos es un periodista portugués que visitó los Estados Unidos en tiempos de la Administración de Truman. En su libro nos cuenta, siguiendo el orden de su itinerario, las impresiones de su viaje. Se trata de un magnífico cuadro impresionista hecho de pinceladas valientes y decididas. Por necesidades de espacio resulta imposible resumir tanto comentario agudo y sabroso. Damos a continuación cuenta de algunas de estas impresiones breves; pero para que no se tenga la falsa impresión de una superficialidad, que es pecado en el que no cae Joaquim Paço D'Arcos, en nuestro resumen nos extendemos algo más—como muestra—en el acertado estudio que hace del cine norteamericano. Igual podríamos haber elegido cualquiera otro de los grandes temas de la actualidad permanente americana, ya que todos ellos están tratados con profundidad y maestría.

«A FLORESTA DE CIMENTO (Claridade e sombras dos Estados Unidos)».—Por Joaquim Paço d'Arcos.—Editado por Guimarães, Lisboa, diciembre 1933.—442 págs.

En los Estados Unidos hay ya sesenta mil negros en posesión de altos grados universitarios. El señor Cornell, con su expresión mansa y bondadosa, procura imbuirnos la idea de todo lo que sus estudiantes serían capaces de hacer, de todo lo que puede hacer su raza si la dejan elevarse como merece y como pretende.

Grandes carteles tratan de imbuir a los estudiantes negros el espíritu de aseo que en realidad todavía les falta.

«Nuestro objetivo es tener limpios el corazón, el hogar, la escuela, la comunidad y la ciudad.»

HOLLYWOOD

Hay que destruir la idea que traemos del Viejo Mundo sobre la disolución de costumbres en Hollywood. Esa fama de la tierra y de las gentes del cine es profundamente injusta. Lo que constituye la vida de Hollywood, sin que se puedan olvidar otros

LEA Y VEA TODOS
LOS SABADOS
EL ESPAÑOL

JOAQUIM PAÇO D'ARCOS

A FLORESTA DE CIMENTO

CLARIDADE E SOMBRAS
DOS ESTADOS UNIDOS



GUIMARÃES EDITORES

prendidos y halagados por la visita de extranjeros curiosos. Todos son negros, aunque el epíteto de negro se aplica implacablemente en los Estados a gente casi blanca por cuyas venas circula todavía un porcentaje pequeño de sangre oscura.

El gran caserón de la Escuela alberga a dos mil ochocientos alumnos, a los que dan lecciones ciento diez profesores. El señor Cornell, director del establecimiento, nos muestra las estadísticas del aprovechamiento de los estudiantes para destacar el deseo ardiente de elevación que caracteriza a la juventud negra. La Escuela es frecuentada por alumnos de ambos sexos, entre los doce y los dieciséis años. La Fundación Ford facilita a los mejores estudiantes el ingreso en las Universidades.

aspectos, es el orden y la paz en su más elevada expresión. La profesión de actor de cine es terriblemente fatigosa y obliga a una severa disciplina. Las estrellas se levantan de madrugada para empezar a filmar a primera hora de la mañana. Trabajan en los estudios el día entero y tienen que dedicar horas en su casa a la preparación de los papeles. Para poder conservar la salud y la juventud imprescindibles se acuestan con las gallinas y llevan una vida ejemplar... Una vez por semana, habitualmente los sábados, tienen una velada de esparcimiento. Muchos actores de cine son padres de familia modelo, burgueses pacatos que procuran ahorrar lo poco que el Gobierno les deja con sus impuestos gigantescos.

Visitamos los estudios de la Columbia Pictures. No me parecen dignos de su fama ni por sus dimensiones ni por su ajeteo. Fácilmente comprendí que la crisis que sufre el cine americano ha debido afectar a esta empresa. Son muchos los factores que contribuyen a esa crisis. El más poderoso está constituido por la competencia de la televisión. En términos generales, los programas televisados son deplorables, pero el público no es exigente y se contenta con poco. Y la televisión ha llevado el cine a casa, se ha convertido prácticamente en el espectáculo de las familias, lo que es de suma importancia en el país donde los padres no tienen la mayoría de las veces a quién confiar los hijos pequeños.

Algunas empresas productoras de cine se dieron cuenta de la competencia y, procurando adaptarse a las nuevas realidades, empezaron a aplicar los capitales disponibles a las empresas de televisión. Muchos artistas del cine trabajan ya para la televisión. En los próximos diez años veremos, por lo menos en este país, el resultado del encuentro de las dos fuerzas que hoy se miden y que mañana juntarán sus esfuerzos para trazar una nueva transformación de las características de esta civilización.

Pero no sólo es la televisión la que produce la crisis de Hollywood y le plantea un problema. Son solamente los medios de expresión y de comunicación material los que se renuevan. Paradójicamente, lo que no se renueva es el pensamiento. Es éste, fundamentalmente, el que está en crisis.

Son muchos los factores que contribuyen a la crisis del pensamiento. Hollywood dispone de cerebros poderosos, de gente con imaginación. Sirven al cine escritores célebres, realizadores llenos de inventiva, artistas de mil y una actitudes. No es de extrañar que así ocurra, ya que de todo el mundo acuden los más valiosos a prestarle vasallaje.

Pero Hollywood es una gran industria. Y, como todas las industrias americanas, está montada con arreglo a patrones de producción en masa. La producción en masa, para ser remuneradora, no se para en consideraciones de perfección y procura atraer al comprador medio, de exigencias limitadas, que constituye multitud. De esta forma Hollywood no procura captar a los espíritus selectos ni formar «élites» más o menos numerosas que no le servirían para ganarse su vida dispendiosa. Se dirige a las masas, para las cuales produce anualmente una media de quinientas grandes películas. Y las masas, las mismas que ven los espectáculos de la televisión, no tienen grandes exigencias, o, mejor dicho, las tienen, pero en el sentido de que no se exige mucho esfuerzo a un pensamiento casi infantil.

Consolidada por la fuerza de las circunstancias esa abdicación, Hollywood no se ha vuelto a ver libre de ella. Sin embargo, los mercados extranjeros representan un elemento considerable en los cálculos de la producción cinematográfica, y ésta es una gran realidad que tiene que ser tenida en cuenta, lo mismo que la del público norteamericano. Al transigir con éste, Hollywood se dedicó a exportar al resto del mundo, juntamente con unos interiores confortables presentados con esmero en las películas, una infinita cantidad de metros de película sin contenido, repletas de gente y desiertas de almas, moviéndose con pericia y vacías de problemas, porque el americano medio, cómodamente instalado en la vida, no gusta de problemas.

Hollywood, que no puede dar al resto del mundo—pues para eso no basta con enseñarlos en las películas—los hogares confortables ni la forma de vida cómoda que ha vulgarizado por todas partes, le dió, en cambio, la noción de la mediocridad de los seres que gozaban de esos interiores apetecibles y de ese nivel de vida elevado. No se preocu-

pó de las angustias del mundo, de sus inquietudes ni de sus interrogaciones. Si se intentaba una película poética, imbuida de espiritualidad, el espectador norteamericano desertaba de las butacas. Y como no podía contentar simultáneamente al público norteamericano y al de Francia y Noruega, por ejemplo, se limitó a contentar al público de Kansas City o de Texas, dejando que los demás habitantes del globo adaptasen sus gustos al gusto uniforme de los ciento cincuenta millones de americanos que acuden a cinematógrafos de primer orden.

El resto del público empezó a cansarse del espectáculo. Quería otras cosas. Surgió el cine inglés, que en un movimiento natural, casi sin esfuerzo de elevación artística y dramática, procuró contentar al público culto y elevar automáticamente el nivel espiritual de la gente menos instruida. Apareció el cine italiano, que agitaba exactamente aquellos problemas por los que se interroga casi toda la humanidad, pero que no caben en el campo cerrado de especialización del individuo normal norteamericano. Si un norteamericano se ha especializado en la fabricación de cacerolas, ¿por qué ha de ocuparse de problemas que nada tienen que ver con las cacerolas? ¿No existen técnicos para resolver todos los problemas? ¡Por amor de Dios, no me hablen de problemas! El cine es un pasatiempo gustoso. El automóvil va por la carretera. La pequeña salta a la cuneta, a gran velocidad, para librarse del «gangster». La bomba está a punto de estallar. ¿Para qué más complicaciones? ¿Para qué son precisos en la vida otros horizontes y por qué no ha de ser el mundo de todos así: inundado de felicidad fácil y de Coca-Cola?

Además, todas las películas tienen que acabar bien. El público exige un «happy end». El cine no quiere herir las susceptibilidades de la Iglesia católica ni de las iglesias protestantes con sus mil y una concesiones, algunas extraordinariamente poderosas. Están además los cánones impuestos por la Liga de Moralidad, que fiscalizan con severidad la producción cinematográfica. Y se tiene buen cuidado de no abordar temas sociales para que nadie pueda lanzar peligrosas acusaciones o poner etiquetas políticas a productores y artistas que se ganan el pan con la popularidad entre todos. Hay limitaciones de todas clases: las que estableció el cine y las que le fueron impuestas. Por querer contentar a todos, Hollywood no contenta a nadie. Aquí presenciemos el espectáculo triste de vernos rodeados de hombres inteligentes, singularmente inteligentes, escritores y artistas de mérito que sólo nos proporcionan la escena gastada y regastada del «cow-boy» y del indio, y las payasadas de un cantor de mérito en un escenario exuberante de una isla remota de Oceanía por donde pululan mujeres hermosas que no tienen nada en su cuerpo, ni por dentro ni por fuera.

En poco tiempo...
hablará Vd.

INGLES o FRANCES

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

Cursos Fonobilingües
Polyphone
(CON discos o SIN discos)

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro
de
Cultura
por
Correspondencia

ACADEMIA
CCC
APARTADO 108
S. SEBASTIAN

LA MODA ES ASI

CUANDO LOS VIENTOS
SOPLAN DE PARIS
O DE OTRA PARTE
DEL MUNDO



TRAPOS, PERFUMES Y PEINADOS A LA ORDEN DEL DIA

"NO ME HABLE
USTED DE MODISTOS"

UNA ENCUESTA DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

La elegancia femenina adquiere rasgos precisos en la temporada de primavera. El invierno desvirtúa la elegancia de la línea femenina con imposiciones tiránicas. La gabardina y el paraguas—en la mujer—son enemigos mortales de la estética. La clase alta—conjuga usted la aristocracia y el dinero—es la única que puede liberarse acudiendo a las creaciones y fantasías de lo que llamamos «alta costura». Para la clase media, la gabardina y el paraguas representan el sacrificio de la belleza a los fines utilitarios. Encontrar un sistema de atuendos invernales elegantes—al alcance de la economía media—sería posiblemente la base de unos sólidos ingresos y de un nombre famoso para el modisto descubridor.

Ninguna época, pues, tan adecuada como esta de la primavera para realizar una encuesta sobre modas. El Instituto de la Opinión Pública proyectó el cuestionario—completado más tarde por las sugerencias de diversos modistos madrileños—en los primeros días del mes de abril. A mediados de este mismo mes se enviaron los cuestionarios a un conjunto de modistos y modistas españoles elegidos al azar.



Arriba: Un vestido de seda natural estampado en lilas tonos rosados, modelo de Pertegaz.—Derecha: Traje estampado rosa y negro con bolero, creación de Pedro Rodríguez

En cuestiones de indumentaria femenina resulta difícil la tipificación de estilos. Posiblemente ni los «grandes» de la costura parisiense se libran de introducir en sus modelos modificaciones extrañas a la moda nacional. Quizá no exista en ningún sitio una «moda nacional» auténtica. La puntada y el detalle de importación realzan el encanto de cualquier modelito y constituyen una fuente inagotable de variedad.

Tales o parecidas consideraciones han podido determinar la división de opiniones entre los artífices de la moda española. ¿Existe para ellos una moda auténticamente nacional?

Sí 50 %
No 50 »

Entre los que afirman la existencia de un estilo típicamente español en la moda femenina del momento, el 50 por 100 cree incluso que este estilo llegará a imponerse en el extranjero.

Esta división de opiniones no repercute naturalmente en una afirmación posterior: con moda nacional o sin ella, es la mujer española una de las más elegantes del mundo. Los países latinos monopolizan indudablemente la elegancia mundial. La mezcla de razas, su propio potencial económico y la influencia inmediata de Hollywood determinan que la fama de elegantes se extienda también a la mujer norteamericana. He aquí la distribución numérica de votos favorables otorgados por los modistos y modistas españoles a la elegancia de la mujer en el ámbito mundial:

Viste con más elegancia la mujer en:

Francia 65 %
España 50 »
Italia 20 »
Norteamérica 10 »
Otros países 15 »

¿LINEA GOYESCA?

Ya no son exclusivamente los pintores los que se emboban ante las majas y los «Disparates» goyescos. La pinacoteca del Prado sirve también como fuente de inspiración a los modistos. Las mujeres de Goya tienen en su indumentaria esbeltez y gracia, dos cualidades que se conjugan admira-

blemente tanto en la sencillez del atuendo de las figuras populacheras como en la sobria elegancia de la reina en «La familia de Carlos IV». Es significativo que los modistos españoles consideren al siglo XVIII como el ciclo más elegante de la moda pasada. Conjugando sus opiniones con la fuente de inspiración utilizada por algún «grande» de la moda madrileña (salas de Goya del Museo del Prado), bien podríamos concluir afirmando la existencia de una corriente nueva que trata de imponer una línea determinada: la línea goyesca. Quizá en ella encuentre la costura española la expresión auténtica de lo que podría ser la «moda nacional».

Tras de la época dieciochesca, considerada como la más elegante, se reparten el segundo lugar los años de la Regencia y los inmediatamente anteriores al que corre. La distribución de votos favorables es la siguiente:

Siglos XVII y XVIII 30 %
Fines del XIX y principios del XX 20 »
Mediados del XX 20 »
Otros ciclos 20 »
Indefinidos 10 »

LOS ZAPATOS Y EL SOMBRERO

Un conjunto armonioso no resulta sino de la suma de una serie de detalles cuidadosamente elegidos. Entre los accesorios de la indumentaria femenina, los zapatos y el sombrero constituyen piezas fundamentales. Se comprende que la armonía de los extremos (la cabeza y los pies) repercute de una manera directa sobre la elegancia del vestido en sí. Existe también cierto número de detalles accesorios secundarios, cuya contribución al aspecto de la figura femenina no carece de importancia. He aquí el cuadro de distribución:

Los zapatos 30 %
El sombrero 15 »
El peinado y el maquillaje 5 »
El bolso 5 »
Las medias 5 »
Los guantes 5 »
Todos en conjunto 40 »

Cobra fuerza la importancia de estos extremos si intentamos relacionarlos con las novedades que han producido «furor» entre el sexo débil, que

LA PUEDE USTED SUSCRIBIR SE A

OPINION

Boletín del Instituto de la Opinión Pública

«Opinión» inicia una nueva etapa y a partir del número de mayo se ofrece en suscripción a todos los españoles.

ENCUESTAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

La opinión de los españoles, recogida mediante las auscultaciones del I. O. P.

El pulso del mundo, a través de las encuestas realizadas por los Institutos de Opinión Pública del extranjero.

«OPINION»

es la única publicación que se edita en lengua castellana sobre técnica e informaciones doxológicas.

«OPINION»

es una revista de teoría y práctica de las ciencias informativas.

«Opinión» aparece todos los meses.
Precio de suscripción semestral:
30 pesetas.
Treinta y seis páginas.

Dirigir las peticiones a: INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA, Monte Esquinza, 2, Madrid.



Don
domiciliado en
calle núm.
se suscribe por un semestre a «Opinión», cuyo importe, de treinta pesetas, pagará, contra reembolso, al recibir el número de mayo.
..... de de 1954.

(Firma)

las
ncia
sig-
ren
e la
la
nde)
useo
o la
de
esca.
ex-
oda

omo
los
nte-
avo-

RO

r la
ele-
fe-
pie-
nia
uta
ves-
eta-
al
im-



Izquierda: Vestido de noche de tul blanco y lince rojo plisado. Echarpe de tul de distintos colores.—Derecha: Traje de noche de organda azul. Los dos son modelos del conocido modista Pedro Rodríguez.

son las siguientes, por orden de importancia en atención a los votos favorables obtenidos:

- La falda corta 30 %
- La falda larga 20 »
- El pelo corto 15 »
- Otros tipos de vestidos. 20 »
- Otras modificaciones ajenas al vestir 15 »

La longitud del cabello repercute necesariamente en la elección del sombrero, y, por igual, la disposición de la falda requiere un zapato adecuado a su longitud y a su forma. La combinación hábil de los detalles aumenta, pues, hasta el máximo la elegancia de la indumentaria femenina.

LO QUE CUESTA «VESTIR BIEN»

El 85 por 100 de los modistos y modistas consultados estima que la mujer casada gasta más en vestir que la soltera. Se comprende. Uno no sabe, sin embargo, hasta qué punto la opinión de los modistos puede coincidir con la de los maridos. Hará falta una encuesta posterior. De momento ofrecemos a Eva lo que opinan los artifices de la moda española sobre el «porqué» de los problemas femeninos a la hora de «vestir». La mujer, ¿se viste por agradar al hombre o simplemente por coquetería femenina?

- Por coquetería innata 65 %
- Por agradar al hombre 15 »
- Por ambas cosas 25 »
- Sin saber por qué 5 »

Y también será bueno ofrecer al marido de Eva unos motivos de preocupación traducidos a cifras. ¿Qué presupuesto anual necesita una mujer para ir bien vestida?



Traje de viehy verde bordado en negro, de Pedro Rodríguez

- Menos de 10.000 pesetas ... 10 %
- De 10.000 a 15.000... .. 20 »
- De 15.000 a 30.000... .. 15 »
- De 60.000 a 100.000... .. 20 »

Según su nivel, sus gustos 35 »
«Vestir bien» es una frase hecha susceptible de múltiples interpretaciones. Quizá por ello hay un 20 por 100 de consultados que lleva hasta el último extremo el sentido de la frasecita y pide para la elegancia de Eva nada menos que 20.000 durazos anuales.

EL COLOR DEL CABELLO Y DE LA PIEL

La compaginación de colores es en cuestiones de modas tan importante como el contraste. No son pocas las vacilaciones femeninas a la hora de escoger un color que «le vaya» a su cutis y a su pelo. El Instituto de la Opinión Pública quiere evitarle a usted quebraderos de cabeza Y resume la fase final de la encuesta realizada entre modistos y modistas españoles. Vea usted el color que le aconsejarían los que entienden para que su atuendo armonice con su cabello y con su tez:

- Para cabello rubio, vestido:
- De tonos oscuros 85 %
 - De tonos claros 25 »
 - De tonos vivos o fuertes. 20 »
 - Cualquier color... .. 5 »

- Depende de la cara, los ojos, etc. 20 %
- No contestan 15 »

- Para cabellos castaños, vestido:
- De tonos claros 45 %
 - De tonos vivos o fuertes ... 30 »
 - De tonos oscuros 30 »
 - Cualquier color 10 »



Vestido cocktail seda natural estampado en capullos de rosas rojas con hojas verdes, creación de Pertegaz

Depende de la cara, los ojos, etc. 20 %
 No contestan 25 »

Para piel rosada, vestido:
 De tonos oscuros 50 %
 De tonos claros 25 »
 De tonos vivos o fuertes 10 »
 Cualquier color 5 »

Depende de la cara, los ojos, etc. 20 %
 No contestan 20 »

Para piel morena, vestido:
 De tonos vivos o fuertes 50 %
 De tonos claros 25 »
 De tonos oscuros 20 »

Según la cara, los ojos 20 %
 No contestan 25 »

Es frecuente el tipo de mujer con cabellos rubios y piel blanca, y hay una correlación lógica entre el tono de color aconsejado por los modistos y modistas para este tipo de piel y para este tipo de cabellos.

LA NOTA DE LA TEMPORADA

Las innovaciones de primavera van a volcarse sobre el estilo, sobre el corte de los trajes y el colorido de las telas. Los modistos, naturalmente reacios a publicar las características de su línea, guardan el secreto fundamental de la misma y le dicen a usted lo siguiente:

La nota más característica de la moda de esta primavera estará en:

El estilo de los trajes 60 %
 El colorido de las telas 20 »
 La novedad de los accesorios. 15 »

No habrá ninguna 5 %
 No contestan 10 »

La fantasía de estos artifices de la moda tiene un límite en el soporte material de sus creaciones: la mujer y la tela. A buen sastre, buen paño. Y buena percha. Una puntada estratégica corrige la más ligera imperfección de la figura femenina. Pero si la figura femenina carece de imperfecciones físicas, la puntada estratégica crea una nueva perfección: la elegancia.

Antonio GUERRERO TROYANO

Depende de la cara, los ojos, etc. 20 %
 No contestan 20 »

Para cabellos negros, vestido:
 De tonos claros 55 %
 De tonos vivos o fuertes 45 »
 De tonos oscuros 35 »

Según la cara, los ojos, etc. 20 %
 No contestan 15 »

(Al señalar gran parte de los consultados más de un tono para un determinado color de los cabellos los porcentajes se elevan por encima de cien.)

Para piel blanca, vestido:
 De tonos oscuros 45 %
 De tonos claros 25 »
 De tonos vivos o fuertes 5 »
 Cualquier color 5 »

PAGINA DE POESIA

POR

Angel VALBUENA PRAT

Con este título y firma se abre la primera página del número 26 de POESIA ESPAÑOLA.

«SUEÑOS», «UNA CONFESION AL POETA DEL VIENTO», «SI ESTO ES AMOR...», «FIGURA BLANCA ANTE LA CATEDRAL» y «28 DE AGOSTO» son los cinco poemas de Angel Valbuena Prat que pueden leerse en el número 26 de POESIA ESPAÑOLA.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5, Madrid



EL AGA KHAN VALE LO QUE PESA

ES LA CABEZA ESPIRITUAL DE UNA SECTA DEL ISLAM QUE CUENTA SUS ADEPTOS POR MILLONES

EL HOMBRE MAS RICO DEL MUNDO NO CONOCE EL ABURRIMIENTO

El Aga Khan publica ahora sus Memorias. Para este libro, que aparecerá próximamente en España, Somerset Maugham ha escrito un prólogo de máximo interés. El editor ha cedido en exclusiva a EL ESPAÑOL este trabajo del universalmente conocido escritor inglés.

EL AGA KHAN NO CONOCE EL ABURRIMIENTO

HACE muchos años que conozco al Aga Khan. Ha sido para mí un amigo bondadoso y útil. Las cartas de presentación que me dió cuando pase un invierno en la India me han permitido aprovecharme de la rica experiencia de mi estancia en aquel maravilloso país como no hubiera podido conseguirlo de otra forma. Por eso, cuando me hizo el honor de pedirme que escribiera un prólogo para su autobiografía, me alegré de tener ocasión de prestarle este pequeño y realmente innecesario servicio. Porque el libro habla por sí mismo. Pero hasta después de leerlo no me di cuenta de la difícil labor que iba a emprender. El Aga Khan ha tenido una vida intensa. Ha sido un gran viajero y hay pocas partes del mundo que no haya visitado, bien por placer o por considerarlo necesario para sus intereses políticos y religiosos. Ha sido un gran aficionado al teatro; un entusiasta de la ópera y del ballet. Es un asiduo lector. Se ha ocupado en asuntos de los que dependía el destino de naciones. Ha criado caballos y los ha llevado a las carreras. Ha sostenido amistad íntima con reyes y príncipes de sangre real, marajás, virreyes, generales, actores y actrices, domadores de caballos, profesionales de golf, damas del gran mundo y magnates. Ha fundado una Universidad. Como jefe de una secta ampliamente difundida, los ismaelitas, ha procurado constantemente, durante toda

su vida, el bienestar espiritual y material de sus innumerables seguidores. Hacia el final de esta autobiografía asegura que ni una sola vez se ha aburrido. Esto sólo es suficiente para hacer del Aga Khan un hombre extraordinario.

«TULYAR», GANA EL «DERBY»

Debo decir al lector inmediatamente que no soy competente para enjuiciar algunas de sus múltiples actividades. No entiendo nada de carreras de caballos. Me interesa tan poco, que un día que estaba comiendo con el Aga Khan poco antes de que «Tulyar» ganase el «Derby», hablamos tan sólo de la India y no

se me ocurrió preguntarle si su caballo tenía alguna probabilidad de triunfar. De política no sé más de lo que que sabe cualquier lector de periódicos. Durante muchos años, el Aga Khan ha estado íntimamente interesado en el asunto. Se ha solicitado constantemente su consejo, que casi siempre resultó sensato. Cree en la moderación: «De una cosa —escribe— me han convencido mis años de vida pública: de que el valor de un compromiso es facilitar un puente para un periodo difícil y después de haberlo empleado, resulta posible muchas veces llevar a efecto todas las radicales medidas de reforma que de otro modo hubieran sido rechazadas». Conoce bien a los estadistas de cuyas decisiones dependieron los grandes acontecimientos de los últimos cincuenta años. Rara vez los enjuicia severamente. Paga un generoso tributo a su integridad, inteligencia, patriotismo, profun-



El Aga Khan lee la Prensa mientras desayuna

do conocimiento y experiencia. Parece extraño que con tan valiosas cualidades nos hayan llevado a todos al lamentable caos en que ahora nos encontramos.

DISCRIMINACION RACIAL

El Aga Khan es un hombre caritativo y nunca habla mal de los demás. En este libro suyo la única vez en que muestra amargura es cuando censura la conducta de los ingleses en sus relaciones con los habitantes de los países donde, de una forma o de otra, detentan una posición predominante: en Egipto, en la India y en las ciudades abiertas de China. Durante bastante tiempo las relaciones entre ingleses e indios fueron en general corteses, amables y sin ninguna tirantez, y si hubiesen continuado así «dudo mucho—escribe—que la acritud política se hubiese desarrollado hasta el punto que alcanzó, y posiblemente se habría llegado a algo mucho menos radical que a la separación de la República india del Imperio británico». Esta es una opinión desabrida. Y prosigue así: «Lo sucedido a los ingleses lo consideraré toda mi vida extraño y asombroso. Súbitamente pareció que su prestigio, como miembros de una raza imperial y gobernante, lo perderían si aceptaban a los de color distinto como iguales suyos. El color no se consideró sólo una diferencia física, sino mucho más peligrosamente, y al cabo desastrosamente, una diferencia intelectual y espiritual... Se difundió la perniciosa teoría de que todos los asiáticos constituían una raza secundaria y que «los hombres blancos poseían una superioridad intrínseca e incuestionable». Según el Aga Khan, la causa esencial de la actitud adoptada por la clase gobernante era el miedo y una carencia íntima de confianza en sí mismos. Otra causa fué la presencia de un creciente número de esposas inglesas sin conocimiento ni interés alguno por las costumbres y opiniones de los indios. No eran menos mezquinas y provincianas cuando, cuarenta años después de la época a que el Aga Khan se refiere, yo fui a la India. Esas mujeres, que en su mayoría procedían de modestas familias provincianas, y que, como los impuestos ya eran entonces elevados, sólo tenían una criada para todos los trabajos domésticos,



Acompañado de una dama, el Aga Khan visita en trineo las regiones invernales de Suiza.

se encontraron con viviendas espaciales y con muchos criados esperando sus órdenes. Esto se les subió a la cabeza. Recuerdo haber tomado el té un día con la esposa de un funcionario no muy importante. En Inglaterra ella hubiera sido manicura o mecanógrafa. Me interrogó acerca de mis viajes, y cuando le dije que había pasado mucho tiempo en los Estados Unidos sentenció: «Nosotros nos relacionamos lo menos posible con los indios. Es preciso mantenerlos a raya.»

Todos los presentes estuvieron de acuerdo con ella.

Los Clubs fueron inaccesibles a los indios hasta que, por la influencia de lord Willingdon, se logró convencer a algunos para que los admitieran; pero, por lo que pude ver, se ganó muy poco, porque incluso en ellos se mantenían ostensiblemente aparte los blancos y los de color.

Estando en Haiderabad el príncipe heredero me invitó a comer. Yo había pasado una temporada en Bombay e iba entonces camino de Calcuta.

—Supongo que cuando estuvo en Bombay le nombrarían socio honorario del Club—dijo.

Y cuando le contesté que sí, añadió:

—Y supongo que le nombrarán socio honorario del Club en Calcuta.

—Así lo espero—contesté.

—¿Sabe usted la diferencia que existe entre el Club de Bombay y el de Calcuta?—me preguntó.

Yo moví negativamente la cabeza.

—En uno no admiten ni perros ni indios; en el otro admiten perros.

Aunque me hubiesen ahorcado no hubiera sabido qué contestar a eso.

UN LEGADO DE ODIOS

Pero no era sólo en la India donde prevalecían tan lamentables condiciones. En las concesiones extranjeras de China imperaba el mismo espíritu colonizador, arrogante y obstinado, y la actitud general hacia los chinos era poco menos que insultante. «Todos los mejores hoteles prohibían la entrada a los chinos, excepto en alas del edificio especialmente reservadas para ellos. Lo mismo sucedía en los restaurantes. De los Clubs europeos estaban totalmente excluidos. Incluso en las tiendas, el cliente chino tenía que apartarse y esperar a que le sirviesen, si entraba después que él, un europeo o un americano y llamaba la atención.» Lord Cromer era el residente británico cuando el Aga Khan fué a Egipto. Allí comprobó que los ingleses no sólo dominaban políticamente el país, sino que también hacían gala de una superioridad social que los egipcios parecían aceptar humildemente. «No existía un terreno



CALMANTE VITAMINADO

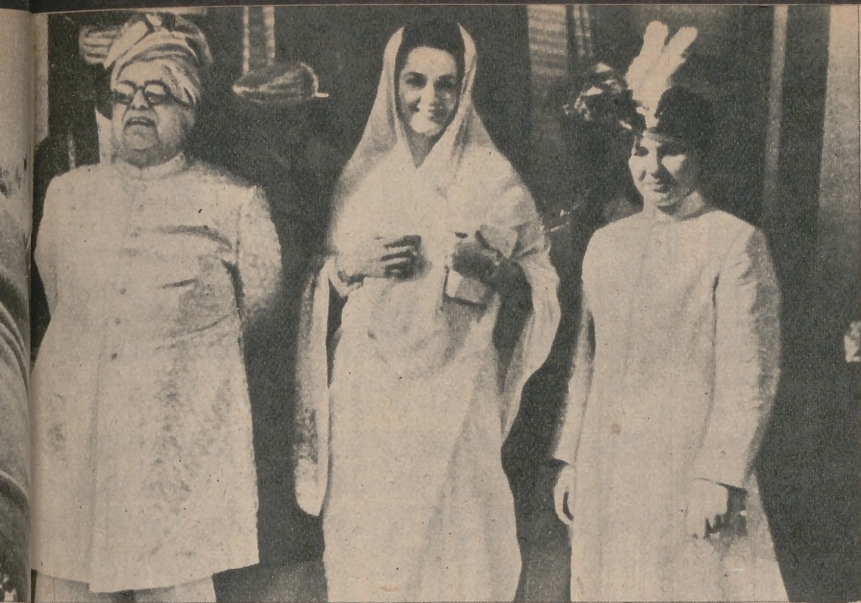
Quita el dolor
y Tonifica los nervios

PRECIOS	
UNA TABLETA ...	0.75
CAJA DE DOS ...	1.50
TUBO ...	8.90



REMEDIO EFICAZ
CONTRA DOLORES
NERVIOSOS,
DE CABEZA,
REUMATICOS,
CATARROS, GRIPE,
ETC.

LABORATORIOS
PÉREZ GIMÉNEZ
AGUILAR DE LA FRONTERA
(CÓRDOBA)



El Aga Khan y su esposa, vestidos a la usanza oriental, asisten a una ceremonia en Karachi

común de intercambio social. Y así, inevitablemente, tras la fachada de humildad, se desarrolló un sombrío, vehemente y casi personal resentimiento, que después, innecesaria y amargamente, envenenó el choque del nacionalismo egipcio con los intereses británicos como potencia ocupante.» Ahora que las concesiones extranjeras en China ya no existen; ahora que los últimos soldados ingleses se disponen a salir de Egipto; ahora que, como dice el Aga Khan, el dominio inglés en la India se ha evaporado y desvanecido como la niebla matutina bajo la luz del sol, los ingleses han dejado tras sí un legado de odio. Nosotros también podemos preguntarnos qué les sucedió a los ingleses para actuar de esa forma y despertar un antagonismo que, al final, iba a producir tan funestas consecuencias. A mí no me ha satisfecho la explicación que da el Aga Khan.

Es inútil lamentarse de lo pasado, como dicen los deterministas, y si me he extendido sobre este punto es con toda intención. En el mundo actual los americanos ocupan la posición que ocuparon los ingleses durante mucho tiempo, y a pesar de todos sus defectos, bastante gloriosamente. Quizá les resulte útil aprovecharse de nuestro ejemplo y evitar los errores que nos han costado tan caros. Un hombre cobrizo puede manejar un arma de fuego y disparar tan bien como un blanco; un hombre amarillo puede tirar una bomba atómica con la misma eficiencia. ¿No significa esto que la barrera de color es hoy un manifiesto absurdo? Los ingleses querían ser bienquitos y estaban convencidos de que lo eran; los americanos también quieren ser amados; pero, intranquila y angustiadamente, se dan cuenta de que no lo son. Esto les resulta difícil de comprender. Con su ilimitada generosidad han derramado dinero en los países reducidos a la pobreza por dos desastrosas guerras, y es natural que deseen que ese dinero se gaste como ellos creen conveniente y no siempre como a los favorecidos les gustaría gastarlo.

Es cierto que el hombre que paga al músico puede pedir la música; pero si es música que a los concurrentes les resulta difícil para bailar, tal vez lo sensato sea hacer lo posible por modificarla con el fin de que la encuentren fácil. Indudablemente es más agradable dar que recibir, pero también más aventurado, porque dejamos obligado al beneficiario de nuestra liberalidad, y esa es una condición que sólo los magnánimos pueden aceptar de buen grado. La gratitud no es una virtud que se encuentra fácilmente en la raza humana. No creo que pueda negarse que los ingleses han reportado grandes beneficios a los pueblos gobernados por ellos, pero los humillaron y se ganaron su odio. Los americanos procederán cautamente si lo recuerdan.

UN ESCOLAR SIN VACACIONES

Pero basta de esto. El Aga Khan desciende del profeta Mahoma por su hija Fátima y también de los califas fatimitas de Egipto. Justificadamente se siente orgulloso de su ilustre linaje. Su abuelo, también llamado Aga Khan, y por herencia espiritual jefe de los ismaelitas era un noble persa, yerno del poderoso monarca Fateh Ali y jefe hereditario de Karmán. Hostigado por un insulto que se le había hecho, empuñó las armas contra un Sha llamado Mahomed, pero fué derrotado y obligado a huir, seguido de unos pocos jinetes, por los desiertos de Baluchistán hacia Sind. Allí reunió una tropa de caballería ligera, y después de varias vicisitudes llegó a Bombay con sus 200 jinetes, sus parientes, clientes y partidarios. Adquirió un vasto territorio, donde construyó palacios, innumerables casitas para sus empleados, y además cobertizos, jardines y puentes. Vivió con tausto feudal y nunca tuvo menos de 200 caballos en sus cuadras. Murió cuando el autor de este libro era niño, y le sucedió su hijo, que le sobrevivió poco tiempo. Entonces el Aga Khan que conocemos heredó a la edad de ocho años sus títulos, su riqueza y sus responsabilidades, así espirituales como temporales. Su educación se orientó en el sentido de prepararle para el cargo sagrado para el que había nacido. Aprendió inglés, francés, árabe y persa. La

instrucción religiosa la recibió de un renombrado maestro de la ciencia islámica. Nunca disfrutó de vacaciones. El único descanso de su trabajo lo tenía los sábados y los días de fiesta, cuando recibía a sus seguidores, que llegaban a ofrecerle regalos y a rendirle homenaje.

El Aga Khan, colocado a tal altura a tan temprana edad, tuvo la suerte de que su madre fuera una mujer muy culta. Era muy versada en poesía persa y árabe, como varias damas de su séquito, y a las horas de comer «muestra conversación recaía sobre literatura y poesía, y a veces alguna de las damas de edad que hacía a Teherán frecuentes viajes contaba sus experiencias en la Corte del Sha». La Begum era una mujer mística, y habitualmente pasaba muchas horas por su iluminación espiritual y unión con Dios. «La he oído, como en un éxtasis—escribe—, leer versos de Rumi o Es Hafiz, con sus exquisitas analogías entre la beatífica visión humana de la belleza divina y la temporal, y los colores de las flores, la música y la magia de la noche y los efímeros esplendores del alba persa.» El Aga Khan es un hombre profundamente religioso. Uno de los más interesantes capítulos de este libro es aquel en que, después de explicarnos sus creencias personales, nos da una concisa exposición del Islam como es comprendido y practicado hoy.

SABUESOS, HALCONES Y CABALLOS

El público, en general, conoce al Aga Khan principalmente como dueño de caballos de carreras, y no es improbable que el lector del libro, recordando páginas en las que cuenta sus experiencias como ganadero y como afortunado vencedor en muy clásicas competiciones, se quedará un poco sorprendido por ese capítulo conmovedor y sincero. Pero su sorpresa no tiene fundamento. La caza era la principal ocupación de los nobles iraníes, de quienes él desciende. Forma parte de la tradición heredada y del ambiente en que fué educado. Su abuelo y su padre tenían sabuesos, halcones y caballos, los más rápidos y los mejores que el dinero podía adquirir o ellos criar. A la muerte de su padre, sólo 20 ó 30 de los 90 caballos de carrera que había poseído ocupaban las cuadras, y durante la minoridad del Aga Khan corrieron bajo sus colores por toda la India occidental. Lleva las carreras en su propia sangre. Pero, ante todo, es la cabeza espiritual de una secta del Islam que cuenta sus adeptos por millones. Profesa firmemente la fé de sus nobles antepasados y no olvida jamás el cargo sagrado, con sus grandes responsabilidades inherentes, que ostenta por derecho de nacimiento. Nadie es de una sola pieza. El Aga Khan dice en algún sitio que todos estamos compuestos de elementos diversos y contrarios; de pocos hombres puede decirse esto más acertadamente que de él mismo. Pero tiene la suerte de que en él los elementos sólo son opuestos superficialmente; los regula la fuerza y la consistencia de su carácter.

W. Somerset MAUGHAM

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

EL AGA KHAN VALE LO QUE PESA



Lea a Somerset Maugham
en la página 61



EL HOMBRE MAS RICO DEL MUNDO NO CONOCE EL ABURRIMIENTO



La Begum ataviada con el atuendo oriental.—De-
recha: El Aga Khan se
somete a la ceremonia
del pesaje en platino

